




GEMMA LIENAS

# El diario violeta de Carlota

 DESTINO

**GEMMA LIENAS**

**EL DIARIO VIOLETA DE  
CARLOTA**

A David, el hombre nuevo que el mundo del futuro necesita, y a Anabel, que lo disfruta.

«¡Qué tiempos éstos!, en los que hay que luchar por lo que es evidente.»

DÜRRENMAT

En el año 2000, después de un cierto tiempo observando, alarmada, que la gente joven consideraba que mujeres y hombres ya habían conseguido la igualdad en España, me propuse escribir un libro en el que no sólo se plasmaran las diferencias existentes sino también que contara qué es el feminismo y por qué cualquier persona que defiende los derechos humanos y los valores democráticos tiene que ser feminista. Así nació El diario violeta de Carlota.

Casi siete años más tarde, tuve la oportunidad de revisar este texto. Durante los años transcurridos entre la primera y la versión revisada, dediqué montones de libros a chicas, a chicos e incluso a personas adultas, con la frase «para que me ayudes a poner muchas gafas violeta», y tuve la satisfacción de ver cómo esta metáfora de «las gafas violeta» se popularizaba hasta el punto de que incluso se usó en alguna campaña institucional para la igualdad.

En aquella versión revisada, prácticamente no suprimí nada de la anterior, pero sí añadí unos cuantos conceptos que dejé fuera en 2000 por miedo a saturar a lectoras y lectores. Ahora ya sé que las personas que leen este libro no sólo lo digieren con facilidad sino que, luego, se emplean con ganas en la causa feminista.

Doce años después de escribir el libro, que vio la luz en 2001, y cinco después de la primera revisión, en 2007, me alegra volver a revisar El diario violeta de Carlota y escribir un nuevo prólogo para él.

Me alegra porque significa que cada día más chicos y chicas se interesan por la situación de la mujer, se ponen las «las gafas violeta» y abren los ojos a las injusticias de nuestra sociedad. Y me alegra porque significa que, con cada libro leído, somos más luchando por la igualdad.

GEMMA LIENAS, Barcelona, febrero de 2013

Toda coincidencia con personas o situaciones reales no es casual, sino deliberada. Todas las escenas del libro —convenientemente maquilladas— han sido vividas por la autora en un pasado muy reciente. Detrás de cada escena hay hombres —a veces, también mujeres— con nombres y apellidos, a menudo jóvenes y/o progresistas, aparentemente nada sospechosos de machismo. Todo ello significa que el machismo sigue todavía vivo en nuestra sociedad en el siglo XXI y entre personas de pensamiento y conducta no conservadoras.

Este libro contiene algunas explicaciones duras, como, por ejemplo, el hecho de que muchas niñas sean asesinadas antes de nacer o en el momento del nacimiento en razón de su sexo o que muchas sean mutiladas sexualmente por razones ideológicas y en nombre de la tradición. Ninguna de estas escenas llega, no obstante, a la crudeza y brutalidad de las películas que ven los y las adolescentes, no sólo por lo que a violencia sino también por lo que a sexo se refiere. Tampoco resultan tan brutales como las imágenes que los y las jóvenes contemplan en los telediarios, a menudo mientras cenan con la familia.

Partiendo de la base de que para tener conciencia de las discriminaciones hacia la mujer es preciso ponerse las gafas violeta, la autora repasa distintos aspectos de dicha discriminación:

- Los valores masculinos
- La necesidad de aplicar la regla de la inversión
- El uso del lenguaje
- La valoración de las mujeres a través de su físico
- La mirada masculina
- Los roles sociales
- El menosprecio hacia la mujer
- El sexo, las relaciones, los sentimientos

Algunas palabras o frases del texto van señaladas con asteriscos que remiten al vocabulario del final del libro.

«Pero ¿esto qué es?», pienso mientras desenvuelvo la magna cursilada que me ha regalado la abuela Isabel.

Bastante claro está que esto, ¡ESTO!, es un diario. Uno de esos cuadernos donde una puede escribir la vida, los pensamientos, las penas, las alegrías, los enamoramientos... Sabes a qué me refiero, ¿no?

«¡Alucina, Carlota!», me digo. La abuela Isabel, la madre de papá, siempre ha sido rarita. Nunca entiende que las cosas importantes para mí no son las mismas que para ella cuando tenía mi edad.

Total, venga a esperar con unas ganas locas mi cumpleaños y..., ¡zas!, el día que cumpla catorce años, en vez de regalarme el disco compacto por el que suspiro desde hace un mes, ella va y me trae esta horrerada.

Estoy a punto de abrir la boca para soltar mi contundente opinión sobre este cuaderno acolchado, de plástico de color rosa, con una gran mancha violeta. En medio de esta salpicadura violeta, hay una cerradura pequeñita, donde se puede meter la llavecita que cuelga del cordón pegado al lomo... ¡Qué cuco, qué íntimo!, hasta se puede cerrar con llave, para salvar de las miradas indiscretas lo que se escriba en su interior...

Mamá me lanza una de sus miradas fulminantes. Tiene mucha práctica; casi más que yo. Me trago las protestas. Las miradas fulminantes de mi madre son más efectivas que un puntapié en el culo.

—¡Qué guay! ¡Qué idea tan fantástica! —digo, muy diplomáticamente.

La abuela me sonrío, encantada de la vida y convencida de que ha acertado de lleno. Mamá me dirige otra de sus miradas. Ésta dice: «¡Carlota, no te pases de rosca!».

Me callo. ¿Qué otra cosa puedes hacer cuando tu madre se pone de parte de la abuela regaladora de cursiladas? Cojo un trozo del pastel de chocolate hecho por mamá, me lo como a toda velocidad y, después, desaparezco por el pasillo, camino de mi habitación. Aún puedo oír cómo mamá le dice a la abuela Isabel:

—Ya se sabe... Está entrando en la adolescencia. Una etapa difícil...

Me encierro en la habitación y me tumbo en la cama, dispuesta a olvidar que es el día de mi cumpleaños. Si te lo fastidian, te lo fastidian, y no hay nada que hacer. Entonces, llaman a la puerta. Segura de que es el pesado de Marcos, mi hermano de once años, grito:

—¡Déjame en paz, moscón!

La puerta se abre poquito a poco y asoma una mano que sostiene un pañuelo blanco.

—¡Bandera blanca! —dice la voz de la abuela Ana—. ¿Puedo entrar?

No contesto en seguida. Aunque con la abuela Ana me entiendo, no tengo ganas de hablar con nadie. Un cumpleaños aguado es peor que una pelea con tu mejor amiga, porque hay que esperar TODO UN AÑO para arreglarlo.

—¿No estás de humor, niña? —pregunta la abuela mientras abre completamente la puerta, entra y viene a sentarse a mi lado en la cama.

Le enseño el motivo de mi malhumor.

—¡Toma! ¡Un diario! —exclama la abuela, con la misma voz con la que podría haber dicho: «Qué pantalones pata-de-elefante más fascinantes».

—Uf, sí, un diario.

—Por tu cara de asco, me parece que no tienes intención alguna de usarlo, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Qué te crees? ¿Que soy pequeña o mema?

—Ni pequeña ni mema. Te tengo por una chica muy espabilada.

—Y, sin embargo, ¿quieres que escriba mi diario?

—¿Y por qué no? Podrías... —la abuela coge el cuaderno y lo mira muy detenidamente—, podrías escribir sobre tus amores...

—¡Anda, abuela...!

—Mujer, no pongas esa cara. Lo digo por la tapa tan rosa... Claro que, con esta mancha violeta, se me ocurre que podrías hacer un diario feminista.

—¿Un qué? —La miro como si se hubiera vuelto loca.

—Sí, mujer. Podrías escribir todo lo que vieses a tu alrededor que fuera machista, es decir, cualquier situación o actitud de la vida pública o privada en que las mujeres son consideradas seres inferiores a los hombres.

—¿Y qué tiene que ver el color violeta con todo esto?

—El violeta es el símbolo del feminismo,\* de las personas que luchan por conseguir que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres. Se tomó este color en memoria de unas obreras de Estados Unidos que, por defender sus derechos, murieron quemadas en una fábrica mientras cosían telas de color violeta.

—¡Anda ya, abuela! ¿No te parece que estás un poco gagá? Si hace ya un montón de tiempo que las mujeres han conseguido que se les reconozca la igualdad con los hombres...

—¿De verdad crees que el machismo\* está superado?

Viendo la expresión de su cara, no estoy segura, pero asiento con la cabeza, porque me parece que ya no puedo echarme atrás.

—¡Ajá! —grita la abuela, con voz triunfante—. Eso es lo que tú crees, como mucha otra gente, y, sin embargo, no es así. Es verdad que, desde un punto de vista legal, se ha conseguido la igualdad, pero las costumbres continúan siendo machistas. Es más fácil cambiar las leyes que la mentalidad de la gente.

La abuela se me queda mirando. Después sacude la cabeza:

—Ya me doy cuenta de que no acabas de creerme. Tal vez te ocurre como a tantas y tantas personas que no advierten las desigualdades actuales porque son mucho más sutiles, menos visibles, que veinte años atrás. Hazme un favor, abre bien los ojos, observa si a tu alrededor hay situaciones de trato desigual hacia las mujeres y, si las hay, considera la posibilidad de escribir el diario violeta de Carlota.



—¿Y de qué me serviría un diario violeta?

—Pues... —la abuela se detiene unos segundos—, pues, para enseñarles las conclusiones a la gente de tu curso o para proponerle a vuestra tutora o tutor hacer un mural informativo o para enviarlo al Instituto de la Mujer o para...

—¿Más cosas aún? —pregunto, sorprendida.

La abuela pone cara de pilla.

—O, para cuando seas tan mayor como yo, dejárselo leer a tu nieta para que compruebe si ha nacido en un mundo más justo o todavía persisten las diferencias entre mujeres y hombres.

No contesto. No sé qué voy a hacer.

—Sólo trabajando podremos conseguir esa sociedad igualitaria. Por ello, es importante que escribas el diario —insiste la abuela.

Sin pedir permiso, Marcos entra en mi habitación:

—¡Felicidades, hermana galáctica! Mira qué regalo más chulo te traigo...

—¿Esto qué es? —pregunta la abuela arrugando la nariz y señalando una jaula pequeña, de barrotes de alambre y base de madera.

—Un ratón blanco —dice Marcos.

—¡Oh! ¡Qué bien! —grito yo, encantada de la vida. ¡Qué idea tan buena ha tenido Marcos! Hay que reconocer que, a veces, el microbio usa las neuronas.

—¡Oh! ¡Qué asco! —exclama la abuela—. No quiero ni verlo y, sobre todo, no quiero olerlo: ¡apesta! No sé cómo has tenido esta idea de bombero retirado, Marcos. Ya veremos qué dirán papá y mamá.

La abuela, muy digna, se levanta de la cama y sale de la habitación. Marcos y yo nos quedamos contemplando la bolita de peluche blanco y ojos rojos. Se nos cae la baba.

## *9 de diciembre*

¿Escribo un diario feminista o no? Ésa es la cuestión. Tal vez la abuela está llena de manías.

Eso es lo que pienso mientras, con la jaula de la ratita en las manos, voy hacia la habitación de Marcos. Como siempre, lo pillo echado en la cama, escuchando música a todo volumen.

—¡Maaaaaarcoooooooooos!

—¡Tía! —dice dando un bote—. ¿No puedes hablar en un tono normal, guapa?

—Puedo, claro, pero probablemente no me oirías con tantos instrumentos metidos en la habitación contigo. ¿Le ponemos un nombre o no?

—Ahora mismo.

Nos referimos a la ratita.

—Yo había pensado «Nata» —digo contemplando esa cosita tan blanca.

—¿«Nata»?

—Sí. ¿Por qué lo encuentras tan extraño?

—Porque «la» nata no le pega a «un» ratoncito. Yo había pensado «Azúcar»: «el» azúcar.

—No es un ratoncito sino una ratita —protesto.

—¡Un ratoncito! —contraataca.

—¡Una ratita!

Nos miramos con ganas de saltarnos a la yugular. Si no conseguimos ponernos de acuerdo ni siquiera en eso, ¿cómo vamos a encontrarle un nombre que nos guste a los dos?

Se me ocurre una idea brillante.

—¿Qué tal un nombre que sirva tanto para un ratoncito como para una ratita?

—OK. ¿Cuál?

—¿Te gustaría «Plaf»?

—¡Síii!

Plaf nos mira sin saber que ya tiene nombre.

## *12 de diciembre*

Hoy, a la hora de gimnasia toca trabajar con los aparatos: plinto, potro, barras... A mí me encanta el trabajo con aparatos y, además, se me da muy, muy bien. Un, dos, tres, ¡pataplum!, salto hacia arriba, doy una voltereta y caigo de pie por el otro extremo. ¡Una pasada...! A veces pienso que, de mayor, podría ser trapecista y trabajar en un circo... A Mireya, mi mejor amiga, también le encantan las clases de gimnasia.

En mi curso, hay gente a quien no le gustan demasiado los aparatos. Sobre todo, a Dani. ¡Uf! Cuando toca gimnasia o deporte, se caga y se va escondiendo por los rincones. No es demasiado hábil. Está un poco gordito y el culo le pesa. No se puede decir que coma como una lima, no; es que él es así. Además, no sabe saltar bien, ni jugar a la pelota... ¡Pero dibuja que te mueres...! Un día, hizo una caricatura de Comas, la profesora de lengua, y la colgamos en la pizarra. Incluso ella se reconoció y se meó de risa.

Total, que Dani es más bien negado para el deporte, pero dibuja muy bien. Y es muy simpático. Y explica historias de terror mejor que nadie, sobre todo, por las noches, cuando, a final de curso, vamos de campamentos con el colegio.

Todos hemos ido saltando el plinto y, al final, ya sólo queda él. Mira esa especie de caballo de madera con una mueca de miedo que no puede disimular. Parece que piense: «Esto no es un plinto; esto es un tiranosaurio. ¿Cómo voy a lograr pasar por encima?».

—¡Vamos, Dani, que es para hoy! —grita el entrenador.

Dani lo mira con cara de víctima. Ésta es una cara que a mí me sale bastante bien, pero no tanto como a Dani. ¡Pobre Dani! Parece que diga: «¿Qué he hecho yo

para merecer esta tortura?»). Pero el entrenador se hace el loco:

—Venga, Dani, que saltes de una vez.

Dani empieza a correr. ¡Vale, que voy...! Y, al llegar delante del plinto, se para en seco.

Nueva mirada de víctima.

El entrenador, pasando de miradas torturadas.

Dani, que coge carrerilla otra vez. Y ¡jop!, pone las manos, salta y...

—¡Ay, ay, ay!

Se pega un trompazo contra el aparato y se queda sentado en el suelo. Por fuerza ha tenido que hacerse daño. Se nota. Su cara está muy roja y sus ojos, muy brillantes. Por las mejillas, le resbalan unas cuantas lágrimas.

—¡Pobre chaval! —me dice Mireya, dándome un codazo.

—Va, levanta. ¡Eres un nena!\* —le insulta el entrenador.

¿Le insulta? Ser «una» nena no es ningún insulto, ¿no? Pero el entrenador ha dicho «un» nena, y ha sonado a insulto. Te lo aseguro, te lo aseguro. ¿Eso es machismo?

*13 de diciembre*

La abuela me lo confirma.

—Eso es machismo, corazón mío.

—¡Caramba! ¡Quién iba a decirlo de nuestro entrenador...! Si es muy joven y muy progre y muy moderno y muy guay...

—Y machista, como mucha gente. Tal vez, ni siquiera lo sabe...

—¿Estás segura?

—Segura. ¿No ves que el machismo se aprende? Todos los elementos machistas de la sociedad se nos van metiendo dentro del cerebro sin que nos demos cuenta. Precisamente, para ser conscientes, tenemos que ponernos unas gafas violeta\* y mirarlo todo con unos ojos nuevos, con ojos feministas.\* Sólo así podremos ver las discriminaciones que sufren las mujeres.

—Tienes razón. Así es como he mirado la escena del gimnasio. Si no me hubiera puesto las gafas violeta, no habría entendido que «ser un nena» es muy despectivo\* hacia las niñas.

—Así pues, ¿te he convencido para que escribas tu diario violeta?

—Casi...

—Mira. Te propongo un juego... Más que un juego, una encuesta. Pregunta a gente de tu alrededor qué piensa del feminismo, y si creen que la sociedad ha dejado de ser machista. Después, observa sus propios comportamientos y compáralos con las respuestas.

Cuelgo el teléfono porque es la hora del entrenamiento de Plaf.

Marcos y yo estamos adiestrando a la ratita para que se levante apoyándose

sobre las patas traseras. Marcos está decidido a conseguir, incluso, que dé más de tres saltos seguidos.

—¡Anda, enano! ¿No te estarás pasando?

—Mira...

Es verdad. Ya ha conseguido que dé dos.

¿Que cómo lo hacemos? Fácil: dándole trocitos de almendra cada vez que va aproximándose al objetivo, esto es, a lo que queremos que aprenda.

—¡Salta, Plaf, salta!

—¡Levántate, Plaf, levántate!

Como se pirra por los frutos secos, se aplica mucho.

### *14 de diciembre*

Tal como le prometí, ayudo a Marcos a adornar el árbol. ¡Ojo, es un árbol de mentira! En casa somos muy ecológicos; no tenemos por costumbre cargarnos los abetos.

Nos lo pasamos pipa colgando adornos y bolas en las ramas. Mientras, la tele está puesta; oímos su murmullo de fondo, pero no la escuchamos.

Conseguimos poner el último adorno, una estrella de purpurina, en la cúspide del árbol sin haber hecho demasiados estropicios. Resultado final: tan sólo dos bolas rojas rotas, una guirnalda de luces fundida, un muñeco de nieve resquebrajado.

—Podría haber sido peor —comenta papá, cuando pasa a comprobar las bajas entre los ornamentos navideños.

Cuando papá desaparece, me saco del bolsillo del pantalón la sorpresa que he preparado para Marcos y la cuelgo del árbol.

—¡Eh, hermana galáctica! —me dice Marcos, con cara de éxtasis total—. ¡Qué idea tan buena!

—Sí, lo es, renacuajo —digo, satisfecha de mí misma, porque es una guirnalda muy original. «Marcos Tarradas», dicen las letras de papel de plata que he recortado y que bajan verticalmente desde una rama del árbol.

Marcos me da un beso.

Me siento en el sofá a descansar.

—¿Una coca-cola? —me pregunta Marcos, guiñándome un ojo.

—¿Una coca? —le digo sin creérmelo. Mamá es una militante anticocas (según ella saben a desinfectante de váter), y no nos deja beber nunca.

—La convencí para que me dejara comprar unas cuantas ya que es Navidad.

—¡Estupendo, microbio!

Mientras el microbio corre a la cocina a buscar las latas, yo me acurruco en el sofá y veo la tele.

En la pantalla hay un señor muy vestido y muy elegante, y una señora, también elegante... pero poco vestida, la verdad. Ella lleva una especie de bañador

diminuto, que a duras penas le tapa nada, unas medias de malla y unos zapatos de tacón muy alto. El hombre habla y la mujer escucha, asiente con la cabeza y sonríe. Parece mema. Cuando, por fin, el hombre la deja intervenir, ella se limita a repetir el número de teléfono al que tienen que llamar los telespectadores y que ya se encuentra sobreimpreso en la pantalla.

Oigo el timbre de nuestro teléfono, pero no me muevo. Por una vez, que conteste Marcos, ¿no?

Pienso en la señora del programa: ¡Qué papel tan penoso, la pobre! ¿Eso también debe de ser discriminación?\*

—¡Foca asmática! —me grita Marcos, que, ¡sí!, ha contestado—. ¡Es Mireya! Corro al teléfono.

*15 de diciembre*

Decido llamar a la abuela, después de enseñar algunos ejercicios acrobáticos a Plaf. Mientras voy hacia el teléfono, me pregunto si no podríamos resultar un buen número de circo Plaf y yo juntas.

—Claro que este concurso establece una discriminación, como tantos otros de la tele —me responde la abuela—. ¿Quieres que te explique un sistema para saber cuándo una situación es discriminatoria para la mujer?

—¡Sí!

—Tienes que aplicar la regla de la inversión.

—¿La qué?

—La regla de la inversión, es decir, darle la vuelta a la frase o a la situación. Allí donde está el hombre, poner a la mujer, y al revés.

—Por ejemplo, ¿imaginar me la caja tonta con una señora vestida y hablando correctamente, y un señor en slip y repitiendo burradas o cosas sin importancia?

—Eso mismo.

—Pues ya se ve que los concursos de la tele, con señoras medio desnudas y en plan loro, son discriminatorios.

—Exactamente.

—Muy bien. Tengo que dejarte, abuela. —Cuelgo y, a toda pastilla, voy a ver qué demonios le pasa a Marcos, que grita como si le estuvieran arrancando la cabellera.

—¡Se ha escapado!

—¿Quién? ¿Qué? —pregunto, llegando nerviosa a la cocina.

—¿Quién quieres que sea? Plaf.

—¡Jolín! Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—Se me ha escapado a mí —dice Matilde, que entonces entra en la cocina. Mete la fregona en el cubo y se vuelve hacia nosotros con la mirada desafiante—. Y no quiero ni oíros. Si hubieseis limpiado su jaula y hubieseis cambiado los algodones, no habría apestado de ese modo y no habría tenido que hacerlo yo. De

manera que ¡andando!

Su gesto es tan elocuente, que no vale la pena añadir nada. Sale de la cocina con aires de princesa. Esos aires los copia de mí; cuando me enfado, tengo una especial habilidad para poner cara de princesa altiva.

*16 de diciembre*

—¡Espero que lo encontréis! —han gritado mamá y papá, cada uno por su lado, pero con la misma voz de trueno y la misma cara de enfadados.

—¡Esperamos encontrarlo! —nos decimos Marcos y yo, con la misma tristeza entre pecho y espalda.

Registramos la casa sin olvidarnos de ningún rincón. Al menos, eso es lo que nos parece. Cuando acabamos, tenemos que admitir la desaparición de Plaf.

—No puede haberse disuelto en el aire —digo—. Puede que se haya escapado por la escalera y esté en algún piso del vecindario.

Nos repartimos los pisos de la escalera para intentar encontrar a la ratita. Yo subo a casa de Laura.

Laura es una vecina que nos hacía de canguro a Marcos y a mí cuando éramos pequeños. Tiene veintitrés años y está acabando Económicas en la universidad. Como su hermano gemelo, Toni. Se parecen tanto, que incluso han elegido la misma carrera. Eso sí, Laura siempre ha sido mucho más estudiosa que Toni. Cuando venía a casa las noches en que papá y mamá salían al cine o a cenar, ella, después de meternos en la cama, aprovechaba el rato para empollar.

De paso que busco a la ratita, le preguntaré qué piensa del machismo y el feminismo.

Me abre la puerta Jacinta, la madre de los gemelos. Una señora que debe de tener unos cincuenta años. Es más joven que la abuela Ana, pero mayor que mi madre.

—Pasa, niña, Laura está en su habitación.

—Laura, vengo a preguntarte dos cosas... ¿Puedo?

—Si son cortitas, sí. Es que voy de cabeza, ¿sabes? Tengo exámenes y me juego mucho. No quiero sacar menos de un notable, que es la nota media que tengo hasta ahora.

—Vale, vale. Sólo un segundo. Primera pregunta: ¿habéis encontrado una ratita blanca?

Me mira sorprendida:

—No. Y más vale que no la encuentre mamá: estoy segura de que no le haría ninguna gracia.

«¡Lástima!», pienso. Había confiado en que abriese un cajón y la sacase de dentro. ¡Vaya disparate!

—¿Segunda pregunta? —dice ella.

—¿Tú crees que la sociedad es machista?

—No. Ya no. Tal vez lo era cuando mi madre y la tuya eran jóvenes, pero ahora ya no. Nosotras ya hemos llegado a la época de la igualdad entre mujeres y hombres.

—¡Ah! ¿Y qué piensas de las feministas?

—¡Oh! Me parecen un rollo... Siempre hablando de lo mismo, siempre discutiendo sobre los derechos de las mujeres. Si es un discurso pasado de moda, Carlota...

—¡Ah! Pues nada, sólo quería saber eso. Hala, te dejo estudiar.

*17 de diciembre*

Subo a casa de Lola y Manuel, y me abre la puerta su hijo de seis años.

—¿Una datita? —me pregunta con los ojos muy brillantes y muy abiertos.

—No —dicen Lola y Manuel, que acuden volando para saber a quién diantre le ha abierto la puerta el pequeñajo de la casa—. No hemos encontrado ninguna ratita.

Entonces, le enchufo a Lola mi pregunta. Manuel se va, llevándose al niño.

—¿Que si creo en el feminismo?! Claro que creo, Carlota. ¿Acaso no sabes que yo soy una militante de toda la vida? Igualdad, igualdad, igualdad. Tenemos que conseguir la igualdad en todas las esferas de poder, si es necesario aplicando la discriminación positiva,\* o sea, favoreciendo a las mujeres. Además, hemos de ser inflexibles con los hombres: hay que repartir al cincuenta por ciento las tareas de la casa y la educación de los hijos. Y tenemos que adoptar muchas de las características de los hombres, si queremos triunfar en este mundo.

Se detiene porque si no coge aire, se ahoga.

—¿Qué postura tan radical, tan extrema, la de Lola! —exclama la abuela cuando se lo comento—. No estoy de acuerdo al cien por cien con lo que dice. De entrada, Lola está muy resentida con los hombres y parece que en vez de luchar «con» ellos por conseguir un mundo mejor, esté dispuesta a luchar «contra» ellos. De salida, no creo que la solución pase porque las mujeres nos volvamos como los hombres, sino porque incorporemos características tradicionalmente consideradas masculinas (por ejemplo, la capacidad de tomar decisiones) y porque ellos incorporen las tradicionalmente consideradas femeninas (por ejemplo, la ternura).

*18 de diciembre*

Hoy en el supermercado, me encuentro a Laura. Casi no me ve. Va a toda prisa, empujando el carrito por los pasillos, entre botes de mermelada y paquetes de arroz. Parece que lleve un cohete en el culo.

—¡Eh, Laura! ¿Y tus estudios y tus exámenes?

—No me hables... Me queda aún una montaña de trabajo...

—Y, entonces, ¿qué haces aquí?

—A mamá le duelen las rodillas y no puede venir a comprar.

—¿No podía venir Toni?

—No... él... no tiene práctica. Además, mamá ha dicho que su deber era estudiar, que tiene que sacarse la carrera este mes de junio, que...

—¿Y tú no? Me parece una injusticia.

—Sí. Ahora que lo dices, veo que lo es.

—A mí me parece una discriminación.

Por la noche, al llegar a casa escribo: a veces, ni siquiera las mujeres se dan cuenta de la discriminación que sufren. Después, la abuela me explica que, a eso, se le llama alienación.\*

—Quiero decir —me aclara la abuela— que Laura, por influencias de su familia, ha acabado por confundirse con el paisaje general, ¡y ni se entera!

Me explica que es frecuente que, habiendo sido educadas según determinados valores, las personas no perciban las discriminaciones de que son objeto.

—Por ejemplo —dice—, nuestra sociedad es patriarcal.

—¿Patriarqué?

—Patriarcal, es decir, una sociedad en la que lo masculino se considera superior a lo femenino; se considera a los hombres más capaces que a las mujeres...

—¿Todavía hay quien piensa así?

—Pues claro. De no ser así, los puestos de responsabilidad no estarían ocupados sistemáticamente por hombres. Piensa, por ejemplo, que el noventa por ciento de los alcaldes en España son hombres o que de cien premios Nobel otorgados en literatura sólo ocho han sido para mujeres...

—Se diría que la sociedad ha venido aplicando siempre sistemáticamente la discriminación positiva hacia los hombres, ¿no?

La abuela se ríe.

—Efectivamente, y ésa es la razón por la que hay que establecer ahora por ley una discriminación positiva hacia las mujeres. De no ser así, no conseguiríamos cambiar la tendencia que ha favorecido siempre a los hombres y no equilibraríamos nunca la balanza.

—Comprendo.

—Sigamos con el patriarcado.\* En la sociedad patriarcal, en la familia patriarcal, los hombres mandan y las mujeres obedecen. Son muchas las mujeres que, educadas en este esquema, no son siquiera conscientes de ello. Son las que aceptan determinadas situaciones sin ponerlas en cuestión, considerándolas normales.

—Como ha hecho Laura al ir a la compra para que su hermano pudiera seguir estudiando.

—Exactamente. Otras mujeres, en cambio, creen haber superado los límites del patriarcado porque han llegado a posiciones relevantes y, sin embargo, siguen en una posición de dependencia de los hombres porque se limitan a copiar el



modelo masculino; es otra forma de alienación.

*19 de diciembre*

¡Último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad! ¡Qué bien!

Mireya y yo nos miramos. Por una parte estamos contentas con los días festivos que tenemos por delante; por otra, tristes al pensar que no vamos a vernos ni a hablarnos durante casi tres semanas.

—Si tuvieras un móvil... —me lamento.

—Ya sabes: mamá dice que ni hablar —me contesta, aún rebotada con su madre—. Aparte de que en la estación de esquí tampoco hay cobertura. Y, además, no protestes, que tú tampoco tienes móvil.

—¡Ay! —suspiro—. Confío en los regalos de reyes...

Nadie tiene ganas de dar clase. Hemos terminado los exámenes y sólo nos apetece charlar, reír, armar jaleo... Menos mal que Ramos, el profesor de ciencias, ya lo tenía previsto y se pasa la clase leyéndonos distintos textos y algunas noticias del periódico y, luego, nos pide que los comentemos.

—¡Eh, chicos! Fijaos en esta noticia.

Y lee:

«Se ha podido demostrar que los monos jóvenes que dedican mucho rato a jugar tienen el sistema inmunológico en mejores condiciones y, por tanto, se ponen menos enfermos que aquellos que no juegan. Los científicos piensan que, seguramente, en el caso de los niños pasa lo mismo».

—¡Una noticia estupenda! —dice Elisenda, que siempre remolonea para prolongar el tiempo de recreo—. Creo que deberíamos exigir a la dirección del colegio que intercale más ratos de ocio durante el día.

—¿Y qué? —contesta Raúl—. A ti no te afectaría eso. Ramos ha dicho que pasa con los monos y tal vez con los niños, no con las hembras de mono y las niñas.

—¡Ah! —soltamos todas las de clase, mirándonos desanimadas.

—Pero, Ramos, tú has dicho: «Mirad, chicos». Y nosotras hemos creído que te referías a los chicos y a las chicas.

—Bien, en este caso, me refería a los chicos, porque la noticia yo la entiendo como ellos: referida a los monos y a los humanos de sexo masculino.

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiing! El timbre de final de las clases.

¡Guau! ¡Ya era hora!

Nos ponemos a alborotar frenéticamente. Ramos se enfada.

—¡Callaos! —chilla.

La primera vez no le hacemos caso.

La segunda:

—¡Callaos o, de lo contrario, os hago venir el primer lunes de vacaciones a trabajar al colegio!

¡Amenaza superefectiva! Nos callamos completa e inmediatamente.  
—Y ahora, chicos —dice Ramos, con voz normalizada—, poneos en fila.  
Los chicos se levantan y se ponen en fila para salir del aula. Las chicas continuamos sentadas. Ramos nos mira como si se nos hubiese ido la bola.  
—¿Qué os pasa a vosotras?  
—Nada —contesta Mireya, mirándolo como si el chiflado fuese él.  
—¿Y por qué no os levantáis, si puede saberse?  
—¡Porque has dicho «chicos»! —gritamos a la vez sin necesidad de ponernos de acuerdo.  
—Pero esta vez me refería a los chicos y a las chicas.  
Qué lío, ¿verdad?, que el masculino plural unas veces quiera decir ellos, y otras, ellos y ellas. Tengo que comentárselo a la abuela.

## *20 de diciembre*

Hoy, sábado, Marcos se va con mamá y papá al mercado de Navidad.  
—¿De verdad no quieres venir con nosotros? —pregunta mamá, aún con la boca abierta, porque es el primer año que no voy con ellos a curiosear o a comprar bolas de cristal para sustituir las que se rompieron cuando adornamos el árbol.  
—No, no. Tengo que ir a discutir con la abuela una cuestión muy importante.  
Cuando están subiendo los tres al coche, Marcos me hace burla:  
—¡Me alegro de que no vengas, atún podrido! ¡Seguro que me compran lo que pensaban comprarme y, además, lo que tenían previsto para ti!  
—¡Pues que te aproveche, enano!  
Llego a casa de la abuela, que no está sola. Está con Pepe, un amigo muy, muy amigo.  
Le explico a la abuela lo complicado que es saber si «chicos» se refiere a ellos o a ellos y ellas.  
—Exacto —responde la abuela—. El problema es que nuestra lengua no tiene una palabra que se refiera al «colectivo chicos y chicas», como tiene, por ejemplo, el inglés: children.  
—¡Eso es! Una palabra que sirva para el femenino y el masculino a la vez, y que sea diferente del masculino solo. ¿En español no tenemos ese tipo de palabras?  
—Algunas sí. Por ejemplo, podemos hablar de «criaturas» en lugar de hablar de «niños y niñas». O decir «jóvenes» por «chicos y chicas», «el alumnado» por «los alumnos y las alumnas», pero es cierto que en español a menudo no contamos con fórmulas de este tipo y, entonces, no nos queda más remedio que utilizar el masculino y el femenino. Nos vemos en la obligación de decir, por ejemplo, «la autora y el autor de este libro».  
Pepe, que hasta el momento ha escuchado los argumentos de la abuela sin abrir boca, interviene:

—Mujer, no exageres. La tradición es la tradición...

—Mira, Pepe, si éste fuera un argumento que tener en cuenta, la esclavitud, una tradición durante siglos, no habría sido abolida. Si tuviéramos en cuenta la costumbre, tal vez seguiríamos aún con jornadas laborales de setenta horas semanales como en el siglo XIX. ¿No crees?

—Sí, desde luego —dice Pepe, pensativo. Después, vuelve a dispararse—: Pero tú sabes que hay lingüistas que no están de acuerdo con el uso del masculino y del femenino porque va en contra de la economía del lenguaje.

La abuela se levanta del sofá de sopetón, como si se fuera a lanzar directamente a la yugular de Pepe.

—¿Y qué es más importante: la economía del lenguaje o la precisión del lenguaje? —refunfuña, mientras busca un periódico en el revistero. Parece que lo ha encontrado. Se vuelve hacia nosotros y dice—: Estos lingüistas deben de tener en la cabeza las leyes del mercado, que, por lo que se ve, resulta lo único que importa en el mundo actual, ¿verdad?

Se pone las gafas y pasa las páginas del periódico. De súbito, se detiene:

—Escucha —dice—. Te leeré una noticia, para que veas adónde llevan las medidas liberales que buscan constantemente la rentabilidad. Y lee:

«La red ferroviaria de Reino Unido se encuentra al borde del colapso. Ayer, por ejemplo, en menos de seis horas, se produjeron tres nuevos accidentes. La semana pasada, dos expresos descarrilaron».

—¿Y? —pregunta Pepe, que, como yo, no ve ninguna relación entre la noticia y lo que discutíamos.

—Pues está clarísimo. El criterio «economía» no tiene por qué ser un buen criterio.

—Ya veo por dónde vas —dice Pepe—. Criterio económico y dignidad,\* a veces, están reñidos.

—Claro, éste es el resultado de las medidas liberales impulsadas por la Thatcher.\* En nombre de criterios económicos y de rentabilidad, se privatizan las empresas públicas, que precisamente eran públicas porque no necesariamente eran rentables para el capital privado. Entonces, para aumentar la rentabilidad, la primera medida que se aplica es reducir el gasto, lo que se traduce en un menor mantenimiento de las vías o de las locomotoras o en una reducción de la plantilla de trabajadores, en una sobrecarga de trabajo para la plantilla restante... todo lo cual disminuye la seguridad de los usuarios, es decir, que el precio de la privatización lo paga la ciudadanía. Y, así, la buena marcha económica de unas cuantas personas se apoya en la seguridad de las demás. Total: no parece un criterio perfecto, el de la economía, ¿sabes? Por lo menos, no lo suficientemente perfecto como para aplicarlo a rajatabla.

Pepe se la queda mirando con una expresión nueva en los ojos:

—Tienes razón. Nunca lo había visto de esta forma.

—Pues ahora, fíjate en esto. —La abuela va hacia la librería y coge un

volumen—. Es un libro de psicología sobre problemas de la personalidad. Abre por el capítulo que quieras, por ejemplo, el del narcisismo. Empiezas la lectura del texto, que te va explicando cómo es «el» narcisista. Y tú sobrentiendes que el artículo «el» engloba el masculino y el femenino...

Pepe asiente con la cabeza.

La abuela continúa:

—... hasta que, de pronto, llegas a un párrafo que empieza diciendo: «La mujer narcisista...».

—¡Caray!, entonces lo leído hasta el momento, ¿se refería sólo a los hombres?

—Como tú, yo tampoco lo sé. Lo que sí sé es que, a menudo, leyendo libros de ciencias sociales, como mujer no sé cuándo tengo que sentirme incluida en los masculinos plurales y cuándo no.

### *21 de diciembre*

Seguimos sin encontrar a Plaf. Decidimos buscarla en la calle. Aprovechando que papá nos envía a la carnicería a recoger un paquete, bajo a toda pastilla, no solamente para ocuparme de la ratita, sino también de la encuesta violeta.

—¿La última? —pregunto.

Una de las tres mujeres de dentro de la tienda me dice que es ella.

Mientras la carnicera sirve a las dos primeras, entra otra mujer y dos minutos después, un hombre. La mujer pide tanda. El hombre, no.

Ahora le toca a la mujer que va delante de mí, pero la carnicera se la salta. Me salta también a mí y a la mujer que ha entrado detrás de mí para poder atender al hombre.

—Seguro que tiene más prisa que vosotras —justifica—. Los hombres, ya se sabe...

Indignada, me quedo mirando a las mujeres, que no protestan. Ponen cara de resignación. Como si por narices tuviera que ser así. Como si por narices el tiempo de los hombres fuese más importante que el tiempo de las mujeres. Le tengo que preguntar a la abuela por qué. Decido que no hace falta pedir a la carnicera qué opina del feminismo y del machismo. Seguramente no ha oído hablar del tema, ¿no te parece?

### *22 de diciembre*

Marcos y yo estamos hechos polvo: se nos han acabado los sitios donde buscar a Plaf.

—Tal vez se lo ha comido un gato.

—¡Animal! —me enfado.

Lo dejo por inútil y me voy a preguntarle a mamá si cree que papá es machista. Ya sé que ella no lo es.

Espero unos minutos porque está enganchada al teléfono, hablando con la tía Mercedes, que, por lo que puedo deducir, le explica cómo va su embarazo. Finalmente, cuelga el aparato.

—No, no. Tu padre no es nada machista. ¿No ves que siempre colabora en las tareas de la casa?

Tiene razón.

—Además, ¿has observado que haga diferencias entre el trato que te da a ti y el que da a Marcos?

—No.

Si ella lo dice, tendré que creerla, pero la miro con suspicacia, porque, después de lo que observo a mi alrededor, ya no estoy segura de nada.

Por si acaso, me pongo las gafas violeta y espero a que mi padre llegue.

—Papá, ¿tú qué piensas del feminismo?

Me echa un discurso sobre la importancia que este movimiento tuvo en el pasado para conseguir la igualdad entre los dos sexos.

Me quedo muy satisfecha al comprobar que tengo un padre tan concienciado. Continúo, sin embargo, con las gafas violeta puestas, por lo que pueda pasar.

Y he aquí las situaciones que se producen a la hora de la cena.

La primera: Marcos mete el cucharón dentro de la sopera y remueve la sopa como un poseso, mientras observa el líquido con atención.

—¿Se puede saber qué haces, Marcos?

—Busco al ratoncito.

—¿Dentro de la sopa?! —grita mamá, horrorizada.

—No nos quedan muchos más sitios donde buscarlo —responde Marcos, muy seriamente—. Pero no te preocupes, mamá, en la sopera no está.

Mamá lo fulmina con la mirada y comienza a servir la sopa. Diez minutos después, cuando todos estamos acabando, papá aún no ha tocado su plato.

—¿No tienes hambre? —le pregunta mamá.

—No mucha, francamente. Tengo demasiados problemas. En la agencia...

Papá tiene una agencia de viajes. Grande. Trabajan veinte personas en ella. Parece ser que todo ello puede causar quebraderos de cabeza.

—Las dos, ¿te das cuenta? —le está diciendo a mamá—. Las dos han venido a decirme que están embarazadas y las dos parirán el mismo mes: entre primeros y últimos de junio.

—Hombre, es normal. Son jóvenes, ya hace un tiempo que tienen pareja. Es lógico que quieran una criatura.

—Pero ¿tú sabes el lío que eso supondrá para la empresa? ¿Y la fortuna que me costará?

—Sí, claro, pero que nazcan criaturas es muy importante.

Papá no la escucha. Va a la suya. Se ha levantado de la mesa y camina por el comedor, arriba y abajo, como un león enjaulado. Al final, se detiene y dice:

—¿Quién me mandaba a mí contratar a estas dos mujeres sabiendo que un día u otro parirían?

A mamá casi se le cae el tenedor cuando oye estas palabras. Me mira y parece decirme: «Lo siento, Carlota. Sí, lo es: ¡SUPERMACHISTA!».

Mamá intenta clarificar ideas:

—¿Quieres decir, pues, que las mujeres tienen que quedarse en casa para tener criaturas o bien se les tiene que prohibir parir si quieren tener derecho a trabajar?

—Mujer... —Entonces se sale por la tangente y contesta—: Mira, si tú fueras empresaria dirías lo mismo que yo, que contratar a mujeres es caro, porque puede ser que paran y tengan que coger la baja.

—Tienes razón. Si fuera empresaria en un mundo de valores masculinos, me subiría por las paredes, como tú, si una trabajadora mía tuviera que dejar de trabajar unos meses para parir. La cuestión es si no sería necesario revisar los valores masculinos. Tal vez algunos podrían continuar aplicándose, pero otros deberían eliminarse en favor de valores femeninos. Por ejemplo: ¿es imprescindible pasar tantas horas en el trabajo que resulte incompatible con desarrollar una vida personal, con intereses familiares, culturales o del tipo que sea? ¿No será éste otro «valor masculino» que debería revisarse? ¿No resultaría eficaz y sano para mujeres y hombres que nos implicáramos por igual en conseguir la conciliación de la vida laboral y la personal?\*

Papá no responde porque, en realidad, no la escucha. Va a su bola y, para rematar su explicación machista, suelta:

—Claro que, son tan monas las dos... A un cliente siempre le gusta más ser atendido por una chica guapa.

A mamá se le ponen los ojos como platos:

—No me dirás que las contrataste porque estaban de buen ver, ¿no?

Papá la mira como si le hubiera metido un dedo en el ojo:

—Mujer... No quería decir exactamente eso, pero entre contratar a una chica guapa o a una chica fea, lo tengo clarísimo.

—¿A los hombres también los eliges en función de su aspecto físico? —le pregunto con mala intención. E intento imaginar quién querría contratarle a él, que ya tiene algo de barriga, ha echado papada y se está quedando calvo.

—Los hombres... —resopla papá—. ¡A quién le interesa el aspecto de los hombres!

«A nosotras, las mujeres», nos decimos mamá y yo sin palabras. Después, yo pregunto:

—¿Y si en lugar de tratarse de un cliente se trata de una clienta?

Papá se encoge de hombros.

Llamo a la abuela para saber qué piensa de la conversación y para aclarar

unos cuantos puntos oscuros.

—Doble discriminación —sentencia—. Primera, pensar en la posibilidad de no contratar mujeres por miedo a la maternidad. Segunda, contratarlas en función de su cuerpo y no en función de sus capacidades para el trabajo.

Suspiro. Empiezo a darme cuenta de que entrar en el mundo laboral debe de resultar más complicado para una mujer que para un hombre.

—Pues sí. Desgraciadamente así es —me confirma la abuela. Y luego añade —: ¿Habéis encontrado a la ratita?

—No. Marcos piensa que tal vez se la haya comido un gato.

—¡Jolín, pobre! Qué final tan bestia...

*23 de diciembre*

Leo en el periódico la siguiente noticia:

«La patronal madrileña quiere que la mujer pague su baja por maternidad».

«¡Glups!, menudo titular», pienso.

«El círculo de empresarios de Madrid propone que las trabajadoras costeen su propia baja por maternidad, pagando un seguro privado a partir de una cantidad que sería deducida mensualmente de su salario.»

Estoy completamente segura de que a la abuela estos empresarios le van a parecer muy guays.

—Guays del Paraguay, los encuentro, cariño. Éste es el problema, que vivimos en un mundo hecho de valores masculinos. Un mundo androcéntrico.\* Puesto que para los varones sólo cuenta el trabajo productivo\* y, en cambio, nada de lo que tenga que ver con el trabajo doméstico, es decir, el reproductivo\* les parece muy importante, consideran que parir es algo que no tiene que ver con los hombres, y, por lo tanto, ¡que se paguen la baja las propias mujeres!

—¡Qué solemne injusticia!

—Absoluta. Piensa que, según la Constitución española, los hombres y las mujeres somos iguales y, por tanto, que las mujeres tuvieran que pagarse la baja por maternidad marcaría una desigualdad terrible. Por otra parte, imaginémonos un mundo diferente, donde las mujeres aplicáramos nuestros valores. Puedes estar segura de que parir se consideraría un trabajo o un bien para la sociedad tan importante como el trabajo remunerado —¡que, en realidad, lo es!—. Imagínate que, entonces, las mujeres exigieran a los hombres una cuota de participación mensual en concepto de los beneficios futuros de que disfrutarán gracias a las criaturas que ellos no paren y ellas, sí.

—Da risa, pero, en realidad, es muy feo lo que dices.

—Claro que es feo. Porque sería una discriminación hacia los hombres. Y toda discriminación es horrible. Ni más ni menos horrible que lo propuesto por estos empresarios. Menos mal que, seguramente, nadie les hará caso.

—Abuela, lo siento, tengo que colgar. Me parece que mamá me llama.

No se puede decir exactamente que me llame; más bien, me aúlla. Su voz inunda la casa como la de una soprano en plena aria:

—¡Carloooooooooooooota! ¡Maaaaaaaaaaaaaaaaarcos!

Voy a la cocina corriendo. Marcos llega en ese mismo momento.

—¿Otra vez? —pregunta mamá, echando fuego por los ojos.

Marcos y yo nos miramos sin entender de qué va la bronca. Por si acaso, Marcos dice:

—Ha sido ella... —Y me señala.

—¡Vaya bola, chaval! ¡Yo no he sido, mamá! Y además, ¿se puede saber de qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer el trozo de chorizo que compré ayer.

—¿Yo?! Si yo no he sido.

—Pues ¿quién? La semana pasada desapareció el paquete de jamón que había encima del mármol, hoy el chorizo... Esto no puede ser.

Le digo que tiene razón, convencida de que el culpable es Marcos y de que ahora se está quedando con nosotras. Yo, seguro que no me lo he zampado.

—Me las pagarás —le digo bajito para que mamá no me oiga.

Marcos huye hacia su habitación y, mientras, va soltando su risa de conejo.

*24 de diciembre*

Hoy celebramos la fiesta del amigo invisible. Nos encontramos todos los primos y tíos en casa de la abuela Ana. Cada año nos divertimos mucho. Además, siempre cae algún regalito, y eso siempre es una ganga.

—¡Eh, éste es tuyo, Carlota! Parece otro diario —dice Marcos, levantando un paquete, efectivamente, de medidas sospechosas y con mi nombre.

—Anda, niño, cómprate un desierto y bájrela —le contesto, agarrando el paquete.

No es un diario: ¡es una caja de pinturas genial! Aunque, por otro lado, si fuera un diario, tampoco me molestaría. Estoy segura de que encontraría otro motivo para rellenarlo.

Después de la sesión de regalos, pasamos a la mesa. La tía Mercedes camina balanceándose desequilibrada por su gordísima barriga...

—¡A ver si tendrás a la criatura mientras cenamos! —avisa la abuela.

—Ya me gustaría, pero aún falta para que nazca la niña...

—¿Es una niña? ¿Ya lo sabéis?

—Sí. Ahora con las ecografías es fácil saberlo.

—¿Y qué te parece que sea una niña?

—Mujer, siendo la segunda, me da igual. Sin embargo, el primero quería a toda costa que fuese un niño... —Acaricia la cabeza de su hijo, sentado entre ella y su padre, el tío Carlos—. ¡Y, por suerte, lo fue!

Mientras comemos el pavo, la abuela me explica que la opinión de la tía



Mercedes —¡el primero, un niño!— es la de mucha gente. Me cuenta que, en función de los valores androcéntricos, que dan prioridad a los varones sobre las mujeres, tradicionalmente los niños eran quienes transmitían el apellido paterno, quienes heredaban los bienes familiares, quienes continuaban la profesión del padre, quienes no necesitaban disponer de dote para casarse...

—En fin —suspira—, que tener una chica, y más si era la primera, resultaba un desastre, por lo que en muchos lugares de la Tierra, aún ahora, cuando la primera en nacer es una niña, la matan, o le dedican tan poca atención que acaba por morir. Incluso, gracias a las nuevas tecnologías que permiten conocer el sexo de las criaturas al iniciarse el embarazo, se provocan abortos selectivos: si es niña, se aborta.

¡Glups! Me atraganto con una ciruela pasa. Pienso que si mamá y papá hubieran vivido en uno de esos países, tal vez yo no existiría; sólo existiría Marcos.

—¡Injusticia! ¡Rebelémonos! —grito.

La familia levanta la vista. Excepto la abuela Ana, todos me miran alarmados. La abuela Isabel me suelta:

—No grites de esta forma, Carlota. No sé por qué no te enseñan en casa que las niñas han de hablar bajito. Es muy feo que una mujer dé voces —añade mirando la reacción de mamá con el rabillo del ojo.

Mamá continúa comiendo el pavo, como si no la hubiera oído. Yo sé qué piensa. Piensa que el sexo de una persona no tiene que condicionar la forma de hablar de esa persona. Lo que importa no es el sexo, sino el contexto. Normalmente, debe hablarse con una voz audible: ni demasiado bajo que parezca que la timidez te agarrota, ni demasiado alto como si quisieras imponer tu opinión. Pero, a veces, hay que bajar la voz, por ejemplo, en la habitación de un enfermo o en el cine. Y otras, hay que hacerse oír, como ahora, en esta ocasión.

Ya nadie me presta atención, la familia se concentra de nuevo en el pavo. Y la abuela Ana reanuda las explicaciones:

—En nuestro país no se cometen crímenes de este tipo. También es cierto que las chicas ya pueden heredar o seguir la profesión del padre y, sin embargo, aún muchas personas prefieren tener niños que niñas, sobre todo cuando se trata del primer hijo. Otra forma de discriminación hacia la mujer, ¿lo ves?

Me dirijo a la tía Mercedes, que está en un extremo de la mesa.

—Tía, ¿tú qué piensas de las feministas?

—¡Huy!, no me gustan nada, Carlota. Son como hombretones, feas, gordas, poco femeninas, marimandonas... Además, ¿quién quiere escucharlas? Están pasadas de moda.

Miro a la abuela y a mamá, que son feministas y femeninas, y me parece que la tía Mercedes está muy equivocada. El aspecto físico nada tiene que ver con ser feminista. En cambio, las ganas de luchar por un mundo más justo, sí.

«Navidad, paz...», me digo a mí misma, echada en la cama, consciente de estar de vacaciones, de no tener que ir al colegio, de poder hacer el vago y quedarme entre las sábanas. Nada distrae la tranquilidad de esta mañana...

¡Patapam! ¡Plaf! ¡Crash!

¿Quién ha dicho que nada turbaba la paz?

Me levanto bruscamente y busco el origen del estruendo. Llego a la cocina, donde papá y mamá mueven la nevera.

La lavadora ha pasado también por sus manos frenéticas, porque ha sido desplazada del lugar junto a los armarios hasta el centro de la cocina.

—A la de tres —dice papá—. ¡Una, dos, tres!

La nevera se mueve dos centímetros.

—No se puede decir que tengáis una forma excelente, ¿eh? —dice Marcos, que, con ojos legañosos, los mira desde la puerta.

—Marcos, no me pongas de los nervios, que ya tengo bastante con este follón...

—Pero ¿por qué trasladáis los electrodomésticos? —pregunto, asombrada por ese arrebatado de servicio de mudanzas que les ha dado en pleno día de Navidad.

—¿Qué pasa, guapos? ¿Acaso tenéis el sentido del olfato atrofiado? —pregunta mamá.

Marcos y yo nos miramos, incapaces de entenderla. ¿Qué tendrá que ver la nevera con el olfato?

—¿No os dais cuenta del tufo que hay en la cocina? —insiste papá.

No. De verdad que Marcos y yo no notamos ningún mal olor.

—Pues esto apesta —gruñe mamá—. Y la causa sólo puede ser la maldita rata, que debe de haberse escondido bajo algún electrodoméstico....

Marcos y yo damos saltos de alegría.

—¡Vamos allá! —grita papá—: Un, dos, tres...

Esta vez, con nuestra ayuda, la nevera se mueve un palmo.

—Aún un poco más —dice mamá.

¡Por fin! La nevera se ha separado casi dos palmos de la pared y, de debajo sale..., ¡Plaf y seis menudos ratoncitos!

—¡Eh! ¡Plaf ha tenido crías! —grita Marcos, encantado.

—He aquí el tufo y los embutidos desaparecidos —dice papá, con gran perspicacia.

—Pues ya podéis ir pensando qué hacéis con Plaf, porque no la quiero en casa, ni a ella ni a las crías.

Por la voz de mamá, Marcos y yo sabemos que no hay nada que hacer: lo ha decidido. Y nosotros tendremos que buscar un hogar de acogida para la familia Plaf. De momento, no obstante, mientras esté con nosotros, podemos adiestrarla otra vez.

Permanecemos casi una hora con Plaf y con esas crías, pequeñas y peladas.

Pronto descubrimos que nuestra ratita ha pasado tanto tiempo extraviada bajo la nevera que ya no recuerda ninguna de las gracias que aprendió. Tendremos que volver a empezar.

Cuando damos por acabado el entreno, voy a mi habitación. Me pongo delante del ordenador para distraerme del berrinche de pensar que otra vez me quedaré sin mi ratita blanca.

Tengo un correo electrónico de la abuela. Dice así:

De ahora en adelante, te iré mandando datos estadísticos que, con objetividad, te permitirán hacerte una idea de la situación de la mujer. Fíjate en éstos: se calcula que hay entre 60 y 100 millones de niñas MENOS de lo que tocaría en el mundo, porque han sido eliminadas voluntariamente, sobre todo en el suroeste asiático.

¡Jolín! Eso es el resultado de las teorías de la tía Mercedes llevadas al extremo. Se me ponen los pelos de punta.

Es curioso: nunca había oído hablar de este problema, ni siquiera en casa. ¿Por qué un padre como el mío, capaz de ir a manifestaciones contra Pinochet,\* asesino de tantas personas políticamente contrarias a él durante su dictadura\* en Chile, nunca ha movido un dedo para condenar un crimen que masacra a un mayor número de personas todavía? Tendré que preguntárselo.

Después me pregunto qué deben de hacer los hombres de esos países de costumbres tan bárbaras cuando les llega la edad de emparejarse. Porque está claro que debe de haber muchas menos mujeres que hombres...

Prefiero no imaginármelo, porque seguro que, también, las mujeres salen perdiendo.

*26 de diciembre*

La abuela viene a comer a casa. Le abro la puerta.

—¡Decidido! —le digo—. Escribiré El diario violeta de Carlota para analizar las situaciones de discriminación que veo a mi alrededor.

—Me alegro, Carlota. Creo que valdrá la pena. Sólo tomando conciencia podemos cambiar las costumbres, las creencias... Sin embargo, piensa que el machismo de nuestro país es, a veces, poco perceptible. Eso ocurre por dos razones: primera, porque las discriminaciones son más sutiles que en el pasado. Y segunda: porque todo el mundo está tan acostumbrado que ya ni lo ve.

—Ya lo sé, abuela, pero llevaré siempre las gafas violeta puestas para que no se me escape ni una.

—Muy bien. Y yo me encargaré de hacerte llegar datos objetivos, como los que ayer te envié por correo electrónico. Por otro lado, te dejaré leer las cartas de niñas de distintos lugares del mundo, que explican qué tipo de situaciones están

obligadas a vivir.

—¿Y por qué recibes cartas de niñas de otros países?

—Bueno, exactamente yo, no. Las recibe la organización no gubernamental con la que colaboro, precisamente para intentar ayudar a las mujeres que sufren violencia de género.\* Te darás cuenta de que, a pesar de la discriminación que aún sufrimos en nuestro país, comparadas con las cuatro quintas partes de las mujeres del mundo, somos unas privilegiadas.

Por la tarde, la abuela me envía un mensaje electrónico. Dice:

Te paso una cita copiada de un antiguo libro inglés. Se trata de una antología de cartas que niños y niñas escribieron supuestamente a Dios. A mi entender, esta frase de una niña pequeña resume muy bien lo que yo explicaba respecto al machismo tan sutil de la sociedad que nos rodea. Dice así:

«Dear God, I know that you are a boy, but please, try to be fair», es decir, «Dios, ya sé que eres un chico, pero, por favor, intenta ser justo».

La sociedad entera —es decir, Dios— sigue siendo un chico. Y tenemos que seguir pidiéndole que sea justa. ¿Ves lo que quiero decir?

Después de leer el mensaje, llamo a la abuela.

—De acuerdo, te entiendo. Pero ¿por qué Dios es representado como un hombre?

La abuela se echa a reír y me dice:

—¿De qué otra manera habría podido representarlo una sociedad que considera que lo masculino es superior a lo femenino? De todas maneras, puesto que la Biblia prohibía expresamente hacer representaciones de Dios, nos habríamos ahorrado una parte del machismo religioso si se hubiera tenido en cuenta este antiguo mandamiento.

—También las personas de piel negra, pongamos por caso, se habrían ahorrado ver a Dios siempre representado con piel blanca, ¿no?

—¡Evidentemente!

Marcos hace un ratito que me mira con ganas de que cuelgue el teléfono. Le digo adiós a la abuela.

—¿Qué pasa, pelma?

—Pasa que tenemos que intentar colocar a Plaf y compañía, si no, mamá es capaz de lanzar a la familia ratonil a una cloaca.

—¡Vamos!

Decidimos visitar las casas del vecindario en las que hay criaturas. Seguro que fliparán con la ratita y tal vez podamos camelar a sus madres o padres para que se queden con toda la familia. Por lo que pueda ser, no les contamos ni a mamá ni a papá nuestra maravillosa idea.

*27 de diciembre*

De momento nadie ha picado... Bueno, las criaturas sí, pero la autoridad competente de la casa se ha opuesto frontalmente a la adopción.

—¡Aghs! —dicen, tapándose la nariz—. ¡Qué peste! No, majos, no. Para jaleo ya tenemos bastante sin esos bichos.

—¡Qué cuca! —dice Laura. Pero tampoco se decide a quedársela.

—¡Sí, hombre! ¡Una rata en mi carnicería! ¿Os habéis vuelto locos? ¿No veis que sería mala propaganda para mí?

Sólo nos queda Lola, que se ha ido con la familia a pasar las vacaciones fuera y no vuelve hasta pasado mañana.

—¡Paciencia! —exclama mamá cuando nos ve llegar de nuevo con toda la pandilla de ratas—. Pero el uno de enero, ya no la quiero aquí, ¿entendido?

Dejamos a Plaf y compañía en el baño, para que resulten menos visibles.

La abuela me ha vuelto a mandar un mensaje electrónico. Es la primera de las cartas que me ha prometido. Dice así:

Hola:

Soy Yu Xian y vivo en China. Mamá y papá son campesinos. Tienen algunas tierras en las que cultivan arroz. Tengo un hermano de quince años, que todavía va al colegio. Yo tengo doce, y sólo pude ir durante dos años. Por eso, no sé leer ni escribir y le tengo que dictar esta carta a mi hermano. De hecho, en China, una de cada tres niñas no sabe leer. En cambio, entre los niños, sólo uno de cada diez no sabe.

Las niñas campesinas como yo a menudo nos tenemos que quedar en casa para ocuparnos de los hermanos y hermanas pequeños. Yo cuido a Obu Ya, que tiene tres años.

Mis padres siempre se quejan de haberme tenido. Dicen que, en el campo, cuantos más hijos varones tienes, más rico puedes hacerte. Pero que las hijas sólo son una carga económica. Lo dicen porque cuando me case, tendrán que prepararme una dote, me iré a vivir a casa de los padres de mi marido y trabajaré los campos para ellos.

Sólo faltan unos tres años para que mi padre me venda a un hombre mayor que yo, con quien me veré obligada a casarme.

*28 de diciembre*

No puedo creer que la carta de Yu Xian sea de verdad. ¿Y tú? ¿Cómo es posible? No ir al colegio, no saber leer, ocuparse todo el día del hermano pequeño, ser vendida —¡vendida!— a los quince años a un hombre —¡un hombre, no a un jovencito como ella!— desconocido que se convertirá en su marido, irse a vivir a casa de los suegros y trabajar los campos para ellos... ¡Jolín! Si parece una historia

de la Edad Media, de cuando la sociedad tenía una organización feudal. ¿Y todo esto en la China de después de la revolución de Mao Tsé Tung?\* Casi no puedo creerlo.

¡Ah! ¡Ya sé! ¿Qué te juegas a que es una inocentada? Seguro que la abuela no se ha enterado de que le han tomado el pelo.

—¿Tomar el pelo? —se enfada—. Pero ¿tú te crees que soy tonta del bote o qué, guapa?

¡Qué va! Nunca he creído que la abuela sea una pánfila, al contrario: una abuela marchosa. Pero me cuesta creer que la carta explique una historia verdadera.

—Lo es. Es de verdad. Y prepárate, que aún no has leído las peores. No tienes ni idea de las condiciones de vida de las mujeres en el mundo.

*29 de diciembre*

Me despierto sudando, con las sábanas arrugadas y pegadas a la piel...

Entonces me doy cuenta de que he tenido una pesadilla... Pero ¡qué pesadilla! Soñaba que estaba casada con el tío Carlos, el marido de la tía Mercedes.

¡Qué espanto! Si es un viejo de más de treinta años... Y yo, una chica de catorce. Pobre Yu Xian, obligada a casarse a los quince años con un señor mucho mayor que ella.

La abuela tenía razón: yo soy una privilegiada. En el mundo hay mujeres que viven una discriminación mucho más terrible que la nuestra.

Voy a la cocina a beber un vaso de agua. Regreso a mi habitación y, después de poner bien las sábanas, me meto en la cama, pero no puedo dormir. La idea de que en el mundo haya niñas obligadas a casarse con hombres mayores que no les gustan y a tener criaturas con ellos me parece horrible.

Me levanto con las pilas puestas: hoy tenemos que convencer a Lola para que adopte a Plaf.

—Hola, hola. Pasad —dice Lola—. Te estaba preparando un regalo de Navidad, Carlota. Un regalo un poco particular, no lo puedo negar.

—Nosotros también te hemos traído un regalo —improvisado mientras le doy la jaula con la familia de ratitas.

—¡Oh! ¡Qué monas! —dice Lola.

Las mira con ternura y no pone ni la más mínima objeción a quedárselas.

—Las instalaré en una estantería de la librería.

¡Adiós, Plaf! ¡Bua!

Lola nos mira y ve que no tenemos ganas de abandonar a Plaf; que lo hacemos voluntariamente obligados.

—Este regalo ¿ha sido teledirigido por mamá? —pregunta astutamente. Marcos y yo decimos que sí moviendo la cabeza.

—¡Ah! Estaba hasta la coronilla de las ratitas, ¿verdad? —dice riendo. Y

añade—: Vamos, no pongáis esa cara de perros apaleados. Venid a verla siempre que queráis.

—¿Y nos dejarás continuar el entreno?

—¿El entreno? —Marcos le explica los equilibrios circenses que Plaf aprende a base de almendras.

—De acuerdo.

—¿Y cuál es el regalo de Navidad que me preparabas?

—Éste —me contesta dándome una hoja de papel—. Como me pareció que estabas interesada en cuestiones machistas y feministas, te he buscado la palabra «mujer» en el diccionario de sinónimos.

—«Mujer, chica, niña, madre, esposa, viuda, prostituta» —leo.

—¿Te das cuenta? —me detiene Lola—. Esos primeros sinónimos son, mayoritariamente, palabras que expresan una relación de la mujer con respecto al hombre. Si buscas la palabra «hombre», verás que no ocurre lo mismo; no te propone «marido, viudo, macarra...». Bueno, sigue.

—«Virago, amazona, marimacho: mujer varonil, viril o sin gracia...». Lola me detiene de nuevo.

—Fíjate que los siguientes sinónimos expresan el hecho de que la mujer no tenga una de las características primordiales en opinión de los hombres: la gracia. —Luego me anima a proseguir—: Veamos los siguientes.

—«Doncella: mujer virgen.»\* «Vestal: mujer muy casta.» «Bacante, mesalina, mujerzuela, moscona, mujerona: mujer viciosa, de mala vida sin ser prostituta.»

—Los siguientes sinónimos se refieren a la mujer y su sexualidad, según sea ésta controlada o no. La sociedad androcéntrica siempre ha sido mucho más tolerante con los impulsos sexuales masculinos que con los femeninos. Según los valores masculinos tradicionales, una mujer tiene que ser casta.

—¿Y «casta» qué quiere decir?

—Que no tiene relaciones sexuales «ilícitas». Dicho de otra forma: que sólo tiene relaciones sexuales permitidas, y se entienden como permitidas las que marca la sociedad en la que vive. En cambio, a un hombre, casi todo le está permitido. Es más, cuantas más experiencias sexuales y más diversas sean éstas, mejor. Sin ir más lejos, las religiones de origen cristiano proponen el matrimonio como un modelo de unión para las parejas y consideran que no sólo la mujer sino también el hombre tienen que llegar vírgenes a él. En la práctica, sin embargo, sólo las mujeres han parecido estar obligadas a ello.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque los hombres barren hacia casa. Ellos han podido desarrollar libremente su sexualidad y han obligado a las mujeres a reprimir la suya. Ha sido otra forma de controlar a las mujeres.

Continúo leyendo:

—«Diosa, divinidad, sirena, Venus, beldad, belleza...».

—La belleza, otra de las características más importantes de la mujer a ojos de

los hombres —me explica Lola con voz irónica—. En fin, ya lo terminarás de leer a solas; me parece que Marcos se está aburriendo.

Es verdad. Marcos pone cara de estar hasta las pestañas de mi lectura de sinónimos.

—¡Vamos! Id a casa —nos dice Lola—. Y tú observa que los siguientes sinónimos que da el diccionario son en relación con la mujer desaliñada, fea o vieja. En cambio, si buscas la palabra «hombre», no encontrarás sinónimos con relación a su aspecto físico o a su actividad sexual. Como ves, la discriminación ya empieza en el diccionario.

### *30 de diciembre*

—¡Carlota, marmota! Ja, ja, ja —ríe el sinvergüenza de Marcos. Y añade, el muy gracioso—: Sin haberlo deseado, me ha salido un pareado. Ja, ja, ja.

—¿No podrías dejarme dormir? Estoy muerta de sueño, estamos de vacaciones... ¡Cómprate un bosque para perderte, por favor!

—¡Carlota, marmota! ¡Carlota, marmota! —continúa el pesado de Marcos desde la puerta de mi habitación.

—¿Te han dado cuerda, cariño? —digo hundiendo la cabeza en mi almohada.

Pero la cancioncita inmisericorde de mi hermano continúa taladrándome el cerebro: «Carlota, marmota...».

—Carlota, levántate, dentro de un cuarto de hora salimos hacia el aeropuerto.

¡Anda! La tía Octavia... Con las ganas que tengo de verla. Es escritora y vive en París, con su marido. Se quedará en casa hasta el día de reyes. ¡Genial!

Pronto estamos de vuelta del aeropuerto. Octavia no ha dejado de reír, hacer broma y explicarnos montones de anécdotas. Creo que la tendré que utilizar para mi encuesta sobre el machismo puesto que viene de un país que probablemente lo tiene superado.

La атаco mientras deshace las maletas.

—Octavia, ¿cómo vais de machismo en Francia? Está totalmente erradicado, me imagino.

—Pues imaginas muy mal, hija —dice mientras va sacando ropa de una de las maletas—. Hay más manifestaciones machistas en la vida de cada día, que cacas de perro en las aceras. Y te aseguro que cacas hay tantas que, para no ensuciarte, tendrías que volar.

Se me ponen los ojos como platos de sopa.

—¡Ala!, ¿sí?

—Seguro. Mira, en Francia nadie dice que soy una escritora.

—¿Ah, no?!

—No. Según ellos, soy un escritor. Porque la palabra «escritor», como la



palabra «ministro», «doctor» y otras, no tienen femenino en francés. De manera que pongamos que vas a escribir una carta a tu médica, pues te hará falta encabezarla con un «madame le docteur», es decir, «señora doctor».

—¡Qué extraño! —le digo. Y pienso que es una suerte que en castellano podamos hablar de «un escritor» y «una escritora».

—Más extraño me parece a mí —dice Octavia acabando de sacar el contenido de una de las bolsas—. ¡Anda! Me lo he dejado.

—¿Qué te has dejado?

—Justamente, tu regalo.

—Caca de la vaca.

—Sí, hija. Déjame pensar... —Octavia se ha sentado en la cama y pone cara de cavilar con intensidad—. ¡Ya lo tengo! Llamaré a Philippe.

Coge el móvil y al cabo de unos segundos está hablando en francés con el tal Philippe.

—Un amigo —dice cuando cuelga—, que me mandará el paquete por correo. Lo siento, pero tendrás que esperar dos o tres días.

Marcos se pasa el almuerzo burlándose de mí porque él tiene su regalo y yo no. Sin embargo, nadie lo ve; el tío tiene una habilidad para hacer de las suyas sin que se note.

Harta de sus burlas, con el cuchillo catapulto hacia su vaso un trozo de miga de pan mojada.

Acierto y se derrama el agua.

—Cerde —dice Marcos.

—Marrana, Carlota. ¿Se puede saber qué te da para ponerte a hacer tonterías como si fueras pequeña? —dice mamá. Entonces se vuelve hacia la abuela Isabel, que ha venido a ver a su hija Octavia y a la que imagino murmurando alguna impertinencia sobre la educación tan poco esmerada que recibimos Marcos y yo, y añade—: Ya se sabe, a los catorce años, a veces parecen mayores y otras, criaturas de pañales.

—Venga, recoged la mesa rápido —dice papá.

—¡Le toca a Carlota!

—¡Mentira de las gordas, papá! No le creas.

—No, no le creo porque recuerdo que tú lo hiciste ayer por la noche. Venga, Marcos, ponte a hacerlo.

Lo miro con aires de superioridad. Pasamos al sofá, donde los mayores toman café —desde que he cumplido los catorce, mamá me deja tomar un poco después de comer— y vemos las noticias en la tele.

—¡Mírala! —dice Octavia señalando a una señora a la que enfocan saliendo del palacio de la Moncloa.

—¿Quién? —pregunta la abuela Isabel.

—Alicia Lozano.

—¿Quién dices?

—Alicia Lozano, que estudiaba conmigo en la facultad.

—¿Ésa estudiaba contigo? Anda ya, si tiene el aspecto de una mujer pública...

Continúa la discusión entre ellas, pero no la sigo porque voy a la cocina a buscar el azúcar.

—¿De qué hablan? —me pregunta mamá, saliendo conmigo.

—De una amiga de Octavia a la que han hecho ministra.

Cuando llegamos al salón, se ha terminado la noticia. Ahora hablan de un temporal de lluvias en Galicia.

—¿Dice que han nombrado ministra a una amiga tuya, Octavia? —pregunta mamá.

Octavia la mira como si alucinase.

—¡Qué va! ¿De dónde lo has sacado?

Mamá me mira con suspicacia.

—Me lo ha dicho Carlota.

—¿Carlota...?

—¡¿Ah, no?! —me defiendo como gato panza arriba—. Alicia No-sé-qué, que salía de la Moncloa y la abuela ha dicho que era una mujer pública.

Mamá y Octavia se miran y se parten de la risa. Se ríen tanto que se les saltan las lágrimas y no pueden hablar. Marcos viene corriendo a ver qué pasa:

—¿De qué se ríen? —me pregunta.

—Están chaladas —le digo. La abuela Isabel me mira como si estuviera de acuerdo con mi observación: parece pensar que su hija y su nuera están un poco locatis.

—Carlota... —explica Octavia, ya más calmada—: Cuando la gente dice «mujer pública», quiere decir prostituta.

—Abuela, ¿de verdad querías decir que era una puta y no una ministra?

—Claro, niña, ¿no te has fijado en cómo iba? Aquel vestido corto y ceñido, aquel escote, que parecía hecho para enseñar el ombligo, aquellos pendientes de aro tan grandes...

—Pero un ministro sí que se llamaría hombre público en el sentido de... —Me detengo porque no sé cómo explicarlo.

—Sí. Hombre público en el sentido de hombre notorio, conocido públicamente, que hace una labor importante.

—¡Jolín! Eso es una injusticia para las mujeres.

—Tienes razón —dice mamá—, y como ésta hay muchas más en el lenguaje. Y la gente las continúa utilizando...

—Y los diccionarios dándolas por buenas...

—Pues tendríamos que rebelarnos —digo.

—¿Cómo? —preguntan las dos.

—No lo sé. Tal vez negándonos a aceptarlo cuando la gente usa expresiones así, y no usándolas nunca nosotras mismas, ¿no?

—Me parece una buena idea —dice Octavia.

—Pues a mí, me parece una memez —dice la abuela Isabel—. La tradición es la tradición.

Miro a la abuela Isabel y no puedo evitar compararla con la abuela Ana: qué distintas son las dos. La abuela Ana, tan feminista. La abuela Isabel, tan machista.

—Claro —dice mamá—, pero resulta que muchas tradiciones, en este caso el lenguaje, están basadas en lo determinado por la sociedad patriarcal, con sus valores androcéntricos. De modo que para cambiar esos valores es preciso cambiar también el lenguaje.

—Y viceversa —añade Octavia—. Los nuevos valores irán cambiando el lenguaje. En cualquier caso, son dos cambios que deben correr paralelos. Y las personas que luchamos por ese mundo más justo, debemos empujar no sólo los valores sino también el lenguaje.

### *31 de diciembre*

Esta mañana, la tía Mercedes, su enorme barriga y el tío Carlos vienen para saludar a Octavia.

La tía Mercedes camina con la espalda inclinada hacia atrás. Debe de ser para compensar el bulto de delante.

—¿Y qué nombre le vais a poner? —pregunta Octavia, haciéndole una caricia afectuosa en la barriga.

—Olguita.

—¿Olguita? —repite Octavia con voz de burla—. ¿Y por qué no Olga?

—Mujer, para una criatura pequeña, los diminutivos son muy graciosos... —se defiende la tía Mercedes.

—¿Al niño cómo le llamáis? —pregunta Octavia, rápida como un rayo.

Yo, rápida como ella, ya he entendido por dónde va.

—Al niño, Ramón —contesta el tío.

—Pues le podríais llamar Ramoncillo, que también él es una criatura pequeña, ¿no?

—¡Venga ya! —contesta el tío, como si Octavia fuera tonta de remate—. Tú no entiendes nada, ¿eh? ¿No ves que él es un niño...?

Estoy a punto de preguntarle al tío qué diferencia hay entre ser un niño o una niña, para que le pongan un nombre de un tipo o de otro, pero lo dejo estar porque Octavia me guiña el ojo como diciéndome: «Luego lo comentamos».

—Te cuento un experimento —me dice más tarde—. Se hizo una prueba de colores a gente que hablaba inglés y gente que hablaba el zuni, un idioma que sólo tiene una misma palabra para designar al amarillo y al naranja. Los zunis confundían a menudo las muestras amarillas y naranjas, mientras que los ingleses, no.

—¿Significa eso que no distinguían bien los dos colores porque les faltaban

las palabras para diferenciarlos?

—Exacto. Lo que no tiene nombre no se puede identificar; no se ve. Eso quiere decir que el lenguaje condiciona la manera de ver la realidad. Ahora, ¿crees que se ven de la misma manera una niña que se llame Olguita y un niño que se llame Ramón? ¿Crees que crecerán teniendo una idea similar de lo que son cada uno como personas?

—No. Olguita se sentirá más poquita cosa, más desvalida, más frágil...

—Tú lo has dicho: desde pequeña, ya la estarán condicionando para que se identifique con un ser débil, desvalido, en definitiva, inferior.

Se ha ido toda la parentela menos Octavia, que se queda a celebrar el fin de año con nosotros. Mientras espero a que llegue la hora de comernos las uvas y brindar con cava, me voy al buzón del correo electrónico. La abuela me ha mandado una adivinanza. Dice así:

Un padre va en moto, llevando como paquete a su hijo de diez años. Circulan muy rápido en una noche neblinosa. La moto derrapa. El padre muere y el hijo queda malherido. Una ambulancia lo lleva al hospital más próximo. Tiene que ser operado inmediatamente.

Avisan al cirujano de guardia, quien, al entrar en el quirófano y ver al niño, dice: «No lo puedo operar; es mi hijo».

¡Jope! Tendré que pensar la solución. Esta noche lo contaré durante la cena a ver si se les ocurre.

—Marcos, Carlota, id a abrir. ¿No oís que llaman a la puerta?

Marcos, que como siempre está tumbado, empieza a moverse en el sofá a ritmo de tortuga lisiada.

—Ya voy yo, carcamal —le digo, en vista del ritmo que gasta. ¡Marcos es la velocidad de la luz hecha criatura!

Mientras voy hacia la puerta, oigo su risa de conejo.

Es Lola. Trae la jaula de Plaf... ¡con Plaf sola!

—¿Y las otras? —le pregunto.

—Eran demasiadas ratitas, así que decidí regalarlas de una en una.

—¿Y has triunfado con ese regalo?

—No sé si les encantó, pero, al menos, se las quedaron.

—¿Y con Plaf, qué pasa? ¿No la quieres?

—Claro que la quiero, pero necesito que le hagáis de canguro. Nos vamos y no volvemos a casa hasta el dos o el tres de enero. Alguien le tiene que poner agua y comida. Además, no la quiero dejar sola porque no la veo muy fina; puede que se haya empachado de turrón.

Le digo que sí, a pesar de que ignoro cuál será la reacción de mamá.

—Mira, tontaina —le digo a Marcos, que se levanta de sopetón del sofá.

—Estupendo. Empecemos la sesión de entreno.

Pero Plaf no está para fiestas y decide que ni las almendras la moverán de su rincón. Tal vez tenga razón Lola y se haya puesto enferma.

*1 de enero*

Llaman a la puerta. Voy a abrir. Son Toni y Laura.

—¡Feliz año! —gritan los dos.

—¿Habéis venido a felicitarnos el año nuevo? —pregunta Marcos.

—Para eso y para otra cosa —dice Toni estrujándole suavemente la nariz. Después, nos enseña un pen drive—. Necesitamos que nos dejéis la impresora. La nuestra ha cascado.

—Qué urgencias —comento yo, mientras les conduzco hasta el aparato—. ¿Hoy también tenéis que estudiar?

—No —contesta Laura—. La necesitamos para imprimir las cartas que queremos enviar a este anuncio.

Leo: «Empresa tecnológica busca un becario, estudiante de último curso de Económicas, para su departamento financiero».

—¡Fantástico!, pero sólo buscan a uno. ¿Competiréis?

Laura y Toni se miran, se dan la mano y dicen al mismo tiempo:

—¡Que gane el mejor! —Yo les miro a los dos:

—Ganará Laura porque sus notas siempre han sido muy buenas.

—¡Bua! Sí —contesta Toni, bizqueando.

Cuando se van, llamo a la abuela.

—¡Feliz año, abuela!

—¡Feliz año, tesoro!

—Bien, ¿has encontrado la solución a la adivinanza?

—Francamente... no. La encontraron mamá y Octavia. El cirujano de guardia no puede operar al niño porque es su madre. O sea, el cirujano de guardia es una cirujana.

—Sí, señora. El «cirujano de guardia» está usado como genérico, por tanto, es una de estas palabras que engloban el masculino y el femenino. Ahora bien, para resolver la adivinanza, debes tener la mente lo bastante abierta como para considerar la posibilidad de que el cirujano de guardia sea una mujer. Y no te creas que todo el mundo cae en ello.

—Es curioso: el solo hecho de que la palabra «cirujano» sea masculina, ya te hace pensar en un hombre y perder de vista que también puede ser una mujer.

—Exacto. Lo que no es nombrado no existe. Ahora otro juego: busca en el diccionario las palabras «médico» y «médica». Cuando lo hayas hecho, comentaremos la jugada.

2 de enero

Matilde, la señora que nos ayuda en la limpieza de la casa, y Octavia están discutiendo y me despiertan.

—Oiga: ¿cómo quiere que se lo diga? En el paquete no estaba su nombre. Ponía O. Ros.

—Pues resulta que O. Ros soy yo, en Francia.

—¿Pero usted no se llama Octavia Terradas?

Octavia mira al techo con cara de resignación y contesta:

—Sí, pero en Francia soy Octavia Ros...

—¿Octavia Ros? Pero ésa no eres tú... —intervengo yo.

—Claro que no, pero ellos lo encuentran tan normal. Para los franceses, cuando te casas, pierdes el nombre de *jeune fille*, como dicen ellos, y pasas a tener el del marido. Es decir, Enric Ros, él; Octavia Ros, yo.

—Cualquiera se aclara así —protesta Matilde, cargada de razón.

—Y si no te casas, ¿toda la vida eres una *jeune fille*? —pregunto yo.

Octavia ríe:

—Acertado, criatura. Eres una jovencita de ochenta y cuatro años, por ejemplo. Claro que eso también pasa en nuestro país: una señora mayor soltera es la «señorita x»; en francés, «*mademoiselle x*».

—A los hombres, sin embargo, no les pasa lo mismo.

—No. Suponiendo que alguien les dé el tratamiento de «señorito», se lo aplica en función de la edad, no del estado civil. De manera que, a un hombre de veinte años, aunque esté soltero, nadie le tratará de «señorito» sino de «señor». En cambio, nosotras somos «señoritas» o «señoras» por el hecho de no tener un hombre al lado o de tenerlo.

—¡Caray!, Octavia, si fueras escritora en Francia, tal vez en la tapa de tus libros pondría Octavia Ros en lugar de Octavia Terradas, ¿no?

—Exacto.

—¡Jolín! Pero no serías tú...

—Digamos que sería una nueva yo, por obra y gracia de mi boda con Enric.

—¿Y eso por qué?

—Porque en Francia piensan que cada familia debe tener un solo apellido...

—¿Por qué no dos, como nosotros: el del padre y el de la madre?

—Porque lo consideran un lío. Mi amigo Philippe, y como él todos los franceses y francesas con quien lo he discutido, consideran «demasiado largo» eso de poner dos apellidos, el del padre y el de la madre. De modo que los hijos y las hijas llevan sólo el apellido del padre.

—¿Y por qué tiene que ser el del padre, entonces?

—Porque consideran que la estirpe\* masculina es la importante.

—¡Qué tontería! ¿Por qué tiene que haber una más importante que otra?

—Eso mismo me pregunto yo...

—Oye, y si se divorcian, ¿qué pasa?

—¡Buena pregunta! Pues pasa que si el marido no quiere que la mujer continúe llevando su apellido o a la mujer le da rabia seguir llamándose como ese señor con el que ha cortado la convivencia, le vuelven a adjudicar el apellido de jeune fille.

—Pero entonces, tus libros firmados como Octavia Ros ya no parecerían tuyos porque tendrías que firmar como Octavia Terradas, ¿no?

—Exacto.

—Y todo esto en el país de la libertad, igualdad, fraternidad...

—Ya veo que has estudiado la Revolución francesa,\* que, efectivamente, representó un paso muy importante en los derechos del hombre...

—¿Del hombre?

—Sí, sólo del hombre. A las mujeres, que habían luchado codo con codo con sus compañeros varones por esos derechos, las excluyeron de ellos después de decidir que su inteligencia era menor que la de ellos. ¡Sin comentarios, preciosa! —Octavia suspira—. Bien. Vamos a cuestiones de tipo más práctico: a ver cómo podemos recuperar el paquete.

—¡Carlota!

—¿Qué te pica?

—Mira qué regalo tan elegante tengo para Plaf.

Marcos me enseña una cinta de terciopelo rojo.

—Se la pondré en la cola. ¿Vamos a ver cómo le sienta?

Plaf ni se mueve cuando le ponemos el lazo. Continúa encogida en su rincón.

—¡Uf! Yo la veo fatal, ¿verdad? ¿Y si le damos una aspirina?

—¡Anda, animal! Puede que a las ratitas no les siente bien el ácido acetilsalicílico... Cuando Lola vuelva a recogerla, deberíamos insistirle para que haga algo.

*3 de enero*

—¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Carlota ya tiene el regalo!

—¿Has podido recuperar el paquete, Octavia?

—Sí, pero no te creas que ha sido coser y cantar, no —dice Octavia riendo—. Me he tenido que cuadrar, porque el tipo me ponía muchas pegas: que si rellenar un formulario, que si hacer una reclamación por escrito...

—Total, que Octavia se ha puesto seria y ha dicho que quería su paquete sin perder ni un minuto —explica a la hora de cenar Marcos, encantado con su tía

francesa—. Y el hombre, cuando la ha visto tan decidida, le ha dicho: «¡Huy! Hay mujeres que tienen un mal carácter...».

—¿Y tú qué has dicho, Octavia? —le pregunta papá.

—Yo le he contestado que no era una cuestión de mal carácter, sino que era una mujer haciendo valer mis derechos.

La abuela Isabel frunce el ceño. Yo pienso que no le debe de gustar demasiado tener una hija batalladora. Tal vez lo encuentra poco femenino.

—¿Qué? ¿Os gustan? —pregunto probándome las divertidísimas zapatillas de deporte que me ha regalado Octavia—. Anda, Marcos, ve a buscar el segundo plato, está en el microondas.

Marcos acaba de entrar en la cocina y da un grito. Luego, dice:

—¡Mierda, mierda!

—¡Marcos! ¿Quieres hablar bien? —se enfada papá.

—¿Qué pasa, Marcos? —quiere saber mamá.

Yo ya me he levantado para ir a curiosear y hago caso omiso de papá, que me dice que me vuelva a sentar. Me doy de bruces con Marcos en la puerta de la cocina. Sale con la jaula de Plaf en la mano.

—¡Ha muerto! —dice. La pobre Plaf está, panza arriba, en un rincón.

—¡Oh! Qué pena —digo, sin poderlo creer aún.

—¡Qué porquería! Marcos, deja la jaula en la galería y lávate las manos, haz el favor.

—¡Marcos! ¿No oyes a mamá?

Entro en la cocina con Marcos, que sigue las órdenes como si fuera un autómata. ¡Está hecho polvo, pobre! Y yo también.

—Va, Marcos. No te pongas triste. Así es la vida, ya lo sabes —intento animarle.

—Sí, ya lo sé. Pero me da pena —me contesta. Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

Volvemos a la mesa con la bandeja de las sardinas.

Marcos dice que no tiene hambre y continúa llorando por Plaf.

—Vamos, Marcos, una sardina, por lo menos —dice mamá.

—Y deja de llorar —le dice la abuela Isabel—. Que los hombres no lloran.

¿Por qué no pueden llorar los hombres cuando están tristes? ¿Qué hacen con la tristeza? ¿Se la comen?

—No —me explica después mamá—. Como no la pueden sacar al exterior en forma de lágrimas, porque así se lo han enseñado, la sacan en forma de rabia, que es mucho peor. La gente debe poder llorar.

*4 de enero*

Hoy es un día muy triste. Octavia ha vuelto a París y, además, enterramos a



Plaf.

La metemos en una caja de cerillas de las grandes.

—¿No crees que le falta algo? —me pregunta Marcos, antes de cerrarla.

—¿Como qué?

—No lo sé. Un retal de ropa, algodón...

—¿Una hoja? —pregunto, mientras miro la planta de Navidad de pétalos rojos y hojas verdes que hay en la mesa baja del salón.

—Perfecto —dice Marcos, que ha seguido mi mirada. Arrancamos tres pétalos de la flor de Navidad. Ha quedado un poco calva, pero el ataúd de Plaf es fantástico.

Bajamos a la calle. Nos acercamos al parque y cavamos una tumba junto a una mata de margaritas, ahora sin flores. Regresamos a casa, donde nos llueve una bronca de campeonato. ¡A mamá no le gustan nada las plantas calvas!

Llamo a la abuela porque ya tengo las definiciones de «médico» y «médica». Leo: «Médico: hombre autorizado para ejercer la medicina». «Médica: mujer autorizada para ejercer la medicina. / Esposa del médico.»

—¿Conclusión? —pregunta la abuela. Como no contesto, la abuela dice:

—Se puede decir «médica» a la mujer de un médico. ¿Crees que se puede decir «médico» al marido de una médica?

—No me lo parece. Pero ¿por qué, entonces, esta diferencia en las definiciones?

—Si miras algún diccionario un poco más antiguo que éste, verás que, de la palabra «médica», sólo da la segunda de las definiciones, porque hace unos años no había mujeres que fueran médicos y, por tanto, cuando se hablaba de una «médica» se hablaba de la mujer del médico. Como actualmente muchas mujeres ejercen la medicina, los diccionarios han incorporado esta acepción, olvidándose de borrar la antigua...

—O de añadirla en el caso del hombre.

—Exacto. El diccionario continúa siendo discriminatorio, a pesar de haber querido reparar la discriminación. Es decir, se encarga de perpetuar un universo mental androcéntrico...\*

No sé si acabo de entenderlo.

—¿Quieres decir que da un mensaje machista?

—Sí. Y este mensaje es aprendido por los hablantes, incorporado a sus comportamientos, y vuelve a pasar otra vez al lenguaje. Y así se va manteniendo.

—Como un pez que se muerde la cola...

—Eso mismo. Y si queremos romper este círculo vicioso, hemos de cambiar los comportamientos y, a la vez, el lenguaje. No basta con cambiar una de las dos cosas.

«Lo mismo que me dijo Octavia», pienso.

A través del correo electrónico, la abuela me ha enviado otra de las cartas de niñas del mundo. Dice así:

Hola:

Me llamo Efua y vivo en Somalia, en África. Hoy es mi cumpleaños: cumplo seis y estoy triste porque me gustaría no tener que crecer nunca, nunca. Tener seis años para siempre, para toda la vida... Éste es mi único deseo.

Pero es un sueño imposible, lo sé. Y por eso, dentro de un año, cuando cumpla siete, me van a hacer la ablación.\* A lo mejor, tú ni siquiera has oído hablar de esto, ¿verdad? ¡Qué suerte tienes! Quiere decir que vives en un país en el que no se mutila a las niñas. En el mío, como en muchos otros de África o de Asia, por culpa de la tradición, a las niñas, antes de que entremos en la pubertad, nos cortan el clítoris.\*

Aunque yo no he pasado por esa experiencia, sé que es horrible. El año pasado oí los chillidos de mi hermana Rosalie cuando se lo hacían. Después, me explicó que había luchado como una fiera para que no pudieran cortárselo. Finalmente, habían tenido que sujetarla entre siete mujeres para conseguirlo. De noche fui a verla y no hacía más que llorar y sangrar. Continuó sangrando durante muchos días. Yo temía que se muriera. Algunas niñas se mueren por culpa de la hemorragia o por las infecciones.

Rosalie no se murió. Ahora ya hace meses que se lo hicieron, pero aún no tiene la herida bien cerrada. Se ve obligada a caminar con las piernas abiertas porque le duele. Además, cada vez que hace pipí, le escuece muchísimo y llora aunque quiera aguantarse las lágrimas.

Mi prima, Zenebú, que tiene quince años, dice que hacer pipí es doloroso, pero mucho más lo es cuando te tienes que meter en la cama con un hombre para tener relaciones sexuales. Ella lo sabe porque cuando tenía doce años, Getu, un hombre de treinta y dos años del pueblo, la raptó porque quería convertirla en su mujer... ¡Vaya!, en la segunda mujer, porque, de hecho, ya tenía una, pero se ve que no le gustaba. Abandonó a su primera mujer y negoció con los padres de Zenebú para casarse con ella. Aunque ella no quería, los padres accedieron; la opinión de Zenebú no contaba. A partir de aquella noche, Getu se mete en la cama con ella. Dice que, por culpa de la ablación, las relaciones sexuales son muy dolorosas. Además, también duele en el momento del parto. Zenebú lo sabe porque ya tiene un hijo de un año y está esperando otro.

Le he preguntado a mi madre por qué tienen que hacerme la ablación. Mamá dice que es la costumbre de nuestro país. Me consuela contándome que hay países donde es peor, porque a las chicas, además de cortarles el clítoris, les cortan los labios de la vulva y les cosen la vagina. Sólo las descosen cuando es hora de casarlas; si no, sería imposible que tuvieran sexo con el marido.

Yo sé que mamá me lo cuenta para quitarme el miedo. Pero no lo consigue. Tengo tanto... Tengo miedo de las manos de la mujer encargada de cortarme los órganos sexuales. Tengo miedo de pensar en sus manos sosteniendo una navaja. Miedo de pensar en el momento en que colocará la navaja entre mis piernas y, ¡zas!, me arrancará un trozo de carne. De mi carne. ¡Mía y de nadie más! Miedo del dolor que voy a sentir el resto de mi vida. Y miedo de morirme de la hemorragia y de una infección.

Me gustaría ser pequeña para siempre jamás.

La abuela ha añadido un comentario al final de la carta. Dice así:

Y la pobre todavía no sabe, porque nadie se lo ha explicado, que además de todas estas calamidades va a tener que soportar otra a lo largo de su vida: no poder sentir placer durante las relaciones sexuales. Y ésa es otra estafa que sólo sufren las mujeres.

Papá entra en la habitación, cuando yo aún tiemblo por lo que acabo de leer.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Leo una carta de la abuela.

—¿La abuela te manda cartas? Pero si mañana, cuando vayamos a buscar los regalos de reyes, la vas a ver...

Le explico de quién es la carta y por qué me la ha hecho llegar la abuela.

—¿Puedo? —dice.

Se la dejo leer. Tal vez papá no sabe nada de esta práctica tan salvaje.

—¡Esto, esto es increíble! —exclama enfadadísimo.

Me alegro. Ya se ve: papá lo desconocía, pero entre la abuela y yo le hemos abierto los ojos. Me siento satisfecha.

Se afloja la corbata. Se quita las gafas. Las limpia.

—Mañana le diré cuatro cosas a tu abuela.

—¿Qué? —Me quedo con la boca abierta. ¿Es a la abuela a quien quiere soltarle cuatro frescas? No entiendo nada.

—Le preguntaré si se ha sorbido los sesos al hacerte leer una cosa tan... tan bestia. ¿No me dirás que no te ha impresionado?

—Mucho, muchísimo. Aún tiemblo.

—Vamos, cielo. No pienses en ello. Métete en la cama e intenta dormir y soñar con los regalos que mañana te traerán los reyes.

¡Alucino mandarinas! Papá está más impresionado por el impacto que la carta haya podido tener sobre mi cerebro que por la mutilación de las niñas africanas o asiáticas.

¿Debería avisar a la abuela del peligro que corre de tener que enfrentarse a un padre rabioso?

No lo hago. Seguro que no necesito ponerla en guardia; sabrá cómo

defenderse.

6 de enero

—¡Dormilona! Levántate, que ya han pasado los reyes. ¡¡El salón está repleto de regalos!!

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las cuatro.

—¡¿Las cuatro?! ¿De la mañana?

—Claro, tontaina. No querrás que sean de la tarde, ¿no?

—¡Ay!, enano. ¿Y no tienes nada mejor que hacer a estas horas de la madrugada?

—¿Estás boba o qué? ¡Es el día de Reyes!

—¡Noche, animal!

Marcos se va hacia la puerta.

—Pues, anda, continúa durmiendo, que yo me voy a despertar a papá y mamá.

«Pobres», pienso mientras me vuelvo a la cama.

No sé cuánto rato ha pasado, cuando Marcos me vuelve a incordiar.

—¿Y ahora qué te pasa, microbio?

—Que papá y mamá ya se han levantado y vamos a abrir los regalos.

¿Vienes o no?

Me levanto completamente muerta de sueño.

—Mmmpffffgrfff —dice mamá.

—Buenas noches —le contesto.

Papá nos contempla por un minúsculo resquicio de sus párpados entrecerrados.

¡En fin! Como no tenemos otra salida, desenvolvemos paquetes. A medida que lo hago, me voy desvelando. Pero, ¡oh, desilusión! Del teléfono móvil, ni rastro. Cómo son...

Menos mal que, cuando desenvuelvo los otros paquetes, se me pasa el enfado en seguida.

Hoy vamos a comer a casa de la abuela Ana y, de paso, a recoger sus regalos.

Papá no tiene espera: en cuanto la abuela abre la puerta, le vomita.

—¿Cómo se te ocurre mandarle aquella horrorosa carta a Carlota?

—¿Qué carta? —pregunta la abuela, con cara de ingenua y voz de no haber roto nunca un plato.

Sabe perfectamente a qué carta se refiere papá, pero se lo deja explicar. Y también le deja contar el motivo de su enfado. Entonces, con los ojos chispeantes

de indignación, le contesta:

—¿Te parece horripilante que tu niña tenga idea de las barbaridades que se cometen en el mundo? ¿O lo que te parece peor es que conozca algunas de ellas? No te he visto nunca poner el grito en el cielo cuando tu hija ve en la tele imágenes (mucho más desgarradoras e impactantes que las palabras, por cierto) de criaturas malheridas por culpa de las minas antipersona\* o de personas acabadas de asesinar por terroristas o de africanos muertos sobre una playa andaluza o canaria después de que el mar haya devuelto sus cuerpos... ¿Por alguna razón que yo no entiendo estas situaciones son menos impresionantes? ¿Por qué? ¿Tal vez porque sólo tienen que ver con la guerra, con ideas nacionalistas delirantes o con la pobreza? ¿Tal vez porque no se nombra el sexo...?

Papá no dice nada. Creo que ha ganado la abuela por goleada.

Después de comer, papá y Marcos recogen la mesa. Al acabar, ayudo a la abuela a meter los platos sucios en el lavaplatos.

—¿Quieres saber cuántas mujeres se calcula que tienen que sufrir la extirpación de sus órganos sexuales?

Asiento con la cabeza, aunque estoy muerta de angustia de pensar que pueden ser muchas.

¡Mi imaginación se ha quedado corta! ¡Son muchísimas más de las que pensaba: ciento treinta millones!

—¡Pero esa práctica es un atentado contra los derechos humanos!\*

—¡Tú lo has dicho! Se deben respetar las tradiciones, la cultura de un pueblo, siempre que no atenten contra los derechos de las personas.

Saliendo de casa de la abuela Ana, vamos a casa de la abuela Isabel. Por allí también han pasado los reyes.

Al llegar, nos encontramos con la tía Mercedes, el tío Carlos y Ramón, que han ido también a recoger sus regalos.

—¡Mida! ¡Una piztola y una moto! —grita Ramón enseñándonos los trofeos.

Mamá me mira, completamente bizca. Seguro que hierve de indignación. Ya sé qué piensa: ¡menuda estupidez la de regalar juguetes bélicos! El primo Ramón, un Rambo en potencia.

—Pues mira lo que te han dejado los reyes en casa —le dice Marcos. Y le da un paquete.

Ramón lo desenvuelve, mientras nosotros hacemos lo mismo con los regalos de ellos.

—¡Oh! —dice Ramón, encantado, olvidándose de la moto y la pistola. Y se abraza a una muñeca de trapo, de trenzas amarillas y labios rojos.

—¡Es una muñeca! —exclama el tío Carlos con la misma voz de horror que

habría podido poner si le hubiésemos regalado un minipímer a su hijo de tres años.

—Sí, una muñeca de trapo, una pepona —contesta mamá. Y se acerca a Ramón para decirle—: Fíjate, ¿ves?, puedes abrocharle y desabrocharle los cordones de la chaqueta y los cordones de los zapatos...

—Yo también tuve una de esas muñecas —interviene Marcos—. Y fue genial, porque, gracias a ella, fui el primero de mi curso en aprender a hacer nudos.

Ramón, abrazado a su muñeca, le escucha embobado.

—Y además —añade Marcos—, también fue de gran ayuda para hacerme pasar el miedo por la noche.

—¿El miedo? —pregunta el tío Carlos, despectivamente—. Los hombres no tienen miedo. Debe de ser que eres un cobarde, Marcos.

—¡Qué tontería! —dice mamá—. Los hombres, como las mujeres, a veces, tienen miedo. El miedo es una emoción legítima. Además, una persona cobarde no es la que tiene miedo, sino la que es incapaz de sobreponerse y actuar. Marcos temía la oscuridad, pero se enfrentaba a ella. Un valiente, vamos.

—¡Eh! Pero acompañado de la muñeca —dice él.

—Pues yo no quiero que Ramón juegue con muñecas. ¿Crees que quiero que se vuelva mariquita?\*

—Pues yo prefiero que mi hijo juegue con muñecas y aprenda a ser afectuoso y a ocuparse de los demás, a que manipule una pistola y aprenda a considerar la violencia una vía para resolver conflictos —contesta mamá, bastante acalorada.

—Dame la muñeca, Ramón —dice el tío, con una voz excesivamente estridente.

Pero Ramón se niega. Abrazado a la muñeca echa a correr por el salón para ponerse fuera del alcance de su padre.

—Ven aquí. ¡Te digo que vengas ahora mismo! ¿No me oyes?

¡Uf! Para no oírlo habría que estar sordo, porque ruge como un animal. Tal vez es uno de esos hombres que no han aprendido a llorar y echan la tristeza fuera a base de gritos y mala uva...

—Déjalo, por favor... —suplica la tía Mercedes.

El tío Carlos se la queda mirando como si hubiera dicho una tontería mayúscula.

—De ninguna manera. Por las buenas o por las malas, este niño aprenderá que aquí mando yo. ¡Me obedecerá y basta!

Marcos y yo nos miramos horrorizados: «Menos mal que mamá y papá no tienen ese estilo», parece que nos decimos. Yo no aguantaría ni dos segundos a una persona autoritaria...

Finalmente, el tío consigue quitarle la muñeca a Ramón, que berrea y patalea.

—Vamos, vamos, consoladle, por favor —pide la abuela. Se nota que hace esfuerzos por suavizar la situación.

—Sentémonos y tomemos una copita de champán y un trozo de turrón.

Por suerte, ni el tío Carlos ni la abuela dicen aquello de «calla, Ramón, que los hombres no lloran». Tal vez creen que, a los tres años, un niño aún tiene derecho a derramar lágrimas.

Marcos y yo nos ponemos a jugar con Ramón, que poco a poco se va tranquilizando.

La abuela ofrece turrónes. Cuando voy a coger un trozo, me dice:

—Carlota, guapa, cada día estás más alta. No me gusta que crezcas tanto...

—¡Abuela! ¿Y qué quieres que haga? Yo no puedo parar mi crecimiento...

—Pues, para ser una chica, eres demasiado alta.

Mamá me mira con cara de «no le hagas caso».

Después, cuando ya estamos en casa, mamá me dice:

—No te preocupes ni un pelo por eso que te ha dicho la abuela. Primera: la complexión del cuerpo es algo que no se puede cambiar. Quien es alto, no puede hacer nada por volverse bajo. Pasa lo mismo con la gente que tiene un cuerpo muy delgado o un cuerpo grueso. Hay constituciones de todo tipo y no se pueden cambiar.

—Pero ¿tú crees que soy demasiado alta para ser una chica?

—Carlota: eso es otro prejuicio;\* machista, para más señas. Se dice que el hombre tiene que ser más alto que la mujer, una manera como otra de demostrar la superioridad masculina. Pero, como puedes suponer, es una tontería. Y no pasa nada si eres más alta que tus compañeros de clase.

—También existe la idea de que el hombre tiene que ser siempre mayor que la mujer, ¿verdad?

—Sí. Otro prejuicio que arranca, seguramente, de la época en que los hombres, para casarse, compraban a la mujer. Cuanto más rico era él, más joven y guapa era la mujer que elegía. Aunque, claro está, quienes más bienes habían conseguido acumular eran los varones de mayor edad. De ahí arranca esa tonta costumbre respecto a la diferencia de edad. De ahí también que la sociedad vea con buenos ojos las parejas en las que él es mucho mayor que ella.

—Pero si aplico la regla de la inversión...

Mamá se echa a reír:

—Si aplicas la regla de la inversión, resulta que, socialmente, causa sorpresa y provoca comentarios irónicos que una mujer de cincuenta años se empareje con un joven de treinta... Y el hecho contrario provoca más bien admiración...

—Quieres decir...

—Quiero decir que no podemos aplicar reglas diferentes para situaciones iguales. Si es admisible que un hombre de cincuenta sea la pareja de una mujer de treinta, hay que admitir también como normal que una mujer de cincuenta sea la

pareja de un hombre de treinta. ¿O no?

7 de enero

¡Uf! Caca de la vaca: sólo faltan dos días para volver al colegio. ¡Qué rápido se agotan las vacaciones! La única ventaja de regresar a clase será ver a Mireya de nuevo. La muy fresca no me ha dicho ni «mu» desde que se fue a esquiar. Debe de estar pasándolo de rechupete para no haberse acordado siquiera de la postal que me prometió.

Conecto el ordenador y me encuentro un mensaje de la abuela. Dice:

Desde la antigüedad, la idea de la inferioridad de la mujer ha impregnado todos los discursos. Como muestra, te he copiado unas cuantas frases de hombres conocidos.

Es comprensible, pues, que esa idea —la de la mujer como un ser inferior— tan arraigada en el mundo, en nuestras mentes, no pueda cambiarse tan sólo en unos cuantos años. Se necesitan siglos, muchas ganas y una lucha activa por parte de mujeres y hombres para llegar a modificarla.

Aristipo: «No puedo querer a ninguna mujer porque el vino que bebo tampoco lo quiero y, en cambio, lo disfruto».

Fíjate, Carlota, «querer» comporta más sacrificio (aunque también más satisfacción) que simplemente «disfrutar», pero el pensador prefiere el camino más fácil y utiliza a las mujeres como objetos.

Debes saber que en uno de sus conocidos *Diálogos*, *El Banquete* —el que habla del amor—, Platón considera que la homosexualidad masculina se puede comprender por el hecho de que, siendo los hombres criaturas más inteligentes, el amor con uno de ellos por fuerza es superior al amor con una mujer.

También Aristóteles especula sobre el hecho de que la mujer no es más que un hombre incompleto. Una especie de error de la naturaleza, vamos.

Más frases:

San Pablo: «Las mujeres, en la iglesia, que se callen».

Nietzsche: «¿Vas con mujeres? No te olvides del látigo».

Por cierto, Carlota, también hay un proverbio árabe que dice: «Cuando llegues a casa, pega a tu mujer; si tú no sabes por qué, ella sí».

Erasmus: «La mujer siempre será mujer, es decir, estulta, aunque se ponga la máscara de persona».

François de la Rochefoucauld: «El talento de la mayoría de las mujeres sirve más para favorecerles la locura que la razón».

Schopenhauer: «La mujer es un animal de cabello largo e ideas cortas».

Puede que te preguntes si es honesto juzgar, con ojos del siglo XXI, estas



frases, dichas o escritas en tiempos en que los esquemas mentales no eran los de ahora. Y yo te digo que sí, que hay que hacerlo, porque aún en la actualidad continúan impregnando el comportamiento de las personas. Fíjate:

A. ¿Por qué hay tantos hombres que no llegan a establecer nunca un auténtico compromiso sentimental\* con su pareja? Busca la respuesta en la frase de Aristipo: pasarlo bien con una mujer, sin amarla.

B. ¿Por qué las mujeres no pueden ser ordenadas sacerdote? Por ejemplo, por lo que decía san Pablo: en la iglesia, ellas no pueden expresar su opinión; los hombres mandan.

C. ¿Por qué la violencia hacia las mujeres aparece en las páginas de los periódicos cada día? Observa cómo Nietzsche, un filósofo de finales del XIX, es decir, apenas algo más de cien años atrás, habla de pegar a las mujeres.

D. ¿Por qué, a menudo, en los debates intelectuales se minimiza o no se escucha la opinión de las mujeres? Sólo tienes que fijarte en alguna tertulia de la radio o alguna mesa redonda de la televisión y dedicarte a controlar el tiempo durante el cual cada una de las participantes y cada uno de los participantes consigue intervenir. Verás la diferencia a favor de los hombres. Aún prevalecen las ideas de Schopenhauer o de Erasmo.

Apunto todas las frases en el diario porque me parecen importantes.

—¡Jolín, Carlota, estás hecha un rollo!

—¿Qué te pasa, mosquito?

Marcos ha entrado en la habitación y se ha tumbado en mi cama.

—No haces más que escribir y escribir y escribir en ese diario de la mancha violeta, y a mí, ¡ni caso! Y hoy es el penúltimo día de vacaciones...

—Verás...

Le explico lo que me traigo entre manos.

—¿Eso quiere decir que, porque soy un niño, me odias y estás en contra de mí?

—¡Anda ya! ¡Claro que no! ¿Por qué tendría que odiarte o ir en tu contra?

Marcos se encoge de hombros.

—Como dices que las mujeres sufrís una desigualdad por culpa de la dominación de los hombres...

—La dominación masculina existe; es cierto. Es fruto de siglos y siglos de una determinada manera de funcionar en la familia y en la sociedad.

—¿Seguro? Yo no veo que papá golpee a mamá. Ni me parece que los hombres impidan a las mujeres ser, por ejemplo, presidentas de la nación...

—Y, sin embargo, ¿quién tomó la decisión de cambiar el coche: papá o mamá? ¿Y por qué no hemos tenido una sola mujer presidenta todavía?

—Será porque ellas no quieren, supongo.

—Supones mal. Es porque los hombres ejercen, a menudo sin ser conscientes de ello, esa dominación. Y, como me contó Octavia, lo hacen casi siempre sin

utilizar la fuerza, recurriendo sólo a la dominación por la vía psicológica.

—No lo entiendo.

—Te lo cuento con un ejemplo de Octavia. Una tarde se fue a tomar un café con una amiga periodista, una mujer de sesenta años, muy conocida en el mundo del periodismo por su gran profesionalidad. La mujer le preguntó a Octavia si había podido ver su intervención en un debate televisado. Había sido un debate sobre política municipal en el que sólo participaron mujeres, todas de gran talla intelectual. Octavia le dijo que sí lo había visto. «¿Estuvimos poco acertadas?», le preguntó la periodista. Octavia se quedó perpleja. «No —contestó—. Estuvisteis muy bien. ¿Por qué me lo preguntas?» «Porque un vecino con el que me crucé después del programa me dijo: “La de tonterías que decís las mujeres cuando estáis juntas?”.» Y resultó que la periodista había sido muy receptiva a ese comentario, con el que el hombre, tal vez sin saberlo, estaba practicando la violencia psicológica.

—¿Y por qué la amiga de Octavia pensó que el hombre podía tener razón?

—Ése es otro de los efectos de la dominación masculina ejercida a lo largo de tantos siglos. Según Octavia, también las mujeres acaban por entrar en ese juego de la dependencia. Acaban por sentirse sometidas al juicio masculino.

Marcos se ha quedado pensativo.

—Claro —dice—, si a mí me machacaran a menudo con el cuento de que no sirvo, acabaría por creerlo.

Afirmo con la cabeza, y le guiño un ojo:

—¿Sabes qué dice Octavia? Que un símbolo de esa dominación masculina son los zapatos de tacón o las tallas superminúsculas.

Marcos me mira sin entender a qué me refiero.

—Dice Octavia que las mujeres pasan tanto tiempo evitando caerse de sus tacones altísimos o contando las calorías de los alimentos que les queda menos tiempo para usar las neuronas en otras cuestiones más importantes.

—Bueno, no me extraña —dice Marcos—. Yo tampoco podría pensar si tuviera que sostenerme sobre esos tacones altos y finos que llevan algunas mujeres.

—Y para terminar con lo que me contó Octavia a propósito de la dominación masculina, los hombres han conseguido que se asocie lo masculino con lo universal y lo femenino con lo particular.

—No te entiendo.

—Te lo explico con ejemplos de Octavia. Asiste a unas jornadas organizadas por una fundación científica tituladas «Ciencia y mujeres». Entre el público hay cien mujeres y dos hombres. ¿Por qué hay tan pocos varones? Porque los hombres sobrentienden que lo que afecta a las mujeres sólo va con ellas, las mujeres; y para ellos no tiene ningún interés.

—Creo que lo voy entendiendo.

—Pues, para que acabes de entenderlo, otro ejemplo: Octavia da un curso sobre literatura universal y se apoya en diez obras escritas por varones. Años más

tarde, aburrida de utilizar siempre los mismos ejemplos, decide dar el curso apoyándose en diez obras escritas por mujeres. ¿Resultado? Los hombres inscritos en el curso se rebelan porque consideran que las obras elegidas no son representativas.

—¡Anda! ¿Y por qué no, si la mitad de la población mundial son mujeres?

—Tienes razón, enano. El problema es que los hombres pensaron que lo escrito por mujeres era algo particular y no podía representar a la literatura universal.

—Creo que lo entiendo, pero ¿qué culpa tengo yo?

—Ninguna. Sólo que, si ves la injusticia que eso representa para las mujeres, no puedes inhibirte; debes luchar para cambiarlo. De lo contrario, significa que, aunque tú no lo hayas inventado, estás cómodo con esa dominación masculina. La abuela dice que la solución es que entre mujeres y hombres creemos un mundo mejor, donde no quepan las injusticias y donde todo lo femenino se valore tanto como lo masculino. ¿No ves que también los hombres salís perdiendo tal como funcionan las cosas ahora?

—Por ejemplo, porque no podemos llorar para expresar nuestra tristeza, ¿verdad?

—Por ejemplo.

—¿Y yo te puedo ayudar?

—Claro que sí.

Le explico cómo tiene que ponerse las gafas violeta para examinar el mundo a su alrededor.

—Bien. Cada vez que encuentre una discriminación de ésas, te aviso y tú la apuntas.

—O.K., hermano tesoro.

—¡No hay derecho! —se enfurece mamá—. Ese tipo es un estúpido, un grosero, un... Creo que lo tendrías que mandar a la porra.

Marcos y yo salimos corriendo a ver con quién se pelea mamá. ¡Caray!, es la madre de Laura, que ha bajado a casa a tomar café. Papá las mira a las dos, se sube las gafas hasta la frente y se restriega los ojos.

—¿No crees que haces una montaña de un grano de arena...? —pregunta, conciliador.

Mamá por poco se lo come.

—O sea —sigue gritando—, ¿que crees que no tengo razón! O sea que Jacinta tiene que tragarse las burradas que le ha dicho el masajista, ¿no?

Jacinta, la madre de Laura, los escucha. Por fin, dice:

—Mujer, tampoco lo puedo mandar a hacer puñetas porque la oferta obligaba a pagar los diez masajes por adelantado y, si me peleo, pierdo las perras... Además, el traumatólogo me pide que haga deporte, un poco de dieta y una tanda de masajes. Si no, se ve que mis rodillas aguantan mal el excesivo peso de mi

cuerpo.

—Pues, al menos, suéltale cuatro frescas a ese imbécil. ¡Mira que decirte que no te puede dejar como si fueras Claudia Schiffer porque él no hace milagros...!

—Mujer, eso no me parece lo más grave. Al fin y al cabo, es cierto. Lo que me parece peor es que, al decirle que yo no tenía ninguna necesidad de parecerme a una chica tan joven y, además, top model, él contestase que ya me gustaría a mí poderme ganar la vida con mi cuerpo.

—Pues yo, aún considero peor lo que te ha contestado cuando le has dicho que preferías ganártela con la cabeza.

—¿Qué ha contestado? —pregunto ya francamente interesada en las reacciones casposas de ese masajista.

—Ha dicho: «Cuanto más fea es una mujer, más utiliza esos argumentos».

Le doy un codazo a Marcos:

—¿Te das cuenta? Machismo en estado puro. —Entonces le pregunto a Jacinta—: ¿Y tú qué le has contestado?

—¿Yo? Pues que él tampoco me parecía Leonardo Di Caprio...

Nos echamos a reír.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha mirado como si viniera de otro planeta y ha dicho: «Mujeeer, no es lo mismo».

Papá nos mira y añade:

—Es que no es lo mismo, claro.

Mamá lo fulmina con la mirada y le dice:

—Ya te lo explicaré después con calma.

Más tarde, también yo se lo he explicado a Marcos. Lo que había hecho Jacinta era aplicar la regla de la inversión. Entonces era muy evidente la tontería que había soltado el masajista... ¡aunque, tal vez, él continuaba sin verla!

Hablo con la abuela para notificarle que Marcos me ayuda a escribir el diario feminista.

—¡Fantástico!— contesta la abuela.

Cuando le cuento la anécdota de Jacinta, la abuela me contesta que, desgraciadamente, el físico es, por regla general, una de las únicas características de una mujer que se valora socialmente. Y, por aprendizaje, las mujeres acostumbran, también, a sobrevalorarlo, por lo que se pasan la vida intentando gustar.

Y yo no puedo dejar de recordar los sinónimos del diccionario, que se refieren a la belleza o a su falta.

—Cuelgo, abuela.

Marcos tiene noticias, ya se ve.

Está plantado delante de mí con las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—¡Alucina, maripili! He descubierto un anuncio en la tele que es machista

en estado puro, como dirías tú.

—¡Uf! Casi todos lo son —le contesto.

—¿Ah, sí?

—Oh, por supuesto, microbio: señoras que compiten para ver quién tiene la ropa más limpia, como si en el mundo no tuvieran nada más interesante que hacer, o no pudieran hacerlo también los señores. Por otro lado, esos señores, incapaces de poner una lavadora, sólo por ser propietarios de un coche potente y carísimo se ligan a una señora estupenda, que tira las bragas por la ventana porque, por lo visto, es tan tonta que un coche caro ya la excita.

—Ya veo, de acuerdo —dice Marcos, cabizbajo. De repente alza la vista y me vuelve a mirar con ojos brillantes—. ¡Eh! Pero éste es más grave, porque no es de gente mayor, sino de niñas.

—A ver —le animo para que me lo explique.

—Es un anuncio de una muñeca que se llama «muñequita Finita», y es tan delgada como su dueña, una niña esquelética.

—¡Anorexia!\* —digo yo con un hilo de voz. En clase tuvimos una compañera con esa enfermedad y llegó a tener un peso tan bajo que tuvieron que ingresarla en un hospital; de lo contrario, habría muerto.

—Exacto. ¿Y quieres saber qué dice el anuncio? «Muñequita Finita. Si no le das de comer, adelgaza, adelgaza y se vuelve delgadita.» Por lo visto, lleva entre los pelos un mecanismo mediante el cual le cambia la forma del cuerpo, que adelgaza como si estuviera anoréxica.

—¡Qué fuerte, tú! Mandémosle un mensaje electrónico a la abuela para explicárselo.

### *8 de enero*

Marcos me despierta porque quiere ver si tenemos respuesta de la abuela en el ordenador. ¡Síiiii!

Dice la abuela:

¿Puede que estemos ante una nueva enfermedad: la locura de las vacas flacas?

Marcos y yo nos miramos sin entender qué quiere decir.

—Debe de haberse fumado un peta —le digo.

—¡Anda ya! Continuemos leyendo. Seguro que no delira; seguro que quiere decir algo.

Juego propuesto para entender la frase anterior: id al quiosco, abrid cualquier revista de esas llamadas para mujeres (no me refiero a las revistas del corazón, sino a las que dan consejos de moda, de belleza, etc.). Comparad

cualquiera de las imágenes de las modelos con la imagen de vuestra madre, vuestra tía Octavia o alguna de las vecinas, pongamos de entre veinte y cincuenta años. Luego, seguid leyendo mi mensaje.

Marcos y yo corremos al quiosco, abrimos todas las revistas femeninas que nos señala la quiosquera, nos damos cuenta de que todas las modelos están extremadamente delgadas y parecen enfermas, le compramos una bolsa de pipas y una de quicos a la quiosquera para hacerle pasar el mosqueo y volvemos a subir a casa.

Continuamos leyendo el mensaje de la abuela.

¿Qué? Cualquier parecido de las modelos con las mujeres reales es pura casualidad. Por no decir una quimera imposible, ¿verdad? Yo tenía razón. Una española media mide 1,64 de altura y pesa 57 kilos. Muchas de estas modelos tienen medidas imposibles, como las de Kate Moss, que mide 1,70 y pesa 44; eso sí, ha confesado ser anoréxica.

Si tenemos en cuenta que en el mundo hay tres mil millones de mujeres, y sólo unas cuantas son *top models*, tendremos que concluir que LO MÁS NORMAL es que las mujeres tengan un peso muy superior y una altura muy inferior a los de las *top models*.

¿A quién se le debe de haber ocurrido esa idea tan brillante de despreciar los cuerpos de mujer de verdad, con curvas, cintura estrecha, caderas anchas y pechos, para dar paso a esos cuerpos de chicas que parecen muchachos, con una cintura de la misma medida que las caderas, de pecho plano y muslos flacos? Está claro, ¿no?, que es una irresponsabilidad imponer criterios de belleza que recuerdan a los síntomas de una enfermedad. Incluso suponiendo que algunas de esas *top models* no sean enfermas sino que tengan una constitución de este tipo, ¿por qué se toma como modelo lo que más alejado está de la constitución física habitual de las mujeres? Eso es una forma de violencia contra la mujer. ¿Quién lo ha querido y por qué? Pensad en ello, Carlota y Marcos. Ya hablaremos.

—¿Quién? —dice Marcos—. ¿Tú quién crees que ha sido?

—No tengo ni idea —le digo.

Matilde entra en la habitación.

—Vamos, a ducharos y a desayunar. Después, tendréis que ir a hacer los recados que vuestra madre ha dejado apuntados.

Nos enseña una lista larguísima.

—¡Ags! —me quejo.

—Me desmayo —dice el payaso de Marcos, y se deja caer sobre la cama.

—Pues si queréis desmayaros o vomitar, yo no me opondré —responde Matilde, imperturbable ante nuestro malestar—, pero, por favor, hacedlo fuera de la habitación, que tengo trabajo.

—Lo que tienes es el corazón de mármol —le contesto—. ¿No te compadeces de unas pobres víctimas de mamá el último día antes de volver al colegio?

—Ni pizca de lástima me dais —me explica Matilde mientras con un gesto junta el pulgar y el índice para representar lo poquísimo que le ablandamos el corazón.

¡Qué manera de perder el tiempo! Nos hemos pasado la mañana dando vueltas y haciendo mil encargos para mamá. La mayoría, regalos de Navidad que había que cambiar: que si la talla de los slips para papá no era la adecuada y le iban pequeños (papá está un poco gordito; está visto que lo de tener un peso pluma no es un precepto de obligado cumplimiento para los hombres; ¡menuda suerte!), que si la muñeca de trapo del primo Ramón, que si...

—¡Qué aburrimiento! —coincide conmigo Marcos.

Para alegrarnos la vida, entramos en una pizzería y encargamos una mega-pizza. Como mamá ya no está de vacaciones, tenemos permiso para hacer una pequeña...

—¡Enorme! —aclara Marcos.

... marranada. Normalmente, mamá y papá nos hacen comer como es debido: macarrones o verdura, carne rebozada o pescado con salsita...

Llegamos a casa con la mega-Margarita y unas «cocas», dispuestos a comer y a beber en el salón, delante de la tele. ¡Genial! Hacemos todo lo que está prohibido cuando papá y mamá están en casa.

Después de comer, vemos una película. Como la cortan tantas veces por culpa de la publicidad, decidimos hacer una clasificación de los anuncios: yo, la lista de los que no son machistas; él, la de los que son machistas. Por la noche, las compararemos.

Llaman a la puerta y Marcos va a abrir.

Es Laura, que necesita otra vez la impresora.

—Lo siento. La nuestra aún no ha vuelto del taller de reparación.

—¿Una «coca»? —le ofrece Marcos.

Laura asiente con la cabeza y mete el pen drive en el ordenador. Pulsa las teclas para imprimir el documento y, luego, coge el refresco.

—¿Tienes que volver a enviar una carta a aquel anuncio?

—¿Qué anuncio? ¿El que pedía un becario...?

—Sí —le digo.

Laura me mira echando humo por las orejas.

«¿En qué he metido la pata? —me pregunto—. ¿He dicho alguna inconveniencia?»

Rabiosa, Laura contesta:

—No. Ahora es para escribir a otro, a ver si esta vez tengo más suerte y los que lo han puesto —me enseña una fotocopia y la agita de tal modo que no puedo

leer qué dice— son menos imbéciles... menos machistas.

Marcos y yo ponemos la antena, dispuestos a apuntar más «pruebas del delito» en mi diario.

—Resulta que llamaron sólo a Toni para hacerle las pruebas. Él preguntó por qué no me habían avisado a mí, si mi currículum era mejor que el suyo. Le contestaron que habían pedido «un» becario y no «una» becaria.

«¡Jolín! Otra vez la confusión entre el genérico y el específico», pienso.

—¿Y ahora quieres escribir a otra empresa?

—Sí. Quiero presentarme para una beca en el rectorado de la universidad.

—¿Y si sólo quieren un chico?

—No te preocupes. Primera, en el anuncio dice: becario/becaria; de manera que queda muy claro que va dirigido a chicos y a chicas. Después, el mundo académico, es decir, el mundo universitario y el de la investigación, es algo menos machista que la empresa privada.

—¿Estás segura?

Laura duda unos instantes y, luego, contesta:

—Bueno. Legalmente están obligados. Además, hay más estudiantes mujeres que hombres. Y creo que hay tantos profesores como profesoras.

—En el rectorado es donde está el rector. Y el rector es algo parecido al director de la universidad de un lugar, ¿no? —le pregunto.

—Más o menos, sí.

—¿Y hay tantos rectores como rectoras, en España?

Laura se queda un momento mirándome y, al final, dice:

—No. Hay muchísimos más rectores que rectoras en la universidad española.

—Y ¿hay el mismo número de catedráticos que de catedráticas?

—No. Hay muchos más catedráticos. —Así que la universidad concede las mismas posibilidades a mujeres y a hombres sólo mientras se trate de los niveles bajos, ¿no? Eso también ocurre en la empresa privada: muchas secretarias y casi ninguna directora general.

—O sea que la universidad todavía es machista, ¿no, Laura? —pregunta Marcos.

—¡Chaval, te has ganado diez puntos! —le digo, mientras lanzo al aire un bombón de chocolate de los que mamá tiene en un tarro de cristal sobre la mesa baja.

Marcos lo coge al vuelo. Parece Plaf... Pobrecita Plaf.

Laura nos mira perpleja.

—¿A qué jugáis, si puede saberse?

Marcos, con la boca llena de chocolate, le cuenta que estoy escribiendo el diario violeta, un diario sobre feminismo, y le aclara de qué va; parece que Laura se ha calado ya las gafas violeta y está dispuesta a ayudarnos.

—¿Tú serías capaz de dejar de comer por parecerte a una de esas



esqueléticas que salen en las revistas? —le pregunta Marcos.

—¿Yo?! ¡Estás bobo, enano! Santa Catalina de Siena tenga piedad de ellas....

—¿Quién?

—Santa Catalina. Una de las primeras anoréxicas de las que tenemos noticia...

—¿Eso quiere decir que tú estás en contra de esa manía de adelgazar?

—¿Que si estoy en contra? Mira, ahora vuelvo de comer con una amiga y me he peleado con ella por culpa de esta cuestión.

—Cuenta, cuenta —le decimos Marcos y yo, sentándonos en el suelo, frente a ella, determinados a no perdernos ni un detalle.

Laura nos explica que su amiga es una de tantas que casi no come por no engordar.

—Claro: siempre está triste y de mal humor. ¿No os habéis fijado en que la gente que siempre está a régimen tiene muy poca alegría? Yo creo que comer de todo sin pasarse mantiene la salud mental en forma.

«Esto se lo tendré que preguntar a la abuela», me digo.

—Pues bien, aparte de que resulta un incordio ir a comer con ella, porque sólo come ensaladas, además, hay que aguantarle los comentarios sobre las chicas o las mujeres que están (según ella) gordas.

—¿Qué dice? —pregunta Marcos.

—Las llama «cerditas».

—¡Qué morro! —salto yo. Y pienso que, a menudo, las mujeres somos estúpidas: no sólo estamos dispuestas a jugar con las reglas del juego que nos imponen, sino que, además, las usamos para juzgar sin piedad a las mujeres que no quieren bailar al son que marca la sociedad. La sociedad patriarcal, como diría la abuela.

—Por poco me la como con tomate. Ella no es una cerdita, pero resulta un esqueleto con una inteligencia cada vez más reducida. Como si al fundírsele los quilos, se le fundiera, también, el cerebro.

*9 de enero*

Se terminan las clases de la tarde y salgo flotando en una nube. ¡Jope! Y yo, que no tenía ganas de volver al colegio después de las vacaciones... ¡Qué mema! Ha sido un día glorioso.

Primera, porque Mireya no sólo no se ha olvidado de mí y me ha dicho que continúo siendo su gran, GRAN, y mejor amiga, sino que, además, me ha traído un regalo de la estación de esquí: unas manoplas fabulosas para ir a la nieve. Ahora sólo me queda convencer a mamá y a papá para ir a pasar un fin de semana a la montaña. ¿Lo conseguiré? Pues, si me dicen que no, no importa: me las pondré para ir al colegio. Son tan bonitas que valdrá la pena pasar un poco de calor.

Segunda, porque ha llegado un chaval nuevo a clase. ¡Y qué chaval! Cuando

sonríe, parece que se le ilumine la cara.

Además, cuenta los chistes tan bien, que te partes de risa. Para postre, tiene la nariz llena de pecas, como la mía. Tal vez por eso, Alba, nuestra tutora, lo ha puesto a mi lado. Al principio, no me ha hecho ninguna gracia: yo quería sentarme con Mireya.

—No. Marcelo se sentará contigo. Tendrás que ayudarlo a conocer las reglas básicas de la clase.

Habría mandado a Marcelo a freír espárragos. Por su culpa iba a tener que esperar hasta la hora del recreo para que Mireya me explicase las aventuras de la estación de esquí. Dice que le parece que se ha ligado a un monitor, aunque yo estoy segura de que no es verdad.

Después de una hora de estar junto a Marcelo, ya no tenía ganas ni de que llegase el descanso. Me habría quedado el resto del día escuchando sus divertidas ocurrencias. Además, es tan... tan no sé cómo decirlo. ¿Tan natural?, que parece que nos conozcamos de toda la vida. ¿Cómo se las apaña para saber tratar tan bien a las chicas?

—Tengo seis hermanas —me dice en un momento dado, como si pudiera leer mis pensamientos.

Mireya está un poco mosca por la atención que dedico a Marcelo. Lo noto porque, constantemente, me mira de reojo desde su silla.

Cuando salimos al patio, sin embargo, Mireya y yo nos ponemos a hablar y me olvido de Marcelo. ¡Tenemos tantas novedades que contarnos...! Más de tres semanas sin poder hablar con tu mejor amiga dan como resultado una acumulación de informaciones tal que para ponernos al día necesitaríamos tres semanas más de vacaciones.

—¡A clase! ¿No me habéis oído? —dice Comas, que no parece tener piedad por las amigas íntimas con necesidad de intercambio de confidencias. Tal vez no tenga ninguna amiga del alma.

Por la tarde, cuando salimos del colegio, Mireya y yo nos hemos puesto de acuerdo: Marcelo, para mí; ella prefiere al monitor de esquí. Yo creo que para Marcelo habrá mucha competencia. Me parece que hay otras chicas de la clase que están interesadas en él.

—¡Carlota! —me llama Marcos desde lejos. Está hablando con una niña de los cursos más bajos. Puede que sea una niña de P-5, porque le calculo unos cinco años...

Me acerco.

—No seas tonta —le está diciendo Marcos—. No les hagas caso...

La niña le escucha con aires de duda. Parece que no termina de creer lo que Marcos le dice. Mientras tanto, se ha atado las mangas del anorak a la cintura y tira de ellas en sentido opuesto, como si quisiera llegar a desmontarse el cuerpo en dos

mitades.

—¿Y ahora qué haces? —le pregunta Marcos, intentando deshacer el nudo que, a la fuerza, tiene que hacerle daño.

—Adelgazo —contesta ella.

Marcos me mira con aire de desesperación.

—Es Silvia. Hoy en clase le han dicho que está gorda.

—¿Gorda? —alucino. De verdad que es una niña NORMAL Y CORRIENTE.

—Sí. Me lo han dicho y por eso no quiero comer pan con chocolate. Las cosas dulces engordan...

¡Ags! Pobre criatura. Cinco años, y ya la están machacando con esa tontería...

—¿Tú quieres ser capaz de hacer puzles, aprender a leer, dar volteretas y poder cantar canciones?

—¡Claro! —grita ella, convencidísima.

—Pues, entonces, tienes que continuar comiendo bien, si no, el cerebro y el cuerpo se te debilitarán y no podrás.

Silvia me mira con los ojos como platos. Parece que procesa la información. Me sonrío francamente, se desanuda las mangas del anorak y sale corriendo.

—¡Guerra a las muñequitas finitas! —gritamos Marcos y yo, al ir hacia la parada del autobús.

—Eso mismo —dice la abuela, cuando le explicamos que estamos en contra de las muñecas anoréxicas, y que queremos hacer algo para ayudar a la gente del colegio a evitar ese mal.

Hemos salido a la terraza de su casa. Mientras charlamos, la abuela se ocupa de las plantas. Entonces, coge un tronquito y exclama:

—¡La unión hace la fuerza!

Lo dice de una manera que parece... la «supermujer» en acción.

—Mirad. —Al decirlo parte el tronquito en dos—. ¿Os dais cuenta de lo fácil que resulta romper uno solo?

Marcos y yo asentimos con la cabeza; aún no sabemos a dónde quiere ir a parar. La abuela coge unos cuantos tronquitos. Los junta.

—Fijaos —dice, mientras intenta partir en dos el haz de tronquitos, y no puede—, si los quiero romper todos a la vez, me resulta imposible: la unión hace la fuerza.

—¿Eso quiere decir que no tenemos que permitir que ninguna chica diga «cerdita» a otra mujer?

—¡Exacto! Y que tenéis que encontrar la manera de aliaros todas las chicas (y, si puede ser, los chicos también) para luchar contra los dictados de una moda salvaje... En el fondo, esta manía de mantener a las mujeres por debajo de su peso tiene mucho que ver, por ejemplo, con la costumbre de vendarles los pies a las chinas no hace muchos años. Les vendaban los pies para que no les crecieran. Aparentemente todo obedecía a razones estéticas. Cuanto más menudos eran los

pies de una mujer, más bella era y mejor partido podía encontrar para casarse. En la práctica, sin embargo, era una forma de someterla, puesto que limitaba mucho el movimiento y obligaba a las mujeres a permanecer siempre en casa, ocupándose de las cuestiones domésticas.

—Muy bien, unámonos, pero ¿cómo? —le pregunto a la abuela.

—Eso ya es cosa vuestra.

*10 de enero*

—¿Vienes a casa o no, Mireya? —le he preguntado, al salir del colegio.

Me ha mirado con cara de mártir. Ya sé por qué. Ayer, no sé cómo, consiguió el teléfono del monitor de esquí y lo llamó. Parece ser que, con buenas maneras, él la mandó a paseo. Ya me parecía a mí que un cachas de veinticinco años no podía hacerle caso a una chica de catorce. Ahora, Mireya se siente como si le hubiera pasado un diplodocus por encima.

—Corazón, ¿estás segura de que vale la pena estar tan triste por un señor tan viejo?

Mireya me mira con indignación. Si no fuera porque está baja de pilas, tal vez me haría una llave de judo y me tumbaría en el suelo.

—¡Qué sabrás tú del amor no correspondido! —dice con aires de actriz dramática.

Tiene razón: no sé qué se debe de sentir. Yo he hecho grandes progresos con Marcelo. ¡Me parece que le gusto! Al menos, eso es lo que hacen pensar, por un lado, las miradas tiernas que me lanza y, por otro, el hecho de que parece ignorar que hay otras chicas que también lo miran con cara de boba melosa, como yo.

Mireya suspira.

—¿Vienes o no?

—Sí, de acuerdo, voy —dice arrastrando las sílabas como si no tuviera ánimo ni para hablar.

Pues sí que le ha dado fuerte, eso del monitor de esquí.

Por el camino le cuento mi proyecto feminista. Con tantas charlas dedicadas al monitor y a Marcelo, no había tenido tiempo de hablarle del diario violeta.

También le cuento lo que me traigo entre manos: crear una forma de solidaridad entre las chicas para que nadie nos pueda imponer modelos que atentem contra nuestra dignidad. Ya sean los estéticos, que van contra nuestra salud, ya sean los roles sociales, que no nos permiten desarrollarnos como personas plenas.

Cuando llegamos a casa, Mireya tiene otro aspecto. Parece que, con la charla, el monitor de esquí ha pasado a segundo término. «¡Bien hecho!», pienso. Mira que enamorarse de un viejo de veinticinco años, habiendo chicos de nuestra edad como Marcelo...

—¿Tienes alguna idea para organizar esa solidaridad? —pregunta Mireya.

—Aún no —le digo—. Lo único que sé es que tenemos que utilizar Internet para llegar a muchas chicas y chicos.

Marcos entra en la habitación. Viene del entrenamiento de baloncesto.

—¡Eh! Mirad qué os he comprado en la panadería.

Nos da un croissant y una chocolatina a cada una.

—Y además, tengo un comentario machista oído en la tienda. Un señor gordo como un tonel. Una chica delgada como un fideo. La chica compra un bastoncillo de pan y nada más porque, según ella, el pan engorda. El señor dice, admirativamente: «Está muy bien que no comas demasiado y te conserves delgada. Una mujer gorda queda horrible...».

—¿Y un hombre gordo, qué?! ¡Qué narices tienen los tíos! —grito enfadada.

Conecto el ordenador para ver si hay algún mensaje de la abuela.

Tengo uno con imágenes. Se trata de un dibujo de un hombre calvo y otro de una mujer gordota. Debajo del hombre, hay una frase: «¿Qué haces sin pelo? ¡Vamos, consigue que te salga pelo!». Debajo de la mujer, otra: «¡Eh! A ver si adelgazas, que estás hecha una vaca».

Es tan **ROTUNDAMENTE IMPOSIBLE** que a una persona calva le vuelva a salir pelo como que una persona de constitución fuerte se convierta en delgada.

Hay gente naturalmente delgada y gente naturalmente más gorda. Si comemos menos de lo que necesita nuestro organismo, nos adelgazamos y ponemos en peligro nuestra salud. Si comemos más de lo que necesita nuestro organismo, engordamos y ponemos en peligro nuestra salud.

—¡Ya lo tengo!

Marcos y Mireya me miran expectantes.

—Crearemos la ACOMI.

—¿Y qué es la ACOMI?

—La Asociación Contra los Modelos Impuestos. De entrada, iremos contra los modelos físicos.

—¡Qué buena idea!

—Pero ¿cómo conseguiremos convencer a la gente de la clase para que se apunte a esta asociación?

Nos quedamos un rato meditando. Después, pregunto:

—¿Qué os parecería si reenviásemos a toda la gente de la clase el mensaje de la abuela? Les añadimos un comentario nuestro diciendo que, si están de acuerdo con los ejemplos, pueden apuntarse a la reunión que celebraremos...

Miro el calendario de la pared.

—El sábado diecinueve de enero.

—Imposible —dice Mireya—. Es justo el día en que pienso dar la fiesta para

celebrar mi cumpleaños, que, por si no te acuerdas, es el dieciséis.

—De acuerdo. Pues el sábado veintiséis.

*11 de enero*

¡Qué potra! Hoy el profesor de ciencias de la naturaleza nos ha puesto un trabajo colectivo y ha formado los equipos a suertes... ¡Y a mí, me ha tocado con Marcelo!

Mireya me ha mirado un poco mal cuando ha visto mi expresión de alegría inevitable.

—¡A ver si al final será más importante él que yo!

—¡Anda ya! No tiene nada que ver lo uno con lo otro: tú eres mi mejor amiga y él... él, el chico que me gusta.

Mireya sonrío.

—De acuerdo. Con los de mi equipo hemos quedado para trabajar en casa. Tenemos gran cantidad de libros porque nos gusta mucho leer y, además, porque mamá es bibliotecaria, de modo que nos será fácil conseguir la información necesaria.

—¡Qué caña de habitación! —ha dicho Marcelo, al ver los pósters—. Y encima tienes un ordenador para ti sola...

—No es sólo mío —le he dicho—. Es de Marcos y mío.

—¿Quién es Marcos? —ha querido saber.

—Marcos soy yo.

«¡Oh, no!», he pensado. El microbio de mi hermano metiéndose en mis cosas. Seguro que, después, voy a tener que aguantarle bromitas a propósito de Marcelo. Efectivamente, a la hora de cenar, se pone a berrear en plan plasta:

—¡He conocido al novio de Carlota!

—¿Tienes novio, Carlota? —han preguntado papá y mamá, a la vez.

—Claro que no. Tonterías del renacuajo —he contestado, mientras, por debajo de la mesa, le largaba una patada.

—¡Burra!

—¿Se puede saber qué os pasa?

El timbre de la puerta nos salva de la casi segura bronca de la autoridad competente. Es Lola que viene a devolverle una falda a mamá. Por lo visto, se la prestó para la noche de fin de año.

—¡Qué extraño, tratándose de Lola! No entra dentro de sus normas arreglarse un poco...

No. Papá tiene razón. Lola nunca se arregla, en el sentido de que parece pasar poco rato frente al espejo.

Papá insiste, metiendo el dedo en la llaga, tal vez para picar a mamá:

—¿Será que depilarse, teñirse, pintarse o preocuparse un poco por el aspecto

está reñido con ser feminista?

Miro a mamá, a ver qué opina.

—Cierto —contesta—. Lola no se tiñe ni se depila ni nada de nada por razones ideológicas.

«Jolín», pienso. Si por ser feminista no puedo ser un poco presumida, no estoy segura de que me interese ser una chica violeta.

*12 de enero*

—Tonterías —me explica la abuela—. Cuidar tu aspecto físico e, incluso, ser un poco presumida no tiene nada que ver con el feminismo, sino con la manera de ser de cada uno. ¿Has observado que hay muchos hombres que se afeitan, pero los hay que prefieren dejarse barba? Pues, en el caso de las mujeres también debe poder ser igual: quien quiera, que se depile; quien no quiera, que no lo haga.

¡Uf! ¡Qué descanso! Se puede ser feminista y que te guste pintarte los labios o ponerte los pantalones de moda...

—Sí —añade la abuela—. Pero nunca dejes que estas cuestiones te ocupen muchas neuronas o te roben mucho tiempo.

—Entendido.

*13 de enero*

¡Un domingo malogrado! Esta mañana tenemos la casa invadida por papá y sus amigos. Han venido a ver una final de tenis de los campeonatos mundiales deportivos, que este año se celebran en Roma.

Están sentados en el sofá del salón, comiendo almendras saladas y cacahuets y bebiendo cervezas.

Dan risa: tan mayores y tan animales. En realidad, aunque ya han llegado a los cuarenta, la juerga que arman me recuerda a la de la gente de mi curso. Hablan de su trabajo: si tienen mucho, si no tienen demasiado, que si el nuevo producto que han diseñado, que si aumentos salariales, que si...

¡Jolín, sólo hablan de trabajo...! ¡Qué aburrido! ¿Será que los hombres consideran que la profesión es la parte más importante de su vida; más que su pareja, o sus hijos o sus amistades...? Es muy extraño, ¿verdad?

—Entonces —dice uno de ellos—, llegué a la antesala del despacho de Pedro y la vi. Quiero decir que vi a su nueva secretaria. ¡Una gorda como un armario! Al entrar en el despacho, le dije: «Pedro, ¿cómo has dejado que te contratasen a una foca como ésa? Yo me habría negado».

Miro al amigo de papá que habla. Con una panza descomunal saliéndole por encima del cinturón. Con los pocos pelos que le quedan en la cabeza erizados, porque ni con toneladas de fijador se los podría peinar con dignidad. Con los pantalones manchados. Con la corbata torcida. Con las uñas roídas de tanto

morderlas... ¿Habrá visto la pinta que tiene? Debe de ser de los que consideran que las mujeres sólo pueden tener una cualidad: un físico atractivo. En cambio, debe de pensar que un hombre ya tiene otras virtudes y no necesita tener un físico agradable. ¡Qué atrevidos son algunos hombres!

—¿Qué final de dobles dan? —pregunta mamá, que no está demasiado interesada en estos campeonatos y se ha quedado en la habitación leyendo; sólo de vez en cuando asoma la cabeza. Mejor para ella; así se ahorra el comentario sobre la secretaria gorda.

—¿Cuál quieres que sea? La masculina, claro —explica papá.

—¿Claro? —pregunta ella—. ¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

—Mujer... Hoy es domingo —responden todos a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—¿Y? —dice mamá.

—Elemental, querida Watson —dice papá—. La final más importante, la más interesante, siempre se juega en domingo.

—La mirada masculina\* en acción —me explica la abuela—. Los hombres han determinado que el mejor tenis es el que juegan los hombres. Lo que se valora, pues, es la fuerza, los golpes potentes... Obviamente, es una mirada masculina.

—Puede que una mirada femenina hubiera considerado prioritaria alguna otra característica...

—¡Exacto! Puede que hubiera considerado prioritario un juego menos potente pero más cerebral. Pero como vivimos en un mundo de mirada masculina, los partidos de mujeres no han comenzado a ser interesantes hasta que ellas no han alcanzado una potencia similar a la de ellos. Es decir, para triunfar en un mundo de mirada masculina, hay que apropiarse de atributos y de cualidades masculinos...

—¿Tú crees que eso es lo que se tiene que hacer?

—No. De ninguna manera. Que las mujeres renunciemos a características nuestras para incorporar las masculinas no mejora el mundo, ya te lo he dicho otras veces. Al revés, muchas de las características tradicionalmente femeninas son absolutamente necesarias: la compasión, la ternura, la solidaridad, la prudencia. Como también lo son algunas de las tradicionalmente masculinas: la capacidad de decisión, la valentía, la tenacidad...

—Pues, ahora que lo pienso, en la ceremonia inaugural de estos campeonatos mundiales deportivos hubo una situación que mamá encontró muy grave y que seguramente es también fruto de la mirada masculina.

—A ver, dime.

—Resulta que desfilaron las delegaciones de todos los países. La persona que iba en cabeza llevaba la bandera y, detrás, iban los y las deportistas de aquel país. Pero cuando le tocó a un país (no recuerdo cuál era) donde las mujeres tienen prohibido participar en la vida pública, sólo había representación masculina.



Mamá dijo: «Es vergonzoso que la Comunidad Internacional acepte a un país que somete a las mujeres, las tiene encerradas y no las deja participar en la vida pública».

—Tiene razón.

—Pues ¿sabes qué dijo papa? «Mujeeer, ¿cómo quieres que la Comunidad Internacional se meta en las costumbres de un país?»

—Pues debes saber —se indigna la abuela— que la Comunidad Internacional, aunque le costó muchos años decidirse, sí hizo algo contra Sudáfrica en tiempos del Apartheid,\* cuando se privaba de sus derechos a las personas que no eran de raza blanca.

—¿Cómo puede la Comunidad Internacional oponerse a un país que no respeta los derechos humanos?

—Aunque algunas veces se ha utilizado la fuerza militar, ésta no puede ser la solución. No debe combatirse la violencia con violencia. Se pueden utilizar otras medidas, como, por ejemplo, el aislamiento. Esto es lo que se hizo con Sudáfrica. Algunos países rompieron las relaciones diplomáticas y se les embargó comercialmente.

—¿Se les embargó comercialmente?

—No se les compraban productos ni se les vendían. Y, concretamente, por lo que se refiere a los deportes, a partir de 1964 se les prohibió la participación en los Juegos Olímpicos. Bien, pues la Comunidad Internacional ni siquiera se da cuenta de que lo que se hace con las mujeres en ciertos países; es el equivalente del Apartheid.

—Tienes razón.

—¡Por supuesto que sí! Y aún una última cuestión: acuérdate de aplicar la regla de la inversión. ¿Qué te parece la idea de una delegación de un país donde sólo haya deportistas mujeres, porque los hombres tengan prohibido participar en la vida pública?

¡Jolín! ¡Qué pasada, la regla de la inversión! Te permite caer en la cuenta de las desigualdades tan flagrantes, las situaciones tan crueles y las injusticias tan grandes que sufren las mujeres.

*14 de enero*

—¡Yo no estoy de acuerdo! —grita Miguel—. ¡Qué va a ser lo mismo una mujer gorda que un hombre calvo...! Yo creo que dan mucho más asco los quilos de más.

—¡Ah, sí, guapo! Pues tu padre debe de dar mucho asco, porque está inmenso...

—Me refería a los quilos de más de las mujeres —se defiende Miguel.

Alba casi le salta al cuello:

—¿Y por qué los de las mujeres, sí, y los de los hombres, no?

—Yo creo que tiene razón Miguel —dice Pilar—. Las mujeres tienen que ser delgadas.

Mireya, yo y otras compañeras que ya han decidido formar parte de la ACOMI nos miramos con ganas de morderles la nariz. ¡Serán tontas del culo! Está claro que Pilar es de las que llama «cerditas» a las chicas que no están como fideos.

Todo este jaleo es culpa del mensaje electrónico que mandamos con la propuesta de reunirnos para formar la ACOMI. Seis de las chicas de la clase están de acuerdo. La mayoría, sin embargo, no sabe qué pensar. Y tres están manifiestamente en contra. ¿Será que las tres prefieren que les digan cómo deben ser, cómo deben arreglarse y comportarse? ¡Pobrecillas! ¿No tienen personalidad o qué?

Los niños pasan olímpicamente de la ACOMI. Dicen que la asociación no va con ellos, que ellos no tienen ese tipo de problemas y que ya nos apañaremos solitas.

Pues creo que Dani, con su cuerpo redondete y sus dificultades deportivas, tendría que considerar seriamente la posibilidad de apuntarse. Tendré que hablar con él.

—¡Silencio! —dice la profesora—. Berta y Álex, repartid los libros de lectura, que empezamos la clase.

«¡Ganso!», pienso. Ahora toca lectura y andamos leyendo una novela que me tiene enganchada. La protagonista tiene catorce años, como yo. Y las cosas que le ocurren son apasionantes.

—¡Ags! ¡Qué rollo! —se queja Jorge.

—¿Por qué es un rollo? —pregunta Comas.

—Porque es una novela de chicas.

—¿De chicas? —Comas no entiende por qué.

—Sí. La protagonista es una chica —explica Miguel.

—Bueno, ¿y qué? —dice la profesora—. En el mundo hay chicos y chicas; podríamos decir que mitad y mitad, de modo que el personaje principal de una novela puede ser chico o chica. Además, cuando leemos libros donde el protagonista es un chico, las chicas están conformes.

—No es lo mismo —explica Jorge—. Leer libros de chicos es más divertido; por eso las chicas lo pasan bien.

—Además, a los chicos, les pasan aventuras y misterios; a las chicas, les pasan cosas... cosas cursis...

—¿Qué significa cosas cursis? —pregunta Comas.

—¿No lo entiendes? —se sorprenden algunos compañeros—. Pues lo que les pasa con los padres o con las amigas o con el chico que les gusta...

—Sí. Y esto es aburrido —insiste Jorge.

—Pero cuando leemos un libro de aventuras y acción, las niñas se lo pasan tan bien como cuando leen un libro donde dominan los sentimientos.

Comas no consigue sacarlos de aquí. Es como si los chicos tuvieran

dificultad para entrar en la piel de un personaje femenino y para seguir historias muy marcadas por las que diría la abuela que son consideradas tradicionalmente características femeninas, como, por ejemplo, los sentimientos. ¿Será que los chicos desde muy pequeños ya están condicionados por la mirada masculina? ¡Caray, qué bestia es la mirada masculina! Lo deforma todo.

*15 de enero*

La abuela me manda un mensaje electrónico con estos datos:

Las mujeres, contrariamente a lo que ocurre con determinadas etnias, no son una minoría. Las mujeres representan el 50 % de la población de la Tierra. Y, sin embargo:

—El 70 % de las personas pobres de la Tierra son mujeres, es decir, la gran mayoría de la pobreza la acumulan las mujeres.

—El 65 % de las personas analfabetas de la Tierra son mujeres, es decir, hay el doble de mujeres que de hombres que no saben leer.

—Todas las mujeres juntas realizan un 53 % del total de horas de trabajo de la Tierra. El resto, el 47 %, lo realizan los hombres.

—Las mujeres ganan entre un 20 % y un 50 % menos que los hombres. Es decir que, incluso en los países como España —donde la ley dice que «a igual puesto de trabajo, igual salario»—, la realidad dice que, realizando el mismo trabajo, las mujeres ganan menos que los hombres.

—Las mujeres ocupan sólo el 6 % de los puestos ministeriales.

¡Ags! ¡¡Injusticia!!

*16 de enero*

Hoy es el cumpleaños de Mireya. Resulta que me he quedado sin blanca después de comprar los regalos de Navidad de Marcos, papá y mamá, la abuela... Ahora no tengo ni un duro para hacerle un regalo a mi mejor amiga. Cada año me pasa lo mismo. Siempre me prometo a mí misma ahorrar para que no se produzca esta catástrofe... y siempre acaba repitiéndose.

Intento convencer a mi hermano, a ver si me hace un préstamo.

—Hermano-milagro, ¿me dejarías diez euros?

Me mira como si fuera marciana:

—¡Estoy sin nada! —dice con cara de víctima, mientras se mete las manos en los bolsillos y saca los forros hacia fuera—. ¿Ves? Nada de nada.

Pues, de aquí al sábado, se me tiene que haber ocurrido alguna solución.

—¿Por qué no fabricas el regalo tú misma? —sugiere mamá.

—¿Cómo? —le pregunto.

—Mira, podrías coger un trozo de arpillera de la que sobró del pesebre y hacerle una funda de libro o un estuche para los útiles de escribir.

Encojo los hombros porque no sé si sabré.

—Sí, mujer —dice mamá. Se levanta y va a buscar una caja de lanas y agujas gordas y me enseña cómo tengo que hacerlo.

Me siento en el salón, a su lado, y me pongo a trabajar. Ella, mientras, lee el periódico. De repente levanta la cabeza y me dice:

—¿Te interesan para tu diario violeta noticias de mirada masculina?

—¡Por supuesto! —contesto, segura de que mamá me proporcionará mucha información, como ocurrió con la clasificación de anuncios de la tele que hicimos Marcos y yo.

—Venga, entonces, tú continúa trabajando y yo leeré en voz alta.

—«Localizados en un camión doce magrebíes, entre los cuales había cuatro mujeres.» —Se detiene y dice—: Mirada masculina, ¿no? Porque una mirada neutra habría considerado un grupo de doce personas, de las que ocho eran hombres y cuatro, mujeres. De modo que, si el periodista o la periodista toman como referente el masculino y desgajan de ese general lo particular, esto es, lo femenino, es porque tienen una óptica androcéntrica o masculina.

Pues sí.

—Otra. Ésta va del descubrimiento del cadáver de Yoni, un niño de dos años que había desaparecido —dice mamá. Y lee, mientras yo manejo las tijeras y las agujas—: «Al salir de la comisaría, la madre gritaba histérica:\* “Mi Yoni, mi Yoni... ha sido culpa mía”».

Levanto las cejas. En esta noticia no veo nada extraño.

—¿No? —se sorprende mamá—. El adjetivo «histérica». Primera, ¿te imaginas a un periodista calificando de “histérico” a un hombre que grita, aunque sea justificadamente?

—Me parece que no —admito.

—Y por otro lado, ¿crees que la madre (y también el padre, claro) no tenía todo el derecho a perder el control y gritar al conocer la muerte de su hijo de dos años? Además, hay culturas donde la expresión de los sentimientos se hace de manera más visible y más ostensible que en otras. Tal vez era el caso de la madre de Yoni, una mujer gitana.

Asiento con la cabeza, porque creo que tiene razón. Otra vez, la mirada masculina.

—La última perla, una crítica de un concierto —dice mamá. Y lee—: «La soprano Devellereau y la pianista Le Guay, dos rubias que quitaban el hipo...».

—¡Eh! Qué crítico musical tan maravilloso. Antes de hablar del arte de estas dos mujeres, nos explica que están buenísimas...

—Sí. Lástima que no ha añadido que el violinista tenía un culo pequeño y respingón que incitaba al mordisco...

Marcelo también está invitado a la celebración del cumpleaños de Mireya. Y, como yo, también está sin blanca. Le hago la misma propuesta que me ha hecho mamá.

—Regálale algo hecho por ti.

—¡Jolín! Pero si soy negado para las manualidades...

Durante un buen rato los dos estamos callados. Yo le doy al tarro para ver si se me ocurre algo que, además de resultar un obsequio para Mireya, me permita echarle una mano y estar con él un buen rato a la salida del colegio. Tal vez así se anime a decirme que quiere salir conmigo... No hay manera de que se decida. Y el caso es que me parece que le gusto...

—¡Ya lo tengo! Podrías regalarle unas trufas hechas por ti.

—¿Y cómo se hacen? —pregunta.

—Es muy fácil: sólo necesitamos chocolate negro y mantequilla... Seguro que en tu casa hay. Si quieres te ayudo.

—¿Sí? Pues claro que quiero.

Corremos a su casa.

¡Yupiiiiiiiiiiii!

Ni yupi, ni porras. No ha pasado nada. Concentrados en hacer bolitas de chocolate pringándonos las manos, bajo la mirada vigilante de sus hermanas. ¡Y nada más!

Regreso a casa un poco deshinchada. Espero que el día de la fiesta esté más inspirado.

—Hola, Carlota —me dice Laura, que está en la portería esperando el ascensor. Desde que, además de estudiar, trabaja en el rectorado de la universidad, se la ve muy cansada.

—Cómo va el trabajo? —le pregunto.

—Bien —suspira.

—Pues no lo parece.

—Es que tengo la cabeza como un bombo por culpa de las gafas violeta. Hoy Jaime, el becario que lleva más tiempo en el rectorado, aprovechando que Rosa, otra becaria, estaba enferma, se ha pasado el rato criticándola.

—¿Por qué?

—Porque habrá una reestructuración y, a uno de ellos dos, le darán la responsabilidad del gabinete de relaciones con la prensa. Rosa, que es muy ambiciosa, quiere el puesto; y Jaime, también.

—O sea, él también es ambicioso.

—Pues sí. Pero parece que, si eres hombre, resulta natural y comprensible que lo seas, pero si eres mujer, no.

¡Eh! Se lo tengo que comentar a la abuela: en un mundo de mirada

masculina, las cualidades masculinas son consideradas estupendas siempre que las tengan los hombres. Si las tiene una mujer... ya es harina de otro costal.

Un hombre que se hace oír es respetable; una mujer que se haga oír es una marimandona como Octavia, o una histérica como la madre de Yoni.

¡Y viva la injusticia y la discriminación!

*18 de enero*

Tengo un mensaje de la abuela. Dice que me manda una carta de otra de las niñas del mundo. Antes, no obstante, hay algunas reflexiones de su cosecha. Dice:

¿Te has fijado cuántas veces en las leyendas los dioses, los dragones, los reyes extranjeros tienen que ser apaciguados con doncellas? ¿Por qué nunca se ofrece un doncel en sacrificio? Recuerda cómo san Jorge salva a la doncella de ser devorada por el dragón...

Esos mitos me llevan a pensar que, quizá, los hombres siempre han tenido miedo de las mujeres y que, por esta razón, las han querido someter.

Recuerda, por ejemplo, a las brujas —en general, mujeres diferentes de las otras, bien por su inteligencia, bien por sus conocimientos—, que morían quemadas en la hoguera. Por no hablar de esas niñas a las que cortan el clítoris porque, según una superstición\* masculina, ese trocito de carne puede lastimar al hombre durante las relaciones sexuales. Y lo que está claro es que, sin ese trocito de carne, ellas nunca disfrutarán plenamente del sexo.

O, por no ir tan lejos ni en el tiempo ni en el espacio, podríamos situarnos en Viena, a finales del siglo XIX, para hablar de Freud,\* un psiquiatra que inventó, entre otras teorías, la de que la mujer tenía complejo por el hecho de carecer de pene. ¡Qué mirada tan masculina y gloriosa sobre su «pilila»! Y, sin embargo, ¿no crees que mayor complejo puede tener un hombre por no poder parir?

La carta que te mando evidencia, una vez más, esa rabia y ese miedo de los hombres hacia las mujeres.

Hola:

Me llamo Nea y tengo catorce años. Vivo en Somalia. En mi país, como en casi toda África, hay muchos enfermos de SIDA.\* Tú sabes qué es el SIDA, ¿no? Es una enfermedad que se transmite a través de la sangre, por ejemplo, con el uso de jeringas compartidas en el caso de drogadictos, o cuando una persona tiene un contacto sexual, sin tomar precauciones, con una persona infectada.

En mi país, los hombres enfermos de SIDA están convencidos de que se curarán si tienen relaciones sexuales con una chica virgen. Entonces, buscan niñas, como yo, que no hayan tenido nunca relaciones sexuales con un hombre. Nos utilizan sexualmente.

Un médico me ha explicado que ésa no es una manera de tratar el SIDA; que

eso es un prejuicio muy bárbaro. De esta manera, los hombres no se curan, pero nosotras, las niñas que éramos vírgenes, nos infectamos.

¡Qué espanto! Le tendría que enseñar esta carta a papá, a ver qué piensa.

*19 de enero*

¡Tachán! Gran día: el de la fiesta en casa de Mireya. La party, que dice mamá. La boum, que dice Octavia, muy colonizada por el francés.

¿Qué me pongo? Me gustaría estar guapa.... Ya lo sabes: la abuela dice que ser un poco presumida no está reñido con ser feminista. Pero me gustaría también estar cómoda. Aquello de «para presumir hay que sufrir» no está hecho para mí. Tal vez lo he aprendido de mamá. Ella considera que la estética no puede estar nunca por encima de la salud. Guerra, pues, a los zapatos de tacón alto, a la ropa demasiado estrecha, a los piercings en lugares peligrosos...

Estreno unos pantalones de cintura muy baja que dejan al aire no tan sólo el ombligo sino también la goma de las braguitas y un jersey que me llega a medio estómago.

—¡Guau! —dice Marcos cuando me ve salir de la habitación.

Papá, que no entiende de modas, me pregunta si el jersey ha encogido.

—Es así. Me lo trajeron los reyes, ¿te acuerdas?

Papá mira a mamá y le dice:

—Pues espero que esa cosa no costase un ojo de la cara; al fin y al cabo, no es un jersey entero, sino medio jersey. —Después, añade—: ¿No crees que va vestida de manera provocativa?

Mamá me mira y, luego, le dice:

—No. No me lo parece. ¿Qué quiere decir «provocar»? Mi bisabuela provocaba si llevaba una falda que dejaba ver el tobillo.

La miro alucinada.

—Durante la dictadura de Franco\* —continúa—, la censura no permitía que se viesen los pechos de una mujer en la televisión, excepto si eran los de una negra en un documental. Tal vez porque los censores consideraban que las negras no llegaban a la categoría humana. Actualmente ni los tobillos, ni los ombligos, ni los pechos femeninos pueden considerarse elementos provocativos, dado que las playas están repletas de mujeres en topless.

Papá reflexiona:

—Sí. Es verdad. Los centímetros de piel que se dejan al descubierto o que se consideran una provocación son fruto de normas morales del momento.

—Aparte de que la provocación se encuentra más en los ojos de la persona que mira que en el aspecto de la que es mirada.

—Cierto.

Los dejo haciendo consideraciones sobre lo que es la provocación y me voy a casa de Mireya. Confío en que, hoy sí, Marcelo se decida a decirme algo. Ya me entiendes... Cosas me dice cada día: algunas del colegio, otras de su casa, otras, incluso, referidas a la vida. Pero quiero que me diga que le gusto y que quiere salir conmigo, sabes, ¿no?

Justo cuando Mireya y yo acabamos de preparar los últimos bocadillos y le doy el regalo —¡le gusta muchísimo!—, la gente del curso empieza a llegar. El monitor de esquí no está porque, a última hora, Mireya comprendió que era mejor no invitarlo. Hizo bien; seguro que se habría llevado un chasco. Además, me parece que empieza a estar colada por Juan, uno de clase. Aunque no creo que ni ella misma se haya dado cuenta. Habrá que esperar a ver qué pasa hoy.

Diez de la noche: Mireya y yo, esparramadas sobre el sofá. Las baldosas del salón, pegajosas de coca-cola, naranjada y bocatas. La madre de Mireya, que se había ido para dejarnos solos, ha vuelto y mira el desorden con cara de «Paisaje después de la batalla». Aparte de todo eso: ¡nada más! Bueno, sí. Una cosita: efectivamente, Mireya ha dejado atrás el monitor de esquí y está chaveta perdida por Juan. Se ha pasado la tarde bailando con él.

Y yo, ¿qué?

¡Yo, nada! He bailado con Marcelo, sí. Pero nada más: ni palabras tiernas, ni miradas melosas, ni acercar las mejillas... Estoy sin pilas. Tanto esperar la fiesta de Mireya para, al final, encontrarme con un resultado tan lamentable...

He de admitir, sin embargo, que si bien no he hecho progresos con Marcelo, sí que ha progresado nuestra asociación. Hay dos chicas más que se apuntan. Lo han decidido cuando nos hemos dado cuenta de que Pilar, la esquelética de la clase, bailaba más que las otras con algunos de los chicos.

—Es que a mí me gustan las chicas delgadísimas —se ha justificado uno—. Como si... Como si estuvieran enfermas.

¡Guerra a los síntomas de una enfermedad convertidos en criterio de belleza!, que diría la abuela.

—¡Guerra! —han contestado todas las chicas que se apuntan a la reunión del sábado próximo. También Dani ha decidido asociarse con nosotras.

*20 de enero*

Antes de comer, mamá me envía a casa de Lola a devolverle un libro que le había prestado.

—Hola, pasa. Te daré otro de la misma autora, que a tu madre le encanta.

Me hace pasar al salón, mientras ella busca el volumen en la librería. Entonces, aparece su hijo, llorando.

—¿Por qué lloras? —le pregunto.



—Por nada —responde Lola, malhumorada—. Porque tiene hambre.

—Vamos, chico, no llores. Eso tiene fácil solución: sólo hay que comer. Ahora, mamá te prepara la comida...

—Ni hablar. Mamá no le preparará la comida, porque en esta casa cocina Manuel.

Lola y su marido tienen repartidas las tareas de la casa. En este asunto, Lola es inflexible: ella, la mitad; él, la otra mitad.

—A mí no me gusta cocinar, ni me interesa —añade—. Es una tarea que le corresponde a él. Además, el crío tampoco se morirá si tiene que esperar media hora más. Su padre ya no puede tardar.

Por la tarde, mamá, Marcos y yo vamos con la abuela al hospital, a ver a la niña que han tenido la tía Mercedes y el tío Carlos.

La niña, «Olguita», va vestida de rosa de la cabeza (lleva un quiriquí con un lacito) a los pies (los patucos son de punto tejido a mano).

—¿Por qué va toda vestida de rosa? —se me adelanta Marcos.

—Porque es una niña —dicen a coro la tía y el tío.

—¿Y? —preguntamos Marcos y yo, que, en cuestiones de colores y criaturas recién nacidas, no tenemos experiencia.

—El color de los niños es el azul; un color masculino, que denota valentía y decisión. El de las niñas, el rosa, que es más dulce y femenino —dice ella.

—Es importante que, ya desde el nacimiento, las criaturas tengan claro quiénes son —explica el tío.

La abuela gruñe:

—Ya lo decía Simone de Beauvoir:\* no se nace mujer, se deviene mujer.

Mamá la mira y sonrío, como si estuviera de acuerdo. Yo no lo he entendido. Después le preguntaré qué ha querido decir.

—He querido decir que, desde que nacemos, nos van enseñando a tener una serie de características, virtudes o defectos (depende de cómo se mire), comportamientos y creencias, supuestamente necesarios en una mujer. Desde el nacimiento, por tanto, nos enseñan «a ser mujeres» tal como la sociedad pretende que seamos —me dice la abuela cuando ya estamos en el coche.

—Por ejemplo: el deseo de tener hijos... —dice mamá.

—¿Quieres decir que es un deseo aprendido? —pregunto, muy sorprendida.

—Estoy convencida —responde mamá—. Creo que hay personas, tanto hombres como mujeres, que tienen vocación de padres o madres; en cambio, hay otras que no la tienen. Si quien no quiere tener descendencia es un hombre, nuestra sociedad lo admite sin problemas. Sin embargo, la sociedad es menos comprensiva con las mujeres, que a veces, como resultado de esa presión social tan fuerte, deciden tenerlos, sin unas auténticas ganas y a menudo cuando ya se les ha pasado la edad.

—Tal vez, sin esa presión, no les ocurriría lo mismo... —refunfuña la abuela

—. En realidad, cada vez hay más mujeres que se atreven a desafiar esa norma social y determinan que no van a tener descendencia. Para tomar decisiones libremente, es preciso poder pensar en libertad. Y eso es difícil cuando desde el nacimiento te han estado educando en una dirección concreta.

—En fin, traer una criatura al mundo es una responsabilidad enorme y, por tanto, hay que pensarlo bien y saber si se estará dispuesto a hacer todo lo que haga falta por ella —avisa mamá.

—Y tal vez no todo el mundo tiene condiciones —interrumpe la abuela. Y después, añade—: Pero, en fin, volviendo a los roles aprendidos: ya ves que, desde pequeñas, se nos enseña cómo debemos ser, qué tenemos que pensar, cómo debemos sentir y expresarnos... Lo mismo se hace con los niños. Nos educan de acuerdo con el rol\* que quieren que desarrollemos en el futuro.

Mamá recita:

—Las características asociadas al ámbito público son masculinas: la justicia, la competitividad, la agresividad, la dureza, la actividad, el trabajo fuera de casa y remunerado... Las asociadas al ámbito privado son las femeninas: la compasión, la solidaridad, la ternura, la debilidad, la pasividad, el trabajo dentro de casa y no remunerado...

—A escala planetaria, y a menudo en nombre de la tradición, las chicas son confrontadas a obstáculos que limitan su emancipación —añade la abuela.

—Pues hay mujeres —comento yo pensando en Lola— que tienen muy presentes sus derechos y que tienen muy claro que lucharán contra las características femeninas impuestas por la sociedad.

Y les explico la situación: Lola, ni que la maten, prepara la comida en su casa.

—Pues Lola entiende el feminismo de una manera diferente a como lo entendemos mamá y yo —explica la abuela—. Primero, no hay que renunciar a las características femeninas; al revés, hay que enseñarles a los hombres a incorporarlas. El hombre tierno, compasivo, solidario, que se ocupa de la casa y de los hijos es el hombre nuevo que el mundo del futuro necesita. Y por otro lado, las mujeres no nos tenemos que desprender de lo que han sido tradicionalmente características femeninas: cocinar para los otros es una necesidad, un placer, una forma de reunir alrededor de una mesa a la gente a la que quieres.

—¡Mierda! —grita mamá.

—¿Qué pasa? —preguntamos a una. No es frecuente que mamá suelte palabrotas, y menos delante de nosotros.

—Se nos ha pinchado una rueda. ¡Vamos, bajad! No nos queda otro remedio que cambiarla.

Mientras mamá saca el gato y empieza la operación, la abuela nos explica:

—¿Veis? Ahora vuestra madre está haciendo algo que, tradicionalmente, se ha considerado competencia de los hombres. Tan feminista como es, tanto como lucha para hacer valer sus derechos, sería un fallo terrible que no demostrase que

también es capaz de asumir sus obligaciones. Hay mujeres que, ante una situación así, piden ayuda a un hombre. Y eso no vale.

¡Jolín! Ese comentario me hace pensar...

—Abuela, si me gusta un chico, ¿crees que tengo que esperar, como siempre han hecho las chicas, hasta que él me diga que le gusta y que quiere salir conmigo?

—¡Naturalmente que no, Carlota! Claro, si se lo propones, te arriesgas a una respuesta negativa. Pero ¿y qué? Ellos también se arriesgan a lo mismo cuando se lo dicen a una chica.

¡Decidido: de mañana no pasa! Voy y le digo a Marcelo que me gusta.

*21 de enero*

¿Se lo digo, no se lo digo, se lo digo, no se lo digo...? Me he pasado así todo el día.

—Carlota, ¿tienes algún problema? —ha preguntado Marcelo—. Estás muy extraña...

—No, no, nada...

¡Glups! Al final, no me he atrevido.

Llego a casa con la cola entre las piernas. ¿A ver si resultará que la sociedad ya ha conseguido imponerme los comportamientos «típicamente femeninos»? ¡Pues, ni hablar! Me rebelo. Le diré a Marcelo que me gusta.

Tengo un mensaje de la abuela. Dice:

Te mando unos cuantos datos para que veas de qué manera el modelo social se nos impone y, entonces, los resultados son los que son.

En España:

—Por cada 100 horas trabajadas por los hombres, las mujeres trabajan 110.

—De cada 100 euros procedentes de los ingresos por trabajo, 81,40 son para los hombres y 18,60 para las mujeres.

—Las mujeres ganan, de media, un 30 % menos que los hombres.

Además, según el informe de las Naciones Unidas, en la clasificación referida a la calidad de vida de todos los países del mundo, España ocupa el puesto 20 si se considera el Índice de Desarrollo de la Mujer,\* que mide la disparidad entre hombres y mujeres en cuestiones básicas.

*23 de enero*

¡Ags! Continúo sin decidirme a decirle nada a Marcelo. «¡Soy una cagueta, soy una cagueta, soy una cagueta!», me digo mientras espero el ascensor para subir a casa.

Llega Laura, con cara de estar hasta el gorro.

Para olvidar que soy una caguetas, entablo conversación con ella:

—¿Qué tal el trabajo, Laura?

—El trabajo, bien. El problema es el resto, es decir, las situaciones no laborales, todas ellas muy machistas.

—¿Por ejemplo? —pregunto.

—Por ejemplo: hoy teníamos una reunión. Además de las personas que trabajan contratadas en el rectorado, estábamos dos chicos y yo, como becarios. «Laura, guapa, ve a preparar los cafés, por favor», ha dicho el rector.

La miro con ojos como platos.

—Verás —continúa—. Paso porque, como becaria, me toque hacer cafés para el profesorado. Pero no paso porque me toque hacerlo a mí, como chica, en lugar de a los otros dos becarios.

«¡Los roles sociales se imponen!», me digo. Incluso en el despacho, quien tiene que hacer los trabajos parecidos a los domésticos son las chicas...

—Eso por no explicarte las situaciones más humillantes, como por ejemplo: «Laura, ¿querrías guardar esta carpeta en el archivo de currículums recibidos?».

—¿Y?

—Eso no sería ningún inconveniente si no fuera porque para guardarla tienes que agacharte mucho y, mientras tanto, el profesor que me lo pide se queda detrás de mí para observarme el culo.

—¿No crees que es una interpretación tuya?

—Ay, guapa, ¡qué más querría! Se lo oí comentar hace dos días a otro profesor. Decía: «Tiene un culito, Laura... ¿Lo quieres ver? ¡Laura, guarda este dossier...!».

*24 de enero*

«¡Diez puntos, Carlota! ¡Eres galáctica, Carlota! ¡Cómo me gustas, Carlota!», me digo delante del espejo del baño.

—¿Te falta un tornillo, Carlota?

—¿Qué te lleva a pensar eso, pequeñajo?

—Mujer... Si te crees que es normal que lleves diez minutos delante del lavabo, con el cepillo de dientes en la mano, sin usarlo y, en cambio, mirándote como si te sintieras una de las personas más importantes de Europa...

—Más importante, tal vez no. Pero más osada, sí. Y no sólo de Europa, sino del Universo.

—¡Jope! Cuánta humildad... Y pues, ¿cuál ha sido la gesta?

«¿Se lo cuento o no?», me pregunto. Decido que sí, que vale la pena que lo sepa. Al fin y al cabo, cambiando las actitudes de los chicos y las chicas conseguiremos un mundo mejor, ¿no? Además, pasado mañana tenemos la reunión de la ACOMI, y Marcos estará con cuatro de sus mejores amigos. Eso es solidaridad. Se merece una explicación.

—Resulta que... resulta que Marcelo me gusta.  
—¡Ganso, nena! Pues menuda noticia... ¡eso ya lo sabía!  
—Espera, carcamal, déjame terminar —me impaciento y muevo el cepillo como si fuera la batuta del director—. Resulta que pasando por encima de los roles sociales establecidos, no he esperado con los brazos cruzados a ver qué decía él...  
—¿Ah, no? —pregunta Marcos, flipando.  
—No. Le he dicho que me gusta y le he preguntado si quería salir conmigo.  
—¡Oléeee! ¿Y qué te ha dicho?  
—Que sí, cabeza de chorlito. ¿No ves lo contenta que estoy?  
Marcos suelta su risa de conejo. Entonces, oímos un enérgico portazo, de esos que anuncian la entrada de mamá.  
—¡Mamáaaaaa! —grita el traidor de Marcos—. Ahora sí, Carlota tiene novioooooooooo.  
—No es mi novio, patata cocida —rectifico—. Es... es mi «salidor».  
—¿«Salidor»?  
—Que sale conmigo. —Le doy un pellizco, y añado—: Y, además, cállate. Es un secreto entre tú y yo. ¿De acuerdo?  
—O.K.  
Aunque hubiera querido, no creo que Marcos hubiera podido marear a mamá con una historia de noviazgos; mamá se habría mostrado poco dispuesta a escucharlo porque viene sacando chispas.  
—El maldito modelo social está por todas partes —refunfuña.  
—¿Qué te pasa? —le preguntamos.  
—Estoy enfadada —dice.  
—Eso ya lo notamos, pero ¿por qué?  
—Vengo de la peluquería. La peluquera, una chica nueva, me ha recomendado que me tiña. Dice que tengo demasiadas canas... Y ha añadido: «Un hombre con canas es muy interesante, pero una mujer con canas parece vieja y desastrada».

*25 de enero*

Tener un «salidor» es fantástico. Podría pasar todo el rato hablando con él o mirándole a los ojos —¡jolín!, tiene unos ojos como para caerse de culo— o acercando mi codo al suyo para notar un poquitín el calor de su piel... Las horas de clase, incluso las más latosas, vuelan... Tal vez demasiado. Me han tenido que llamar la atención varias veces porque no escuchaba.

—Carlota —me dice Comas—, estar enamorada es fantástico...  
¡Glups, qué sagaz, ella! Se ha dado cuenta de que estoy colada por Marcelo.  
—Pero no debes dejar que este sentimiento tan poderoso tiña TODA tu vida. Preserva parcelas tuyas, por ejemplo, el estudio. Siempre has trabajado bien, siempre has tenido unos resultados buenos, continúa concentrándote en el trabajo

del colegio. Date cuenta de que, en la vida, hay tiempo para muchas cosas: para el amor, para el estudio, para el trabajo, para las diversiones...

Se lo explico a la abuela y me dice que está de acuerdo.

—Hace bien en advertirte que no te dejes ocupar todo tu espacio vital y todas tus neuronas por ese sentimiento tan fuerte. A las mujeres se nos ha comido mucho el coco para que prestemos atención fundamentalmente a nuestra vida sentimental. Y, sin embargo, es un error mayúsculo. El amor es importante, pero también todo lo demás: los estudios, las amistades, los hobbies, el deporte, la lectura, la familia, el trabajo...

Se para un momento y, luego, prosigue:

—Piensa que los estudios, la formación, son fundamentales. Una manera de someter a las personas es privarlas de la educación. Cuanto más estudies y te prepares, más posibilidades de pensar por tu cuenta y de ser libre tendrás. ¿Recuerdas otra de las frases predilectas de tu abuelo paterno? Dice: «Cítame a una mujer de la historia de la humanidad que sea como Miguel Ángel».

—Es verdad. Lo dice a menudo.

—Pues la respuesta es simple: ¿Cuántos esclavos, cuántas personas privadas de libertad o de educación, cuántas personas obligadas a realizar trabajos domésticos de sol a sol han podido desarrollar un arte, una ciencia, una técnica, un pensamiento...?

Me llega por correo electrónico una carta de la abuela. Dice así:

Hola:

Me llamo Rahila y tengo quince años. Vivo en Kabul, la capital de Afganistán. Bueno, decir que «vivo» es una media verdad. En realidad, las mujeres, las chicas, en Afganistán no vivimos sino que, en el mejor de los casos, vegetamos; en el peor, morimos.

¿Por qué vegetamos? Porque, con las nuevas costumbres impuestas por los talibanes,\* estamos obligadas a quedarnos encerradas en casa, ya que tenemos prohibido ser vistas por un hombre a no ser que sea un familiar. De modo que, entre otras cosas, no tenemos derecho a asistir al colegio. Y carecemos de capacidad para oponernos porque no somos libres: somos propiedad de los hombres.

Las mujeres que en el pasado habían podido estudiar y tenían una profesión se han visto obligadas a dejarla. Éste es el caso de mi madre, que tiene cuarenta y cinco años y era profesora de matemáticas.

Mamá no soporta haber tenido que abandonar su trabajo, tener que permanecer encerrada en casa —ya que, como mujer, no tiene derecho a salir a la calle sola—, tampoco soporta ver la oscuridad cuando mira por la ventana —nos obligaron a pintar los cristales de negro—, ni llevar el chandri —un velo para

cubrir a las mujeres desde la cabeza hasta los pies, sólo con una abertura enrejada a la altura de los ojos—. Por todo ello, mamá tiene una depresión y se pasa el día en la cama, llorando.

Mamá no puede recibir atención médica aunque esté muy grave, ya que todos los médicos son hombres —a las médicas no se les permite ejercer— pero tienen prohibido visitar a las mujeres, excepto a las que pertenecen a su familia.

Por suerte, nuestro padre vive y se ocupa de nuestro mantenimiento. Pero si él muriera, mi madre, mis hermanos y hermanas y yo también moriríamos, porque mamá no estaría autorizada a trabajar.

Llamo a la abuela, horrorizada.

—¡Es espantoso! ¿Por qué no se rebelan?

—¿Y cómo quieres que lo hagan? Ellas solas no pueden. Y, por otro lado, las únicas conscientes de su desgracia son las mujeres como la madre de Rahila. Mujeres que han conocido otras formas de vida, mucho más gratificantes. Mujeres que han tenido acceso a la formación y a la vida profesional.

—¿Quieres decir que, en países como Afganistán, no todas piensan como ellas?

—No. Las del medio rural, que han nacido y vivido sometidas al hombre, no desean cambiar. Es más, pasar a ser personas libres les da miedo, porque no han sido educadas para la libertad.

—¡Qué fuerte!

—Es por esta razón por la que, a veces, algunas sociólogas o antropólogas consideran un error que queramos cambios para las mujeres de los países donde son privadas de vida pública. Consideran que este deseo se basa en criterios occidentales; cuando, en realidad, se basa en criterios de respeto a los derechos humanos, a los que ni las propias interesadas están acostumbradas.

—Entiendo. Como podría ocurrir con un esclavo, que ha nacido siéndolo y ha vivido toda la vida así, y que, el día en que consigue la libertad, no sabe adónde ir ni qué hacer y prefiere continuar perteneciendo a otro, aunque eso suponga una vida indigna.

—¡Exacto! Lo que pasa es que ignora qué es una vida digna; no tiene referencias y sí tiene mucho miedo y muchas necesidades materiales que no sabe cómo va a resolver.

*26 de enero*

¡La reunión de la ACOMI ha sido un éxito!

Finalmente, nos hemos reunido dieciocho colegas: once chicas y siete chicos entre la gente de mi curso y del curso de Marcos. ¡Marcelo también estaba! Yo, sin embargo, no he dejado que las ganas de estar con él me distrajeran del trabajo que quería hacer.

Después de discutir un buen rato, pasamos a las votaciones.

—Levantad la mano si estáis de acuerdo: ¡Nos peinamos como queremos, nos vestimos como nos sale de las narices y no dejaremos que la moda nos ordene cuánto debemos pesar o qué talla tenemos que gastar!

Se levanta un bosque de manos.

—De acuerdo, pues nuestra primera batalla será no permitir que a las chicas se nos imponga un modelo estético determinado.

—¡Eh! —dice Dani—. No sólo a las chicas, sino también a los chicos. ¿Os habéis dado cuenta de que cada vez hay más anuncios por la calle con tiarrones altos, de cuerpo que quita el hipo, músculos bien marcados y hombros monumentales? ¿Qué se supone que debemos hacer la mayoría de los chicos, los que no somos altos, los que somos más bien gordos o los que somos un poco canijos?

Todo el mundo está de acuerdo. ¡Fuera las muñequitas finitas! ¡Fuera los tarzanes musculosos!

Decidimos que, como forma de protesta, el viernes 1 de febrero, nos vestiremos y peinaremos de manera contraria a lo que dice la moda.

—Yo me haré dos trenzas y me pondré lazos —dice Mireya.

—Pues yo me pondré un vestido que llevaba mi prima hace diez años y que tengo colgado en el armario.

—Y yo...

Se nos ocurren muchas maneras de ir contra los dictados de la moda. ¡Qué divertido! Será como si celebrásemos el Carnaval.

—¿Qué os parece si el sábado 2 nos reunimos para considerar si hemos triunfado o no? —dice Marcos.

—Sí —añade Mireya—, y también para proponer nuevas acciones.

—¡De acuerdo! —dice el grupo.

—Una última propuesta —digo—. Nos pondremos un lazo violeta en la solapa para demostrar que pertenecemos a la ACOMI y cuál es nuestra lucha.

La peña se ha ido. Marcos y yo entramos en el salón.

—No lo entiendo —le dice papá a mamá—. No entiendo esa necesidad que tenéis las mujeres de llamaros tan a menudo y pasaros horas al teléfono. Los hombres no lo hacemos. Yo, a mis amigos, casi nunca los llamo.

—Pues, mira —replica mamá—, tal vez tendríais que plantearos cambiar los esquemas mentales.

Papá levanta las cejas como si no entendiera qué quiere decir.

—Me refiero —dice mamá— al hecho de que las personas que crean los vínculos, en una familia o en un grupo de amigos, suelen ser mujeres. ¿Te has fijado en que tu padre nunca llama, que siempre lo hace tu madre? ¿Y te has dado cuenta de que siempre que se organiza una cena familiar o de amistad se han ocupado de ello las mujeres?



—Tienes razón —admite papá.

—Las mujeres son mucho más capaces que los hombres de crear una red de relaciones, un tejido social cohesionado. ¿Has observado que se ven muchas menos mujeres que hombres «sin-techo»?

—Sí, pero no sé por qué.

—Porque para llegar a caer en la marginalidad absoluta tienes que estar sin nadie (parentela o amistades) que te ayude. Y eso es más difícil que le pase a una mujer. ¿Y has observado que, en general, es más fácil que se desmiembre una familia donde falta la madre que una donde falta el padre?

—Tal vez sí —dice papá, muy pensativo.

—Pues, hala, crea vínculos; llama a tu madre.

*27 de enero*

Mamá y papá se van a casa de Fernando y Luisa, sus mejores amigos. Él es director de un colegio; ella es abogada. Tienen un único hijo, de la edad de Marcos.

—¿Seguro que no quieres venir? —me pregunta Marcos.

—Seguro. Prefiero escribir conclusiones de la reunión de la ACOMI. —Le enseño una libreta nueva, nuevísima.

—¿Te importa que vaya yo? —me pregunta Marcos, que, en este caso, se siente mal si no me ayuda.

—¡Qué va, guisantito! Tú ve —le digo con mi mejor sonrisa para tranquilizarlo.

Marcos se va encantado de la vida.

Cuando vuelven, yo ya he hecho el resumen de la reunión y estoy tumbada en la cama leyendo. Marcos entra pitando en mi habitación.

—Te has perdido una conversación machista-feminista, Carlota.

—A ver...

Me explica que Luisa se quejaba de lo poco que aún colaboran los hombres en las tareas de la casa y en relación con las criaturas.

—Mamá estaba de acuerdo y decía que, en general, cuando los hombres colaboran se limitan a comprar o a hacer la comida, que bien pocos hay que pasen el aspirador, planchen o limpien el baño.

—Y tiene razón.

—Continuaban las mujeres diciendo que, por lo que se refiere a las criaturas, tampoco los hombres se involucran con ellas. ¿Quién las lleva a la revisión médica?, ¿quién se ocupa de buscar un canguro o de quedarse en casa cuando están enfermas y no pueden ir a la guardería?

—Cierto. En estas cuestiones aún queda mucho por hacer, por lo que se ve.

—Pues ¿quieres saber qué ha contestado Fernando? Ha dicho: «En cuestiones domésticas, tenéis difícil que los hombres quieran aceptar un reparto más equitativo. ¿Quién es el burro que quiere tener que hacer esas tareas?».

—¿Y ellas qué han contestado?

—Que parecía mentira que unos hombres con sentido de la justicia social pudieran hacer un comentario como ése. «¿O la justicia social sólo se refiere, pongamos por caso, a los inmigrantes?», ha preguntado mamá.

—¿Y?

—Espera. Aquí no se acaba todo. Fernando decía que, hasta cierto punto, el machismo es culpa de las mujeres.

—¿Quéee?

—Vaya, no lo decía exactamente así. Decía que las mujeres, con su actitud, también contribuían. O sea que también las mujeres son machistas.

—¿Y mamá qué ha contestado?

—Que, ciertamente, en un mundo machista a menudo las mujeres lo son tanto como los hombres, porque lo han aprendido de pequeñas, pero que eso no es ningún argumento para oponerse a mejorar sus condiciones, para oponerse a combatir las discriminaciones de género.\* También le ha dicho que a menudo los propios obreros oprimidos no habían sido conscientes de sus actitudes de sumisión hacia los patronos ni de qué manera les hacían el juego, pero que eso no había sido obstáculo para luchar por la dignidad del mundo obrero.

—¡Claro!

—Precisamente, ha continuado mamá, a menudo la gente no es consciente de sus derechos hasta que los consigue.

—¿Y Fernando qué ha opinado?

—No ha respondido. Iba a su bola. Todavía ha añadido: «¡Tú no sabes lo difícil que es dirigir un equipo donde sólo hay mujeres. La mujer tiene una manera de ser peculiar y complicada...».

—¡Jolín! ¿Y qué ha dicho mamá?

—Que sí, que las mujeres, como colectivo que ha sido socializado en unas determinadas normas, que ha tenido unos determinados aprendizajes, tienen su forma peculiar de ser y que eso, a una persona que no pertenece al grupo, le resulta extraño, como se lo parecería si tuviera que dirigir a un grupo de gitanos y gitanas o a uno de suecos y suecas o a uno de personas ciegas o a uno de campesinos y campesinas, es decir, a un grupo con unas características propias y diferentes de la persona que está al frente. Y que, de todas formas, hay también grandes diferencias entre las mismas mujeres, de modo que no se puede hablar nunca de «la mujer» como representando a todo un colectivo, sino de «las mujeres», por la pluralidad de opiniones, características psicológicas, universos mentales, formas de estar en el mundo, etcétera, que representan.

*28 de enero*

Hoy, Marcelo me ha dejado de piedra.

—¿Salimos juntos o no, tú y yo? —me suelta con muy mala baba.

¿Qué mosca le habrá picado?

—Claro. ¿No quedamos así?

—Pues no lo parece. El día de la reunión, no me hiciste ni caso. Pensé que, quizá, habías cambiado de opinión.

—¿Qué dices! Continúo pensando y sintiendo lo mismo. Pero el sábado estaba concentrada en lo que decíamos y preparábamos...

—¡Ah...! — A Marcelo le cambia la cara. Se le ha pasado el mal humor. Entonces, añade—: Oye, ¿quieres venir a mi casa el domingo por la mañana?

¡Claro que quiero! Las reuniones de la ACOMI son muy importantes, ¡pero poder estar con Marcelo, también!

Al volver del colegio, Marcos y yo encontramos a mamá y a Lola liadas en una discusión. De puntillas y sin hacer ruido, nos escaqueamos hacia nuestras habitaciones. Yo, no obstante, dejo la puerta abierta para oírlas. Me ha parecido que lo que decían podía ser interesante para mi diario violeta.

—No sé quién aguanta más, si yo o tú —le está diciendo Lola con voz enfadada.

—¿Qué quiere decir que «aguanto»? —pregunta mamá, también con un tono rabioso.

—Quiero decir —explica Lola— que tú también parece tener comportamientos tradicionales con tu hombre: le preparas un zumo de naranja cada mañana...

—Nunca me lo ha pedido, te lo aseguro. Lo hago porque me apetece.

—Y te he visto muchas veces ofrecerle una copa de vino blanco antes de cenar, cuando llega a casa...

—Nada que ver con comportamientos tradicionales: se lo ofrezco porque está cansado y sé que le gusta. La vida ya es demasiado dura como para no intentar ser amable con la gente a la que quieres, ¿no crees?

—Y no digas que no —continúa Lola, completamente a su bola—: Alguna vez te he visto hacerle la maleta cuando se va de viaje. Eso, no me negarás que es un comportamiento tradicional de mujer, ¿no?

—En nombre de la igualdad, no estoy dispuesta a dejar de hacer servicios a mi gente, aunque puedan ser malinterpretados por algunas feministas como tú. Si él no tiene tiempo de hacerse la maleta o no tiene gracia para doblarse la ropa, ¿por qué no le puedo ayudar? Él también hace muchas cosas por mí: me lleva un vaso de agua a la cama siempre antes de acostarse o me prepara el desayuno los fines de semana... Y esos favores, no los consideramos actos de sumisión, sino muestras de amor y de ternura. La nuestra es una relación de equidad, una relación de igual a igual. No como la tuya, siento decirte.

—¿A qué te refieres? —pregunta Lola, con desconfianza.

—Lo sabes muy bien. ¿Por qué llorabas hace una semana?

Asomo la cabeza al pasillo y puedo ver a Lola mirándose los pies.

—Si no quieres, no me lo digas —concede mamá—. Te lo recordaré yo.

Llorabas porque, una vez más, habías descubierto que Manuel tenía un lío con otra mujer. Y eso te hace sufrir.

—Sí, pero ¿qué quieres? Al fin y al cabo, ahora ya me he convencido de que le intereso más que las otras: siempre acaba por volver a mi lado.

—Y, mientras tanto, tú lo pasas fatal, porque no tenéis una relación de equidad: él hace cosas que tú no haces y que te provocan un gran sufrimiento. Además, te hace sentir mal contigo misma; te hace pensar que tú no vales gran cosa...

—A veces, sí —reconoce Lola—. Pero, ¿sabes?, él es así...

—No me digas que estás de acuerdo con la idea tan extendida de que los hombres tienen más necesidades sexuales que nosotras, ¿eh, Lola?

—No, claro que no —protesta Lola—. Pero pienso que él, como muchos hombres, es así: inmaduro, inconstante... Pienso que, si lo quiero mucho y le aguanto esas situaciones, quizá acabará cambiando.

—¡Lola salvadora-de-su-hombre! —se burla mamá—. Éste es el problema de muchas mujeres... Por la educación recibida, la mujer se cree en la obligación de salvar a su pareja. Si bebe, la ayuda porque se siente responsable; si tiene un lío detrás de otro con señoras distintas, lo aguanta como mal menor y, sobre todo, culpabiliza de la situación a la otra mujer, jamás a su propio hombre; si tiene comportamientos agresivos, le perdona porque, acabada la furia, él vuelve a decir que la quiere...

—No lo puedes meter todo en el mismo saco —se queja Lola.

—¡Claro que sí! —responde mamá—. La gran tontería es intentar ayudar a alguien a costa de la propia autoestima.\*

—Puede que tengas razón... —dice Lola.

—Créeme, Lola, la tengo. Menos repartir a toque de silbato las tareas de la casa, y más exigir una relación de igual a igual, en la que no tolere situaciones que te hagan sufrir. Ya sabes qué pienso: son una forma de menosprecio masculino. Y las mujeres, por culpa de la educación recibida, a menudo lo aceptan. Las reglas del juego deben ser idénticas para los dos miembros de la pareja. Si no te ves con fuerzas de usar las mismas que él o exigirle que use las mismas que tú, más vale que te alejes de él.

*29 de enero*

—¡Carlota!

Entro en la cocina. Papá hace la cena.

—Me he liado a preparar una pasta con bechamel y resulta que no hay harina. ¿Puedes ir a buscar un poco a casa... de Jacinta?

Subo a casa de Jacinta, y Laura me regala una taza. De paso, me ofrece una anécdota para mi diario.

—Me envían a llevar un aviso al bedel para que se acuerde de poner el

proyector de transparencias en el aula 325. «Llévaselo al señor Miguel», me dicen.

—¿Y?

—Hasta aquí, nada extraño. Pero, después, me dan otro para la jefa de administración. Y dicen: «Dáselo a Maite».

—¿Por qué uno es «el señor Miquel» y la otra es sólo «Maite»?

—Eso me pregunto yo —responde Laura.

*30 de enero*

—¿Eso también es menosprecio masculino? —le pregunto a la abuela.

Suelta un resoplido que casi me deja sorda.

—Sí. Lo es. Cualquier tratamiento que sirve para minimizar o desvalorizar al otro lo es. En este caso es la desvalorización, el empequeñecimiento de la mujer en manos del hombre. Como si eternamente fuese una niña. Eso es lo que pasaba durante la dictadura de Franco.

—¡Ay, abuela, pero eso queda muy lejos!

—No tanto, yo la viví de lleno. En aquella época, las chicas llegaban a la mayoría de edad legal dos años más tarde que los chicos. Pero, a pesar de ser mayores de edad, nunca se las consideraba del todo como tales. Por ejemplo, si querían abrir una cuenta corriente en un banco, tenían que pedir permiso al marido o al padre.

—¡Jolín!

—Volviendo a tiempos actuales, a veces, esta desvalorización se esconde bajo formas de falso afecto.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Por ejemplo: hoy he ido al médico porque hace días que me duele la garganta. Para explorarme, me ha pedido: «Abra la boquita...». Es decir, ha utilizado un diminutivo, como si fuera una niña pequeña o un poco corta de entendederas.

—Mujer, él sólo quería ser amable —interviene Pepe.

—Ni amable ni porras. Me ha ridiculizado y no volveré a poner los pies en su consultorio.

—Quizá Pepe tiene razón, abuela.

—Tal vez sí, pero, por si acaso, apliquemos la regla de la inversión. ¿Te imaginas a un médico diciéndole a Pepe: «Abra la boquita»?

—¡No! Es evidente que no —río yo, imaginando la escena.

Pepe también se troncha de risa. Está claro que el ejemplo le ha convencido.

*31 de enero*

¡Qué follón hoy en el colegio! Todos los chicos y chicas que forman parte de la ACOMI hemos llegado con un lazo violeta en la solapa.

—¡Qué caña! —me ha dicho Marcos a la hora del recreo—. Hemos triunfado, pequeña.

Por supuesto, nos han pedido explicaciones y hemos contado de qué va la movida.

—Pues yo quiero apuntarme a la ACOMI —ha dicho Felipe.

—Y yo.

—Y yo también.

¡Mira por dónde, en nuestra Asociación ya somos bastantes más! Y, claro, hemos avisado a los socios y a las socias nuevas de que mañana es el día H: el día de ir vestido contra los imperativos de la moda.

### *1 de febrero*

Te habría gustado verlo, te lo aseguro. ¡Qué festival!

Marcelo se ha puesto pantalones cortos. Mireya se ha hecho trenzas y las ha atado con un lacito. Yo me he puesto unos pantalones de lo más pasados de moda, de cuando mamá tenía veinte años. Marcos se ha calzado sandalias con calcetines. Juan se ha peinado con la raya en medio... Parecíamos salidos de otra época.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunta Alba, la tutora.

Empezamos a explicárselo, gritando a la vez unos y otras, y ella nos manda callar.

—No os puedo entender con este guirigay. Carlota —me pide, viendo que todos me miran—, cuéntame de qué va esto.

Se lo explico desde el principio: el regalo de la abuela Isabel, la propuesta de la abuela Ana, las gafas violeta que me permiten ver —dejando de lado esa mirada masculina que nos enseña la sociedad— el significado real de muchas situaciones, mi encuesta inicial, la decisión de escribir el diario violeta, la colaboración de Marcos, la creación de la ACOMI, el deseo de un mundo libre de injusticias donde hombres y mujeres vivamos mejor...

—Me parece una idea excelente.

### *2 de febrero*

¡Nueva reunión de la ACOMI! ¿Sabes cuánta gente ha venido? ¡Veinticinco chicos y chicas de diferentes cursos del colegio! Todo un éxito.

Nos instalamos en el salón, porque en mi habitación no cabemos. Mamá nos ha comprado galletas y refrescos. ¡Fantástico!

—A ver —dice Marcos, que está muy excitado con el éxito de la Asociación—. ¿Quién tiene nuevas propuestas de acción?

—Yo tengo una pensada —dice Eva, una de las mayores—. A través de Internet, podríamos extender la ACOMI a otros colegios de España. ¿Qué os

parece?

—¿Y las direcciones, de dónde las sacamos?

Nos miramos un poco desorientados.

—Ya lo tengo —dice Mireya—. Sólo con que cada cual aporte la dirección electrónica de un chico o una chica de otra ciudad, conseguiremos reunir muchas. Les mandamos la información y vamos formando una cadena.

—Además —añado yo—, si se lo pedimos a Alba, seguro que nos da direcciones de otros colegios.

Nos pasamos un buen rato escribiendo el mensaje.

—¡Eh! —grita de pronto Marcelo—. ¿Verdad que tu tía Octavia escribe libros?

Asiento con la cabeza.

—Pues, le mandas el diario violeta y le pides que lo reescriba con buen estilo y sin faltas, y que lo mande a una editorial, a ver si lo publican. ¿Qué os parece?

—¡Genial!

—De acuerdo —contesto, y me siento orgullosa de pensar que tal vez Octavia pueda utilizar mi diario—, pero primero lo voy a repasar. No sea que encuentre muchas faltas...

### *3 de febrero*

Hoy he ido a casa de Marcelo. Me encantaría poder escribir que ha sido la situación más extraordinaria de mi vida, pero no. ¡Ha resultado un pedo!

Primero todo iba bien. Su padre y su madre estaban en casa, sus hermanas, también. Él y yo escuchábamos música en su habitación. Poníamos canciones que me gustan mucho y me sé de memoria, pero, junto a él, parecían nuevas. ¿Sabes qué quiero decir?

Después su familia se ha ido y nos hemos quedado solos. Entonces, todo ha empezado a ir aún mejor. Nos hemos dado un beso. Un beso de verdad. De los de película. ¡Jolín! Se me ha puesto la carne de gallina de lo que me ha gustado. ¡Me he quedado turulata! Ha sido mi primer beso de tornillo. No estoy segura de que para él haya sido el primero, pero no me importa nada.

Y nos hemos besado mucho más. Cuantos más besos, mejor nos salían y mejor lo pasaba yo. ¡Era... era un festival de besos!

Pero de golpe y porrazo, va Marcelo y lo estropea todo metiendo su mano bajo mi jersey, sin previo aviso.

—¡Eh! ¿Qué haces? —le digo, enfadada, sacando su mano de mi pecho.

—Te acaricio —me dice—. ¿No quieres?

No lo sé. De verdad, no estoy segura. Por un lado, sí... Por otro, no... Necesito pensarlo.

Pero no me da tiempo:

—Chica, pues sí que eres tú anticuada. No lo imaginaba.

«Y tú, idiota», pienso yo.

Entonces, vuelven su madre, su padre y sus hermanas. Y yo aprovecho ese momento para largarme. Llego a casa enfadada como una mona. Este Marcelo es un poco precipitado, me parece a mí.

Por la tarde, ya no sé si Marcelo va demasiado de prisa o yo demasiado despacio. Mamá ve que algo me pasa. Me pincha para que se lo explique. Finalmente me decido a vomitar lo que llevo dentro.

—Mira, Carlota, en cuestiones íntimas, como el sexo, no hay reglas universales. La única que debes tener en cuenta es precisamente ésta: cada cual debe ir a su ritmo, nadie tiene que forzarse jamás y mucho menos para quedar bien. De modo que, el día que tengas ganas, lo verás tan claro que no te lo tendrás que preguntar.

—¿Así de fácil?

—Sí. Es muy importante que no te dejes embaucar nunca por los modelos oficiales...

¡Caray! ¡Esto también lo tendremos que revisar en la ACOMI!

—Piensa que incluso psiquiatras ilustres como Freud han osado determinar de qué manera las señoras lo pasan bien. Y lo han hecho, a menudo, en contra de lo que era la experiencia vital femenina, diciendo que el clítoris, que es nuestro órgano para el placer, nada tenía que ver con el orgasmo. Aún ahora son muchas las mujeres y las chicas que creen (equivocadamente) que tener un orgasmo por medio de la manipulación del clítoris es un signo de inmadurez. Cuando es exactamente lo contrario: un signo de normalidad absoluta. De modo que, ya ves, la sociedad occidental, con Freud a la cabeza, también practica en las mujeres algo parecido a la ablación del clítoris, aunque sea sólo de manera virtual.

Por la tarde, he oído que papá le echaba en cara a mamá que me hablara de estas cosas siendo todavía tan jovencita.

—¡Ah, sí! —ha contestado mamá, sacando las uñas—. ¿Quizá te parece más educativo que vea películas de James Bond,\* no?

—¿Qué tiene que ver eso?

—El fin de semana pasado, tú estabas sentado a su lado cuando Carlota veía una de esas películas entre eróticas y aventureras. Como siempre, el agente 007 consumía en la cama, cada vez con una señora diferente y con una visión absolutamente androcéntrica de la sexualidad, la mitad de los metros de la película. ¿Eso sí es educativo y adecuado a su edad?

*4 de febrero*

Hoy, en el colegio, han ocurrido dos cosas importantes.

La primera, Alba me ha preguntado si el viernes 7 de febrero quiero exponer en clase lo que he ido descubriendo a medida que escribía el diario violeta. Le he



dicho que sí. La gente de la ACOMI me ha prometido ayuda para preparar paneles murales explicativos.

La segunda: Marcelo se me acerca y me pide disculpas por lo que pasó en su casa.

—Lo siento —me dice—. Me pasé. Tal vez habría sido mejor saber si querías que lo hiciera.

—Tal vez sí —le digo. Y le guiño el ojo.

Ha sido como si fumásemos la pipa de la paz. Tú ya me entiendes...

### *5 de febrero*

Acompañamos a mamá y papá a una de esas grandes superficies donde venden libros, discos compactos y aparatos electrónicos. Llevamos a arreglar el walkman de Marcos, que se ha cascado.

De pronto, mamá ve un artefacto que le interesa. Es un trasto a medio camino entre un bolígrafo y un termómetro. No tengo ni la más ligera idea de para qué debe de servir.

Mamá me lo explica:

—Creo que es un lector, o sea, un lápiz-escáner. Lo pasas por encima, por ejemplo, de las líneas de un libro y las guarda en la memoria del ordenador. —Y añade, mirando a papá—: ¿Te imaginas lo útil que me resultaría para no perder el tiempo copiando fragmentos que me interesan cuando leo un libro?

Papá asiente con la cabeza.

Mamá le pide al dependiente, un chico de unos veinticinco años, que le explique exactamente cómo funciona el artefacto. El chico dice cosas parecidas a las que nos ha dicho ella, pero un poco más técnicas. Pero, en vez de contestar a mamá, que es quien le ha hecho la pregunta, se dirige a papá.

—¿Es rápido? —pregunta mamá.

El dependiente vuelve a mirar a papá para explicarle que, en realidad, no lo es mucho.

Se nota que mamá se encoleriza por momentos. De repente, papá la agarra del brazo y tira de ella.

—Que pase un buen día —le dice al dependiente. Y cuando estamos en la calle, añade, en tono molesto—: Pues no sé quién le comprará ese lápiz. Desde luego, yo, no, porque no estoy interesado en él. Y tú, tampoco, porque parecía que no existieras. ¡Qué caradura!

—El menosprecio masculino —dice la abuela—. Date cuenta. Esa «mirada» masculina, como si tu madre no existiera, como si fuera un ser de segunda, tiene mucho que ver con la violencia hacia las mujeres.

### *6 de febrero*

Por la noche, mamá lee el periódico y comenta:

—Es terrible la violencia contra las mujeres.

Marcos y yo alzamos la cabeza, atentos.

Mamá lee una noticia:

«Abrasada y sin piel en el 90 % del cuerpo, A. T., de 28 años, sólo pudo sobrevivir 15 horas a la brutal agresión que sufrió presuntamente a manos del hombre con quien mantenía relaciones sentimentales. A. T. murió ayer, en el hospital de Valle Hebrón, de Barcelona».

Hace falta ser un animal para quemar viva a una persona, ¿sí o no? ¿Están locos los hombres que pegan o matan a sus parejas?

*7 de febrero*

Hablo con la abuela de los malos tratos que sufren las mujeres.

—¿Cómo puede ser que haya crímenes tan terribles como éstos? —le pregunto.

—Desgraciadamente, hay muchos —responde la abuela—. Son una consecuencia de la sociedad patriarcal.

—¿En qué sentido?

—Reflejan esa desigualdad entre hombres y mujeres. Son la consecuencia del menosprecio masculino, de la idea de que la mujer es una propiedad de ellos o, al menos, un ser para ser usado como mejor les parezca.

—¿Como un mueble?

—No exactamente, porque con un mueble sería más difícil enfadarse. Tal vez como un animal... Yo imagino que los hombres capaces de barbaridades como ésa consideran a los animales seres de segunda y a las mujeres, como si fuesen animales. Según su razonamiento, violar, golpear, herir o matar a una mujer no es tan grave como lo sería si lo hiciesen a un hombre.

—¡Jolín! ¿Tú crees?

—Me parece que sí. Creen que la violencia es un recurso para «educar» a las mujeres, para meterlas en vereda. En los países donde existe una mayor represión de la mujer, el castigo físico es muy habitual pero más raramente se llega al asesinato. Éste tiene lugar cuando la mujer se niega a seguir aguantando y decide romper, por lo que se produce en las sociedades en las que la mujer ha alcanzado un mayor grado de libertad e igualdad. Si observas las noticias sobre violencia de género, verás que la mayoría de las mujeres asesinadas lo fueron por sus ex parejas. El hombre, según los cánones de la sociedad patriarcal, no puede tolerar que la mujer tome una decisión y, menos, que lo abandone.

—De modo que, por lo que dices, los maltratadores no son enfermos mentales, ¿verdad?

La abuela menea la cabeza.

—No. No son enfermos mentales. Si lo fueran, tendrían antecedentes de

agresión a otras personas, en el trabajo, en sus ratos de ocio, entre sus amigos... Y sin embargo, sólo descargan la violencia contra sus mujeres. Se podría decir que están enfermos de misoginia.\*

Está claro que aún nos hará falta mucha educación para modificar esta manera de pensar y de actuar.

—¿Le has mandado el diario a Octavia? —me pregunta Marcos.

—¡Todavía no!

Conecto el ordenador para hacerlo y encuentro un mensaje de la abuela.

Dice:

Tiene que quedarte claro que, a menudo, la violencia no se ejerce sólo físicamente, a base de palizas o golpes, sino también —o sólo— psicológicamente. Cuando un hombre se burla públicamente de su mujer, cuando la descalifica, cuando la insulta, cuando la humilla, cuando le impide trabajar o estudiar, cuando se apropia del dinero que ella gana, cuando toma decisiones por ella, cuando la controla y la asedia, cuando la desautoriza en presencia de las criaturas, cuando le impone tener relaciones sexuales aunque ella no tenga ganas, cuando no escucha sus quejas con el argumento de «qué pesadas sois las mujeres» —diferente de «qué pesada eres»—, está utilizando la violencia psicológica.

Es importante que las mujeres sean capaces de rebelarse contra estos comportamientos, alejándose de los hombres que los practican.

A propósito de la violencia física contra las mujeres, aquí tienes unas estadísticas.

—Al menos una de cada tres mujeres en el mundo ha sido golpeada u obligada a mantener relaciones sexuales contra su voluntad por un hombre, a menudo perteneciente a su entorno, es decir, un conocido.

—En España, entre 2003 y 2006, más de 300 mujeres han muerto asesinadas por su compañero, una cifra superior incluso a la causada por la barbarie de los terroristas.

—En Asia se calcula que hay un millón de criaturas, la gran mayoría niñas, obligadas a ejercer la prostitución.

—En Inglaterra, una de cada seis mujeres ha sido violada alguna vez en su vida.

—En México, Chile y la República de Corea, más de dos de cada tres mujeres casadas son víctimas de la violencia de género.

¡Qué horror! Me quedo como si me hubiesen quitado todo el aire.

Le mando el diario a Octavia. Luego, con Marcos como público enfervorizado, ensayo la que será mi charla de mañana. Marcos me aplaude.

—Lo has hecho genial. ¡Has resultado superinteresante!

¿Todo el mundo estará de acuerdo? Tal vez Marcos se deja arrastrar por el entusiasmo de hermano.

*8 de febrero*

Antes de comenzar la charla, estoy un poco nerviosa. Y, cuando ya ha terminado, estoy tan contenta que no me importaría volver a empezar.

Todos me felicitan, especialmente Alba. Y dice que los carteles con los títulos de cada apartado —ya sabes: los valores masculinos, la regla de la inversión, el uso del lenguaje, la mirada masculina, los roles sociales...— son tan interesantes que prepararemos un mural explicativo para todo el colegio.

—Además —dice—, podríamos organizar un concurso de experiencias entre todas las clases, para promover la igualdad entre mujeres y hombres. ¿Qué decís?

Estamos de acuerdo.

Cuando salimos a la calle y vamos a coger el autobús, Marcelo se pone a mi lado.

—Lo has hecho muy bien —me dice, y me aprieta la mano.

Entonces me doy cuenta de que tengo ganas de que la meta por debajo del jersey. ¡Mamá tenía razón!

—¿Quieres que quedemos en tu casa el domingo por la mañana? —le pregunto.

Me contesta que sí, y me guiña un ojo.

Llamo a la abuela para explicarle el éxito de mi exposición.

Está contentísima.

Quiero que me aclare una duda:

—Abuela, ¿sólo las mujeres sufren discriminaciones? Quiero decir, por ejemplo, ¿los hombres no las sufren?

—Las mujeres no son el único colectivo que sufre discriminaciones. También las sufren los gitanos o los inmigrantes en toda Europa o los negros en Estados Unidos o los enfermos de sida en todo el mundo... Y, claro está, en esos grupos hay mujeres y hombres. Y también hay discriminaciones que afectan a un individuo, y éste puede ser un hombre.

—Entonces, también tenemos que luchar contra estas discriminaciones, ¿no?

—Naturalmente. Tenemos que luchar contra cualquier discriminación. Lo que no se puede hacer es tomar una discriminación individual, no significativa para un colectivo, y ponerla como ejemplo para demostrar que ese colectivo está discriminado.

—No te entiendo.

—Por ejemplo: imagina que un hombre sufriera un abuso sexual a manos de una mujer. Sería un ejemplo de violencia a combatir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Lo que no sería lícito es utilizarlo como ejemplo de los malos tratos

sexuales que sufren los hombres a manos de las mujeres, porque no sería verdad.

*9 de febrero*

¡La ACOMI se reúne de nuevo! Hemos empezado a recibir las respuestas de otros colegios de España.

—¡Eh! Tengo una idea —dice Mireya—. ¿Y si les pedimos que nos manden situaciones que ellos conozcan y escribimos *El diario violeta* de los colegios?

—¡Síiiiiiii!

Todos votan la propuesta con entusiasmo. Marcos escribe:

Asunto: cadena violeta.

Texto:

Para descubrir las situaciones injustas para la mujer, para descubrir cuándo estamos actuando de acuerdo con unos modelos impuestos, necesitas ponerte las gafas violeta.

¡Póntelas!

¿Las llevas ya? Vamos, vamos, apunta una situación de discriminación hacia las mujeres y nos la mandas a través del correo electrónico.

Reenvía este mensaje a diez personas más.

En el ordenador, nos espera un mensaje de Octavia:

Encantada con tu propuesta, Carlota. Reescribiré *El diario violeta de Carlota* y lo mandaré a la editorial que me edita los libros. A ver si tenemos suerte.

Por cierto, si los compañeros y las compañeras de la ACOMI quieren contactar con la autora, deben mandarme mensajes electrónicos a esta dirección: [gemmaalienas@gemmalienas.com](mailto:gemmaalienas@gemmalienas.com).

¡Qué superfantástica es Octavia!

Le digo a mamá que mañana por la mañana no cuente conmigo, que estaré con Marcelo.

Sonríe con ternura y, después, dice:

—Ya hace días que te quería hacer notar la definición de un adjetivo, útil para tu diario.

Se levanta del sofá, coge el diccionario y lee:

—«Sentimental: que se libra con exageración o afectación a los sentimientos, a la ternura».

Cierra el diccionario, me mira y ríe:

—¿No crees que es una definición muy masculina? ¿No crees que el uso peyorativo\* de la palabra «sentimental» sólo puede ser fruto de la mirada de ellos? ¿Qué quiere decir librarse exageradamente a los sentimientos...? En fin, menos mal que, actualmente, los estudios neurológicos, los psiquiátricos, los sociológicos, están empezando a descubrir la importancia de los sentimientos... La inteligencia emocional, como la llaman. Aunque las mujeres hace siglos que la habíamos descubierto.

Continúa hablando, pero yo ya no la escucho porque tengo la cabeza en la mañana de mañana.

*Estrasburgo, enero 01*

## VOCABULARIO

**Ablación de los órganos sexuales:** cortar una parte (el clítoris, por ejemplo) o todos los órganos sexuales. Se aplica sólo a las mujeres.

**Alienación:** alteración de la propia identidad, conciencia y libertad, como consecuencia de las influencias religiosas, morales o sociales impuestas desde fuera y asumidas como propias sin pasar por el juicio de la razón. También puede entenderse como apatía, en el sentido de aceptación pasiva del propio mundo del trabajo, de la política, de los valores, de las costumbres...

**Androcéntrico (véase también «mirada masculina»):** que toma como centro y como medida de las cosas al varón.

**Anorexia:** trastorno de la alimentación que consiste en alimentarse por debajo de lo que es necesario.

**Apartheid:** sistema de discriminación racista por el cual las poblaciones no blancas son separadas de las blancas y privadas de sus derechos.

**Autoestima:** opinión que una persona tiene de ella misma.

**Bulimia:** trastorno de la alimentación que comporta una compulsión hacia la comida.

**Clítoris:** órgano sexual femenino que sirve para el placer.

**Conciliación de la vida laboral y la personal:** objetivo —todavía utópico para muchas personas— por el que los horarios laborales serían razonables y permitirían disponer de suficiente tiempo libre para la vida personal.

**Derechos humanos:** conjunto de derechos esenciales a los seres humanos reconocidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos proclamada en la ONU en 1948.

**Despectivo:** que expresa menosprecio.

**Dictadura:** régimen político, impuesto por la fuerza de las armas, que suprime las libertades de los ciudadanos.

**Dignidad:** calidad por la cual una persona es merecedora del propio respeto y del respeto de los demás.

**Discriminar (en su sentido negativo):** dar un trato de inferioridad a una persona o a un colectivo.

**Discriminación elitista:** discriminación basada en la creencia de que una clase social más cultivada intelectualmente o con más recursos económicos es superior a otra.

**Discriminación machista:** discriminación basada en la creencia de que los hombres son seres superiores a las mujeres.

**Discriminación positiva:** para corregir situaciones injustas, utilización de criterios que habitualmente no se tienen en cuenta a la hora de integrar personas en un determinado lugar. Eso no significa que se vaya a poner en puestos de responsabilidad a personas no capacitadas para ello, sino que se va a dar la oportunidad a personas capacitadas que raramente lo conseguirían sin esos

critérios de rectificación.

Discriminación racista: discriminación basada en la creencia de que la raza blanca es superior a las demás.

Dominación masculina: acción por la cual los hombres tienen poder o influencia sobre las mujeres. La dominación masculina no se ejerce necesariamente por la fuerza sino que se ejerce también y sobre todo de forma psicológica. La dominación masculina somete a las mujeres a una dependencia simbólica permanente. Además, los varones han conseguido que se asocie lo masculino con lo universal y lo femenino con lo particular.

«Eres un nena»: ejemplo de insulto machista.

«Es muy lista» (acompañado de un gesto con el cual se indica que la chica en cuestión tiene unos pechos muy grandes): ejemplo de insulto machista.

Estado del bienestar: condición que han alcanzado algunos países industrializados donde se han propiciado medidas de protección social (pensiones, educación, sanidad...).

Estirpe: según el diccionario y tal y como lo entiende la sociedad patriarcal con sus valores androcéntricos, «hombre origen de todos sus descendientes: hombres y mujeres». En realidad, una sociedad cuyos valores no fueran androcéntricos sino plurales consideraría, con mayor propiedad, que la estirpe es «una mujer origen de todos sus descendientes».

Feminismo: doctrina y movimiento cuya finalidad es conseguir la igualdad política, económica, jurídica y social de la mujer respecto al hombre y que se concretó en la segunda mitad del siglo XIX, aunque existían ya diversos antecedentes a lo largo de la historia de la humanidad. Actualmente, existen diversas maneras de involucrarse en esta lucha, aunque todas con un denominador común: la defensa de los derechos de las mujeres. La autora de este libro la entiende no como confrontación con los hombres sino en colaboración con ellos para mejorar la condición de la mujer y, consecuentemente, crear un mundo mejor, en el que la esfera pública recoja lo que han sido tradicionalmente las características femeninas, reservadas a la esfera privada.

Feminista: mujer u hombre que se compromete en la lucha por los derechos de la mujer. Ser demócrata y progresista y no ser feminista es una contradicción.

Franco: dictador español que mediante una guerra civil se hizo con el poder y lo ejerció desde 1939 hasta 1975.

Freud: psiquiatra austríaco, fundador del psicoanálisis.

Fundamentalista: persona de un conservadurismo extremo.

Género: conjunto de normas, características y comportamientos determinados socialmente para las mujeres, de un lado, y para los hombres, del otro. Son aprendidos y, por lo tanto, modificables.

Gafas violeta: nueva manera de mirar el mundo para darse cuenta de las situaciones injustas, de desventaja, de menosprecio, etc., hacia la mujer. Esta nueva mirada se consigue cuestionando los valores androcéntricos, es decir, valores que



se dan por buenos vistos desde los ojos masculinos.

Histérica: ejemplo de adjetivo que no tiene su paralelo masculino. Aunque el significado original no es éste —una persona histérica es una persona enferma—, ha pasado a significar la falta de control en las emociones. Se usa peyorativamente para designar a las mujeres que hiperreaccionan en determinadas situaciones. Si lo admitimos como adjetivo con este significado, debería poderse aplicar a la mayoría de los hombres cuando contemplan un partido de fútbol.

Índice de Desarrollo de la Mujer: mide la disparidad entre mujeres y hombres en cuestiones básicas.

Índice de Potenciación de la Mujer: refleja la representación femenina en los parlamentos, los puestos ejecutivos, la participación en el trabajo remunerado y la proporción de los ingresos nacionales que corresponde a las mujeres.

James Bond: personaje del cine, prototipo de actitudes machistas.

Machismo: forma de actuar y de pensar de ciertas personas que consideran a las mujeres seres inferiores a los hombres. El machismo genera situaciones o actitudes de la vida privada o pública injustas para las mujeres, por ejemplo, gobiernos con una representación femenina insuficiente o una mayor carga de responsabilidades familiares y domésticas para las mujeres. Hay hombres machistas y también mujeres machistas.

Mao Tsé Tung: líder comunista y máximo representante de la revolución china de 1949, que derivó, luego, hacia un régimen dictatorial.

Mariquita: término despectivo con el que algunas personas se refieren a los varones gays.

Militar en favor de una posición ideológica: participar de manera activa en favor de unas ideas compartidas por más gente.

Minas antipersona: artefactos que explotan por contacto, especialmente crueles porque mutilan a las personas. A menudo son las criaturas quienes las encuentran y las cogen creyendo que son juguetes; entonces la mina hace explosión y mutila o mata al niño o la niña que la ha tocado.

Mirada masculina (véase también «androcéntrico»): forma de mirar el mundo desde los ojos de los hombres, que considera ajeno, diferente o anormal todo lo que se aparta del modelo masculino. Ésta es la forma de mirar y juzgar más habitual. La utilizan muchos hombres y también muchas mujeres.

Misoginia: odio hacia las mujeres.

Paridad: igualdad. En el caso que desarrolla este libro, se trata de la igualdad entre la mujer y el hombre.

Persona virgen: persona que aún no ha tenido relaciones sexuales con otra.

Patriarcado: sistema de organización familiar y social basado en la superioridad masculina y el poder de los varones, por una parte, y la inferioridad femenina y la sumisión de las mujeres, por otra.

Peyorativo: expresa un significado desfavorable.

Pinochet: militar golpista contra la democracia en Chile, que se sublevó

contra el gobierno legítimo de Salvador Allende en 1973 e instauró la dictadura por medio del terror. Murió a finales de 2006, sin llegar a ser juzgado por sus crímenes.

Prejuicio (en su sentido negativo): actitud sin sentido, sin razón de ser, que se manifiesta en forma de antipatía hacia individuos, grupos, razas, nacionalidades, ideas...

Revolución francesa: periodo de la historia de Francia, desde el 1789 hasta el 1799, que provocó la caída del antiguo régimen. Los diputados, reunidos en la Asamblea nacional, el 26 de agosto de 1789 aprobaron la Declaración de los Derechos del Hombre, lo que fue un gran avance para la humanidad. Desgraciadamente, después de un rato de discusión, acordaron por mayoría rechazar la igualdad entre el hombre y la mujer, teniendo en cuenta que las mujeres no tienen entendimiento.

Rol: papel o función de una persona.

Sentimental: ejemplo de adjetivo que tiene connotaciones peyorativas a partir de los valores masculinos.

Sexo débil: dicho del sexo femenino, aplicando la mirada masculina.

Sexo fuerte: dicho del sexo masculino, aplicando la mirada masculina.

Sida: síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Es una enfermedad infecciosa estigmatizada, es decir, mal vista, porque su principal vía de transmisión es la sexual. Para evitar el contagio, por vía del sexo, es importante el uso del preservativo.

Sin-techo: persona que vive en la calle porque carece de recursos económicos.

Simone de Beauvoir: pensadora y escritora francesa del siglo XX, gran defensora de los derechos de las mujeres.

Superstición: miedo a lo desconocido que genera explicaciones carentes de sentido y de veracidad.

Talibán (véase «fundamentalista»): movimiento fundamentalista de estudiantes coránicos de etnia pashtú, que se hizo con el poder en Afganistán en 1996 en una larga y cruda guerra. El término se aplica como ejemplo de integrista religioso y de negación de los derechos más básicos de la mujer, y, en sentido figurado, como expresión de cualquier integrista extremista de tipo religioso, político o ideológico. En esta acepción es equivalente a «fundamentalista».

Thatcher: primera ministra británica, abanderada junto al presidente Reagan de los Estados Unidos de la revolución conservadora de los años ochenta, la cual impulsó una política ultraconservadora de privatización del sector público y de desmantelamiento de Estado del Bienestar.

Trabajo productivo: el que se hace fuera del ámbito doméstico y es remunerado, es decir, pagado. A menudo, este trabajo se lo han adjudicado los hombres. Es un trabajo socialmente mucho más valorado que el reproductivo.

Trabajo reproductivo: el que se hace dentro del ámbito doméstico y que no es remunerado, es decir, por el cual no se cobra nada. Este trabajo siempre lo han

hecho las mujeres sin cobrar: ocuparse de los hijos y de las tareas de la casa, de las personas enfermas o viejas. Es un trabajo muy poco valorado socialmente.

«Tu hija es valiente como un chico»: ejemplo de piropo machista.

Universo mental: conjunto de todo lo que se acumula en nuestra mente y que, en definitiva, expresa nuestra manera de entender el mundo, las personas, las cosas, sus relaciones, etcétera.

Violencia de género: violencia que sufren muchas mujeres en el mundo, por el hecho de serlo y debido a las desigualdades que tradicionalmente se han dado entre hombres y mujeres.